



Manual de Metodología de Estudio

Margarita Alfaro López

Colaboración de
Míriam Plascencia Flores

MANUAL DE METODOLOGÍA DE ESTUDIO

Derechos Reservados © 2009.

1era. Edición.

Margarita Alfaro López
Colaboración de Míriam Plascencia Flores

INSTITUTO DE FILOSOFÍA A.C.

Rector

P. Luis Fernando Falcó Pliego, MSpS

Decano de Estudios

P. Jaime Medina Morones, CSSR

Secretario General

Mtro. Rafael Rivadeneira Fentanes

Edición:

Prometeo Editores S.A. de C.V.

C. Libertad 1457 / Col Americana / C.P. 44160

Guadalajara, Jalisco, Mex.

Tels: 38262726, 38262782.

Diseño de portada:

L.D.G. Eduardo Becerra.

Diagramación:

Luis Alberto Partida de la Cruz.

Se autoriza la reproducción total o parcial en cualquier medio, siempre y cuando no sea con fines de lucro y se les dé el crédito correspondiente a las Instituciones y personas participantes.

Impreso y hecho en México.

Printed in Mexico.

APUNTES PRELIMINARES PARA EL USO DEL MANUAL

Este manual busca proporcionar herramientas al alumno que inicia el estudio de la filosofía a nivel universitario en el Instituto de Filosofía. Su estructura presenta como introducción en cada segmento, la historia de un personaje en formación religiosa que incursiona en los estudios de la filosofía; ello para lograr la identificación del aprendiz con las vicisitudes del personaje en cuestión; luego entonces, el contenido del relato introductorio está íntimamente ligado con el del taller mismo.

El objetivo del relato introductorio es dar sentido a la materia de metodología de estudio, la cual frecuentemente es menospreciada por el alumno, merced a la poca conexión que ésta aparenta tener con los tópicos propios de la carrera. En este sentido, cabe destacar que la naturaleza de su carrera (la filosofía), aunada la naturaleza de su vocación (la vida religiosa y sacerdotal), son incompatibles con un manejo pobre del lenguaje. No podemos dejar de lado que la sociedad actual está, de alguna manera, divorciada tanto de la filosofía (con su ética y sus valores) como de la vida espiritual. Hacer que la sociedad en general, y en particular los jóvenes, vuelvan su vista a la reflexión del ser y el hacer éticos y coherentes, es un reto para el que no bastan la buenas intenciones, será menester el desarrollo de una serie de destrezas, entre ellas las relacionadas con la lecto-escritura y el manejo adecuado del discurso; porque un curso completo del manejo de la lengua debe, por fuerza, llegar a la oralidad y no partir de la oralidad. Ése es, ciertamente, un problema que priva en nuestra formación escolar básica, permea en los hogares y repercute en nuestra realidad social: se promueve que el muchacho hable, bajo cualquier circunstancia, de cualquier tema, con o sin bases, y emita opiniones sin que medie un proceso de investigación, confrontación, reflexión y conclusión. Lo cual implica que carreras como la filosofía enfrenen un problema serio en cuanto a la disposición de los estudiantes para admitir sus carencias y el hecho de que tales carencias son una realidad.

Con base en lo anterior y obedeciendo al proyecto educativo del Instituto de Filosofía (ver *Anexo 7*), este manual trabaja con el desarrollo de las habilidades de lecto-escritura mínimas indispensables para la carrera de filosofía, poniendo especial atención a los énfasis que de dicho proyecto se desprenden. A continuación se muestran los énfasis que por año se plantea el Instituto de Filosofía y, derivados de ellos, los temas y subtemas que serán abordados en el manual.

COMPRENSIÓN

PARTE 1: CONCEPTOS BÁSICOS

Para empezar un curso de metodología el alumno debe estar consciente de sus carencias en este sentido, sólo así lo apreciará como algo necesario.

- 1.1 Conocer y saber
- 1.2 Vías de aprendizaje
- 1.3 Las reglas de ortografía
- 1.4 La ortografía literal
- 1.5 Los signos de puntuación

PARTE 2: COMPRENSIÓN LECTORA

Por otro lado, deben recuperar conocimientos de los estudios básicos para poder acceder a una comprensión lectora más profunda.

- 2.1 Categorías gramaticales
- 2.2 La oración gramatical
- 2.3 Las ideas principales
- 2.4 El diálogo con el autor

CRÍTICA

PARTE 3: CITAS Y ARGUMENTOS

Para poder llegar al juicio crítico se debe trabajar con la lectura metódica y el manejo de fuentes. Todo este proceso ayuda al alumno comprender la importancia de fundamentar sus opiniones y, de igual manera, lo adiestra en la elaboración de los propios argumentos.

El desarrollo de su capacidad argumentativa le permitirá elaborar fichas de comentario, artículos de opinión y esbozar sus primeros ensayos.

- 3.1 La bitácora
- 3.2 Tipos de fichas
- 3.3 El argumento
- 3.4 El ensayo

PENSAMIENTO PROPIO

PARTE 4: EXPRESIÓN ORAL

Finalmente, el alumno será expuesto a una serie de situaciones que requieran de su habilidad verbal frente a un público.

Elocuencia, pericia para argumentar de manera coherente y fluida, capacidad de persuasión serán los puntos a desarrollar.

El debate, será el principal instrumento para la formación de un pensamiento propio.

- 4.1 Vicios del habla
- 4.2 Exposición
- 4.3 Debate
- 4.4 Oratoria

ÍNDICE

PARTE 1: CONCEPTOS BÁSICOS

Página

Distinguir conocer y saber	8
reconocer nuestras vías de aprendizaje	13
Las reglas de ortografía	17
La ortografía literal	19
Los signos de puntuación	21

PARTE 2: COMPRENSIÓN LECTORA

2.1 Categorías gramaticales	25
2.2 La oración gramatical	28
2.3 Las ideas principales	29
2.4 El diálogo con el autor	33

PARTE 3: CITAS Y ARGUMENTOS

3.1 La bitácora	38
3.2 Tipos de fichas	39
3.3 El argumento	39
3.4 El ensayo	41

PARTE 4: EXPRESIÓN ORAL

4.1 Vicios del habla	45
4.2 Exposición	50
4.3 Debate	51
4.4 Oratoria	51
ANEXOS	53
FUENTES DE CONSULTA	115

PARTE 1- CONOCIMIENTOS BÁSICOS

NACE UN FILÓSOFO

Capítulo uno “Del dicho al hecho está Platón”

Antes de entrar al seminario amar a Dios era más sencillo. Y mira que yo no era como los otros que van a misa para encontrarse con las muchachas a la salida, o que van y se distraen con lo que sea, hablan de las vidas de los demás, van nada más por ir.

Para mí la misa era un momento especial, un momento para hablar con mi padre. Porque mamá siempre me dijo: “Que tú no tengas un padre que responda por ti ante los demás, no significa que no tengas un padre que te apoye; porque los padres mundanos son defectuosos, no sirven de mucho y, en cambio, papá Dios es perfecto y siempre escucha”.

O sea que, para mí, ir a misa era como ir a platicar con mi papá, contarle mis cosas a quien todo lo entiende y en todo está. A veces ni oía al sacerdote bien por estarle contando a papá Dios en mi mente. Cuando cumplí diez años y teníamos tantos problemas con mi hermana mayor, desde el camino empezaba a contárselos, total, él está en todo lugar.

Luego mi hermana Lola salió embarazada, y el dinero que de por sí no alcanzaba comenzó a escasear, al grado de tener que dejar la escuela para ponerme a trabajar en unas tiendas de autoservicio, en donde a cada rato me cambiaban el horario y la sucursal de base. Tampoco es que lo lamentara mucho eh, así que tú digas: “¡Uy con lo que me gustaba la escuela!”; pues no, pero sí siento uno que como quiera es algo que debería hacer, porque todos lo hacen ¿no? En fin, después me metí en una de esas escuelas que se anuncian en el radio, de “saca tu prepa en 10 meses” y eso. Bueno, no fueron nomás diez meses, pero la terminé. No cambió nada en mi trabajo por eso, no me pagaron más ni me promovieron, pero cuando terminé fui a misa y se lo dije a Él.

No sé bien cómo fue, empecé tocando la guitarra con el grupo de jóvenes católicos los sábados, continué con trabajo en las comunidades y terminé en el seminario, donde he descubierto que amar y servir a Dios puede llegar a ser muy complicado.

La primera vez que me topé con pared fue cuando me dieron a conocer mis labores y horarios,

imposibles de cambiar o adaptar; luego vino la convivencia obligada, hay momentos para compartir se quiera o no, dado que somos una comunidad, “una familia”; dicen por acá, pero no una familia como cualquier otra, porque no es tan fácil darle el avión a los demás y dedicarte a lo tuyo, como hacía con mi mamá y mis hermanas. Por último, resulta que debo estudiar filosofía en la universidad. Confieso que jamás pensé que para servir a Dios fuera menester leer tanto.

Esto último ha sido toda una experiencia para mí, pues me ha puesto en contacto con seminaristas de distintas órdenes y carismas. También ha servido para sacudirnos a todos, alumnos y maestros, aunque algunos no lo quieran aceptar. Los maestros parecen estar impactados con nuestras carencias, imaginaron que en los pasillos de una facultad de filosofía a la que sólo asisten seminaristas, no escucharían jamás la palabra “güey”; como si por ser seminaristas no fuéramos normales. Aunque debo reconocer que los maestros no son los únicos que caen en ese error, algunos compañeros también se juzgan seres especiales. Nada más lejos de la realidad, me parece.

La facultad ha hecho que afloren nuestros defectos. La pereza aquí llega a ser el pan de cada día; en temporada de finales, los profesores pueden dar fe de la ira de más de uno, por no hablar de la envidia que experimentamos los que sabemos que esto del estudio no se nos da. Un capítulo aparte es cuando alguien piensa que es infalible y los maestros no opinan igual, la soberbia gana, da paso a la ira y, definitivamente, se va al caño a ratos esto de amar al prójimo como a uno mismo.

Así pues, desde que el señor Platón se puso a dialogar con sus amigos a mitad de mi camino, todo se ha complicado. El otro día me dejaron leer como 70 copias de un filósofo de nombre impronunciable; en cuanto vi el grueso del paquete recordé aquello del temor de Dios e hice bien, porque a las 10 páginas perdí la esperanza de entender algo, fui con un compañero para que me hiciera la caridad de explicarme, y por la cara que puso el maestro al ojear mi reporte de lectura, sospecho que su orientación no fue tan acertada. Lo único que me sostiene es la idea de que la fe mueve montañas y de esa tengo mucha.

Además llevamos una materia en la que nos van a dar estrategias de estudio o de cómo escribir, o de cómo trabajar, no lo tengo muy claro porque cada que le pregunto a uno de los que van más avanzados me da una respuesta diferente, y también están los que dicen que no les sirvió de mucho, pero a esos no les hago mucho caso, porque regularmente coinciden con los que creen que ya saben casi todo lo que estamos viendo o que no le encuentran ningún sentido a nada de lo que estamos viendo. No quise preguntarle así directo a la maestra en la primera clase porque me pareció descortés, pero ella dijo que su materia nos daría herramientas para responder a los requerimientos de las otras con más facilidad, eso me anima.

Por cierto que comenzó el curso con un autodiagnóstico y un sondeo, porque según ella, no es posible aprender si no reconocemos lo que ignoramos y dijo algo que ya nos habían dicho en otra materia, que conocer y saber no son lo mismo, he hizo mucho hincapié en el monitoreo constante de uno mismo durante el proceso del aprendizaje, en eso se parece a mi formador, que siempre me manda a reconsiderar mis posturas.

Lo que sí es cierto es que me dejó pensando, me sorprendió descubrir la cantidad de cosas que ignoro, pero lo más importante para mí fue saber que tal vez lo que no aprendí en la escuela antes fue porque no lo estudié de la manera correcta.

1.1 Distinguir el conocer del saber

La base del saber la resumió el filósofo Sócrates en una frase breve de implicaciones inmensas: “Yo sólo sé que no sé nada”. Ello involucra varias premisas: la primera, que para saber hace falta humildad; la segunda, que el conocer es insuficiente; la tercera, que para llegar al saber hay que distinguir lo que sabemos de lo que ignoramos.

Hacer, pues, un balance de nuestro saber actual respecto a ciertas áreas es de suma importancia. Empecemos por contestar el siguiente test con base en nuestro autoconocimiento.

En términos generales considero que....	BUENA (O)	MALA (O)	REGULAR
1.- mi caligrafía es...			
2.- mi ortografía es...			
3.- mi redacción es...			
4.- mi dominio de la semántica es...			
5.- mi trabajo de la oración simple es...			

Es frecuente hablar del saber y el conocer como si fueran sinónimos absolutos y no es así. Existe una distinción de naturaleza y de profundidad considerable, a la que hacen alusión algunas de las acepciones contenidas por los diccionarios comunes:

Conocer: tener la idea o la noción de entender, distinguir, conjeturar.

Saber: ser docto en algo.

Esta diferencia es incluso más evidente para el área filosófica: “Saber es mucho más que conocer. Es un conocimiento que no se olvida, que no radica simplemente en la superficie externa de la memoria sino en los pliegues más profundos del verdadero ser”¹

De lo anterior se desprende que el saber está en función del ser en lo individual y no en función de un comparativo con los demás. No obstante, lo más común es juzgar mis saberes con respecto a los demás, olvidando que por algo versa el dicho, “en la tierra de los ciegos, el tuerto es rey”; lo cual, por cierto, no implica que la vista del tuerto sea genial. Esto es, no sé algo porque lo domine más que otros, sino porque llego a un conocimiento profundo de este algo y este conocimiento profundo me lleva al saber.

El siguiente es un sondeo sobre destrezas en el manejo de la lengua. Responderlo o no poder hacerlo nos permitirá determinar nuestras habilidades y alcances de una manera práctica en este sentido, para poder partir de una realidad objetiva.

1. STEINBERG Guzmán, Delia, Saber o conocer , [en línea], en http://www.nueva-acropolis.es/Escuela_Filosofia/Saber_Conocer.html (Fecha de consulta: 16 de mayo de 2009)

PRUEBA DE SONDEO

PRIMERA SECCIÓN: ORTOGRAFÍA LITERAL.

1. Elige el inciso que esté perfectamente escrito.

- 1.- a) La cerveza se te sube a la cabeza y percibes el mundo distorsionado.
 b) La cerbeza se te sube a la cabeza y persibes el mundo distorsionado.
 c) La cerveza se te sube a la cabeza y percives el mundo distorsionado.
 d) La cervesa se te sube a la cabeza y percibes el mundo distorsionado.
 e) La cerveza se te sube a la cabeza y percibes el mundo distorsionado.

- 2- a) El trabajo deve contar con síntesis y conclusión.
 b) El trabajo debe contar con síntecis y conclusión.
 c) El trabajo debe contar con síntesis y conclusión.
 d) El trabajo deve contar con síntesis y conclusión.
 e) El trabajo debe contar con síntesis y conclusión.

- 3.- a) La tortillera dijo: "no hay masa ya", cosa que preocupó a un filósofo.
 b) La tortillera dijo: "no hay maza ya", cosa que preocupó a un filósofo.
 c) La tortiyera dijo: "no hay más ayá", cosa que preocupó a un filósofo.
 d) La tortillera dijo: "no hay masa lla", cosa que preocupó ah un filósofo.
 e) La tortillera dijo: "no hay maza ya", cosa que preocupó ha un filósofo.

- 4.- a) No cave la menor duda de que la taza de crecimiento ha disminuido.
 b) No cabe la menor duda de que la taza de cresimiento a disminuido.
 c) No cabe la menor duda de que la tasa de crecimiento ha disminuido.
 d) No cave la menor duda de que la tasa de crecimiento ah disminuido.
 e) No cabe la menor duda de que la taza de crecimiento ha disminuido.

- 5.- a) Vaya con la burra baya que saltó la valla.
 b) Vaya con la burra vaya que saltó la baya.
 c) Vaya con la burra balla que saltó la valla.
 d) Baya con la burra valla que saltó la balla.
 e) Vaya con la burra balla que saltó la vaya.

SEGUNDA SECCIÓN: MAYÚSCULAS

- 6.- a) cervantes es conocido como "El Manco de Lepanto".
 b) Cervantes es conocido como "El manco de lepanto".
 c) Cervantes es conocido como el "Manco de Lepanto".
 d) Cervantes es conocido como "El Manco de Lepanto".
 e) Cervantes es conocido como el "manco de Lepanto".

- 7.- a) Voltaire fue el primero que dijo la frase del respeto que hizo famoso a Benito Juárez: nuestro presidente se la copió.
 b) Voltaire fue el primero que dijo la frase del respeto que hizo famoso a Benito Juárez: nuestro Presidente se la copió.
 c) Voltaire fue el primero que dijo la frase del respeto que hizo famoso a Benito Juárez: Nuestro presidente se la copió.
 d) Voltaire fue el primero que dijo la frase del respeto que hizo famoso a Benito Juárez: Nuestro Presidente se la copió.
 e) Voltaire fue el primero que dijo la frase del respeto que hizo famoso a Benito Juárez: Nuestro presidente se la copió.

- 8.- a) Lolo estudia en México; Él es mexicano.
 b) Lolo estudia en México; él es Mexicano.
 c) Lolo estudia en México; El es Mexicano.
 d) Lolo estudia en méxico; él es mexicano.
 e) Lolo estudia en México; él es mexicano.
- 9.- a) El próximo sábado 8 de Abril comienzan nuestras vacaciones de Semana Santa.
 b) El próximo sábado 8 de abril comienzan nuestras vacaciones de Semana Santa.
 c) El próximo sábado 8 de abril comienzan nuestras vacaciones de Semana santa.
 d) El próximo Sábado 8 de Abril comienzan nuestras vacaciones de Semana Santa.
 e) El próximo sábado 8 de Abril comienzan nuestras vacaciones de semana Santa.

TERCERA SECCIÓN: DIVISIÓN SILÁBICA Y TONICIDAD (SEGA)

II.- De las siguientes palabras fueron suprimidas las tildes, .aunque pueda aparecer en más de un inciso una palabra bien dividida, sólo un inciso contiene todo el grupo de palabras perfectamente dividido y ésa es la respuesta correcta. Selecciona el inciso que contiene la perfecta división de **todas las palabras**.

- | 10.- examenes | instruir | destruccion | trineo |
|----------------------|-----------------|--------------------|---------------|
| a) e-xa-me-nes | ins-truir | des-truc-cion | tri-ne-o |
| b) exa-me-nes | ins-truir | des-truc-cion | tri-ne-o |
| c) ex a- me- nes | ins-tru-ir | des-truc-cion | tri-neo |
| d) e-xa-me-nes | ins-truir | des-truc-cion | tri-neo |
| e) exa-me-nes | ins-tru-ir | des-tru-ccion | tri ne-o |

- | 11.- ahijado | Cuauhtemoc | habiamos | prohibo |
|---------------------|-------------------|-----------------|----------------|
| a) ahi-ja-do | Cuauh- te-moc | ha bia-mos | prohi- bo |
| b) a-hi--ja-do | Cu- auh-te-moc | ha-bi-a-mos | pro-hi- bo |
| c) ahi- ja -do | Cuauh-te-moc | ha-bi-a- mos | pro-hi -bo |
| d) a-hi- ja -do | Cu-auh-te-moc | ha-bi-a- mos | prohi -bo |
| e) ahi- ja -do | Cuauh-te-moc | ha-bia- mos | prohi -bo |

III.- Encuentra el inciso que contiene las cuatro sílabas tónicas correctas (las tildes fueron suprimidas).

- | 12. heroismo | sacarias | adecueis | actuais |
|---------------------|-----------------|-----------------|----------------|
| a) he | ri | cueis | tuais |
| b) ro | ca | de | ac |
| c) is | ri | a | tuais |
| d) rois | riais | de | ac |
| e) is | ri | cueis | tuais |

- | 13.- oasis | oceanico | cohete | aereo |
|-------------------|-----------------|---------------|--------------|
| a) a | cea | he | ae |
| b) o | ce | he | reo |
| c) a | a | cohe | re |
| d) a | a | he | e |
| e) o | ni | te | o |

CUARTA SECCIÓN: LA TEORÍA

- 14.- Es una palabra sin acento en el español
- Y
 - di
 - ti
 - tu
 - ninguna de las anteriores

15.- Es una palabra sin acento escrito en el español

- a) ahí
- b) raíz
- c) tí
- d) adios
- e) ninguna de las anteriores

16.- “Llevan tilde cuando terminan en n, en s o en vocal”:

- a) es la regla de clasificación de las agudas.
- b) es la regla de clasificación de las graves.
- c) es la regla de clasificación de las graves.
- d) es la regla de acentuación de las agudas.
- e) es la regla de acentuación de las graves.

17.- Las mayúsculas

- a) por ser mayúsculas nunca se acentúan.
- b) por estética nunca se acentúan.
- c) se acentúan conforme a reglas igual que las minúsculas.
- d) sólo se acentúan si no está el acento al inicio de la palabra.
- e) sólo en los títulos no se acentúan.

18.- Dos vocales fuertes...

- a) siempre van en una misma sílaba.
- b) siguen la regla especial del hiato.
- c) siguen reglas generales para acentuarse.
- d) siguen la regla de MENTE.
- e) siguen la regla de las monosílabas.

QUINTA SECCIÓN: ACENTOS DIACRÍTICOS Y ENFÁTICOS

IV.- Elige el inciso que está perfectamente escrito.

19.- a) Tenía mucha fe en si mismo, aun en los momentos más duros.

b) Tenía mucha fé en sí mismo, aún en los momentos más duros.

c) Tenía mucha fe en sí mismo, aun en los momentos más duros.

d) Tenía mucha fé en sí mismo, aun en los momentos más duros.

e) Tenía mucha fe en si mismo, aún en los momentos mas duros.

20.- a) Para tí ése informe está muy completo, mas para mí no.

b) Para tí ese informe está muy completo, mas para mí no.

c) Para ti ése informe está muy completo, mas para mí no.

d) Para ti ese informe está muy completo, mas para mí no.

e) Para ti ese informe está muy completo, mas para mi no.

21.- a) Éste me dijo que el golpeó a aquel niño.

b) Este me dijo que él golpeó a aquél niño.

c) Éste me dijo qué él golpeó a aquel niño.

d) Éste me dijo que él golpeó a aquel niño.

e) Esté me dijo que él golpeó a aquel niño.

22.- a) Ignoro cómo lo hace y el porqué de sus acciones.

b) Ignoro cómo lo hace y el por qué de sus acciones.

c) Ignoro cómo lo hace y el porque de sus acciones.

d) Ignoro como lo hace y él porque de sus acciones.

e) Ignoro como lo hace y el por qué dé sus acciones.

SEXTA SECCIÓN: ORTOGRAFÍA LITERAL Y ACENTUAL

- 23.- a) Hay que marcharnos enseguida haber qué se te ocurre.
b) Hay que marcharnos enseguida a ver qué se te ocurre.
c) Ay que marcharnos en seguida haber qué se te ocurre.
d) Ahí que marcharnos en seguida haber qué se te ocurre.
e) Ahí que marcharnos en seguida haber qué se te ocurre.
- 24.- a) O sea, si hubiera escogido copiar el texto, no lo habría tenido que liderar la clase.
b) Osea, si hubiera escogido copiar el texto, no lo habría tenido que liderar la clase.
c) Osea, si hubiera escogido copiar el texto, no lo habría tenido que liderear la clase.
d) Ocea, si hubiera escogido copiar el texto no lo habría tenido que liderar la clase.
e) Osea, si hubiera escogido copiar el texto no lo habría tenido que liderear la clase.
- 25.- a) Es tu desición decir adios o permanecer con tu cónyuge, obio.
b) Es tu desición decir adiós o permanecer con tu cónyuge, obvio.
c) Es tu desición decir adiós o permanecer con tu cónyuge, ovio.
d) Es tu decisión decir adiós o permanecer con tu cónyuge, obvio.
e) Es tu decisión decir adios o permanecer con tu cónyuge, obvio.

SÉPTIMA SECCIÓN: REDACCIÓN

VII.- Elige el inciso cuyo uso de estos signos de puntuación sea correcto.

- 26.- a) Ana María es una chica flacucha, fea y horrorosa, tiene piel amarilla.
b) Ana María es una chica flacucha, fea y horrorosa. Tiene piel amarilla.
c) Ana María, es una chica flacucha, fea y horrorosa. Tiene piel amarilla.
d) Ana María es una chica flacucha, fea y horrorosa; tiene piel amarilla.
e) Ana María, es una chica flacucha , fea y horrorosa; tiene piel amarilla.
- 27.- a) Todos recibieron una invitación a participar en el concurso de ortografía; sin embargo, algunos prefirieron no venir al colegio.
b) Todos recibieron una invitación a participar en el concurso de ortografía. Sin embargo algunos prefirieron no venir al colegio.
c) Todos recibieron una invitación a participar en el concurso de ortografía; sin embargo algunos prefirieron no venir al colegio.
d) Todos, recibieron una invitación a participar en el concurso de ortografía. Sin embargo, algunos prefirieron no venir al colegio.
e) Todos, recibieron una invitación a participar en el concurso de ortografía; sin embargo, algunos prefirieron no venir al colegio.
- 28.- a) "Más seguro más mejor", dijo el indito.
b) "Más seguro, más mejor", dijo el indito.
c) "Más seguro más mejor": dijo el indito.
d) "Más seguro, más mejor"; dijo el indito.
e) "Más seguro; más mejor" dijo el indito.

- 29.- a) Te hemos estado esperando por seis horas, es decir, toda la tarde compañero.
 b) Te hemos estado esperando por seis horas, es decir; toda la tarde, compañero.
 c) Te hemos estado, esperando por seis horas; es decir, toda la tarde compañero.
 d) Te hemos estado esperando por seis horas, es decir, toda la tarde; compañero.
 e) Te hemos estado esperando por seis horas; es decir, toda la tarde, compañero.

- 30.- a) Juan, come ratas, Raúl cucarachas.
 b) Juan come ratas; Raúl cucarachas.
 c) Juan come ratas, Raúl cucarachas.
 d) Juan come ratas; Raúl, cucarachas.
 e) Juan, come ratas, Raúl, cucarachas.

Ahora verifica si tu auto diagnóstico inicial corresponde a tus resultados. Si así es, en hora buena, al menos tienes una base clara de donde partir; si no, reconsidera tu auto percepción para estar abierto a reaprender. Después de todo, Platón sostenía que "aprender es recordar".

1.2 Reconocer nuestras vías de aprendizaje

Mucho de lo que estudiamos en nuestra formación básica se pierde porque no fue asimilado en realidad. Esto está muy ligado a nuestras vías de percepción naturales, las cuales con frecuencia son ignoradas. Sin embargo, estudios relativamente recientes sobre neurolingüística sostienen la tesis de que no todos aprendemos de la misma manera, porque no todos percibimos el mundo por las mismas vías. Por lo tanto, lo que es útil para el aprendizaje de unos, resulta improcedente para otros.

La historia de dos compañeros que estudiaron juntos, de la misma forma, el mismo número de horas y sólo uno obtiene un buen resultado, dado que el otro aparentemente "olvidó todo", es muy común. Antes se cerraban las explicaciones de dicho fenómeno a una cuestión de capacidades, inteligencia o seguridad en sí mismo. Por lo demás, es cierto que se puede haber desarrollado una capacidad mayor para ciertas áreas del conocimiento; que, desde luego, afecta nuestro desempeño académico la seguridad con la que podamos manejar los momentos de estrés, como el presentar un examen; pero asimismo hoy sabemos que ninguno de estos factores es definitivo, afecta mucho más la forma en que se está estudiando y el hecho de que esta forma sea o no la idónea para el estudiante.

La Programación Neurolingüística define tres maneras de percibir al mundo: la visual, la auditiva y la kinestésica. A estas diferentes maneras de ver el mundo les llama Sistemas Representacionales y desde bebés las manifestamos, captamos al mundo con todos los sentidos, pero, alguno de éstos predomina, lo usamos con mayor frecuencia de manera natural. Es por medio de este conducto que recordamos mejor o establecemos mejores conexiones cognitivas. Ello nos indica que cada uno debería estudiar mediante un método que se relacione con esta manera de percibir el mundo.

El siguiente test te ayudará a ubicar tus canales preferenciales de aprendizaje. Escribe 3, 2 ó 1 según corresponda en cada enunciado. Considerando la siguiente equivalencia: 3= frecuentemente, 2= algunas veces y 1= rara vez.

- 1.- Yo puedo recordar algo un poco más, si lo digo en voz alta ()
- 2.- Prefiero seguir instrucciones escritas y no orales ()
- 3.- Cuando estudio, me gusta masticar chicle o comer algo ()
- 4.- Recuerdo las cosas mejor cuando las veo escritas ()
- 5.- Prefiero aprender por medio de simulacros, juegos y sociodramas ()
- 6.- Disfruto aprendiendo cuando tengo alguien que me explica las cosas ()
- 7.- Aprendo mejor de dibujos, diagramas y mapas ()
- 8.- Disfruto la lectura y leo rápidamente ()
- 10.- Prefiero escuchar las noticias en el radio en lugar de leerlas en el diario ()
- 11.- Disfruto estar cerca de otros: gozo los abrazos y saludos ()
- 12.- Escucho radio, ipod y grabaciones más de lo que veo la tele o leo ()
- 13.- Cuando me piden deletrear una palabra, simplemente la veo en mi memoria visual ()
- 14.- Cuando aprendo un nuevo material, me encuentro yo mismo actuando, dibujando y haciendo garabatos ()
- 15.- Cuando leo en silencio, me digo cada palabra a mí mismo ()

Para obtener tu vía de aprendizaje preferente, suma los números de los siguientes grupos de preguntas y compara el resultado. A mayor puntaje, mayor inclinación natural.

- a) Puntaje de preferencia visual: suma sólo los resultados de las preguntas 2, 4, 7, 9, 13.
- b) Puntaje de preferencia auditiva: suma sólo los resultados de las preguntas 1, 6, 10, 12, 15.
- c) Puntaje de preferencia kinestésica o táctil: suma sólo los resultados de las preguntas 3, 5, 8, 11, 14.

Como todo test tiene un sesgo de error, puedes auxiliarte de los siguientes datos para identificarte:

Persona visual: en general es una persona con mucha energía, siempre está haciendo cosas, su imagen suele ser muy importante; se trata de personas por lo regular bastante ordenadas; como piensan en imágenes, hablan de prisa y, cuando explican algo, acostumbran decir frases como: "¿mira?"; "¿sí ves?"; "ya ves que el maestro dijo"; aunque aquello de lo que hablen se escuche y no se vea.

Los auditivos, por su parte, son personas con un nivel de energía más tranquilo; piensan de manera secuencial, una cosa por vez, si no terminan una idea no pasan a la otra, por eso, más de una vez, ponen nerviosos a los visuales o viceversa, ya que estos van más rápido en su pensamiento. Para los auditivos su discurso es más importante que su imagen, cuidan mucho lo que dicen, es posible que sean lectores asiduos para tener un buen manejo del lenguaje oral.. No olvidan las frases que los impresionan o las palabras nuevas. A los auditivos les acompañan expresiones como: "oye"; "pon atención"; "escúchame".

Los kinestésicos son personas más relajadas. Se les puede reconocer rápidamente por su arreglo personal: cómodo. Su energía pausada puede confundirse con desgana, hablan sin prisas, aprecian la buena comida, son personas muy sensibles, muy dadas al contacto físico al hablar. Los kinestésicos usan expresiones sensoriales como: "yo siento que"; hasta en las situaciones que deben pensarse más que sentirse.

Es necesario aclarar que no hay una vía mejor que otra, cada una tiene sus ventajas y sus desventajas; también debemos tener en cuenta que una persona totalmente visual, totalmente auditiva o totalmente kinestésica estaría muy cerca de la neurosis. Lo ideal sería estar en equilibrio con los tres sistemas y usarlos todos, pero los ideales se encuentran en los libros, los seres reales tenemos más acentuado alguno, lo mezclamos un poco con otro y con frecuencia hay un tercero en el que somos deficientes, podemos buscar técnicas para desarrollarlo; no obstante, para fines prácticos de estudio lo mejor es saber nuestras fortalezas para apoyarnos en ellas.

Digamos que soy auditivo, es mentira que pueda aprender al tiempo que pongo la tele o escucho canciones, a menos que sean sólo acordes musicales sin letra alguna y no demasiado rítmicos o me distraeré, pues el sonido es mi centro de atención. Tendré facilidad de comprensión con la lectura en voz alta, las repeticiones verbales, el diálogo sobre el tema e incluso la exposición y el debate. Me conviene

escuchar al maestro y no platicar con un visual mientras está la explicación del pizarrón, porque el visual va a entender, finalmente él encuentra facilidad en comprender y recordar lo que observa, no importa si platica un poco, los sonidos no son su foco de atención, yo en cambio, perderé el hilo del discurso y mi comprensión será parcial o nula.

En una pareja de amigos que prepara un examen de raíces grecolatinas, si el visual pregunta cuaderno en mano, el auditivo contesta y es corregido oralmente en sus errores, ambos pasarán la materia, pues cada uno estará repasando las raíces de la manera que mejor percibe, pero si invierten los papeles, es muy probable que los resultados no sean tan buenos, y si alguno de ellos fuera kinestésico estaría perdiendo el tiempo y, es muy posible que terminara diciendo: "siempre que estudio mucho, me va mal". El kinestésico requiere hacer las cosas o concentrarse profundamente, para "sentirlas".

Una vez que has localizado las tuyas, debes desarrollar estrategias más eficaces y dirigidas.

CUADRO DE ESTRATEGIAS

VIA DE PERCEPCIÓN	FAVORECE	PERJUDICA
VISUAL	Una visión detallada y saber a dónde va. Hacer dibujos, esquemas, mapas o líneas del tiempo. Leer en silencio centrando su atención.	Cuando hay movimiento o desorden visual en el área de estudio, sin embargo el ruido no le afecta. La televisión o el chat al tiempo de estudiar.
AUDITIVO	Repetirse a sí mismo paso a paso todo el proceso. Dialogar o debatir sobre los temas que prepara. Leer en voz alta.	La música pegajosa, conocida o cantable. La radio o la televisión al momento de estudiar. El ruido en el área de estudio.
KINESTÉSICO	Aprende con lo que toca y lo que hace. Necesita estar involucrado personalmente en alguna actividad. Estar en movimiento al leer, porque no es un gran lector. Masticar mientras estudia.	La repetición oral del tema. Las explicaciones auditivas o visuales sin actividad alguna. El estudio pasivo (sin ejercicios). El estudio grupo, donde todos verbalizan o generan distracción.

Capítulo 2 “Esta es ... palabra sin Dios”

Nunca fui bueno con las palabras. Hablar con Dios en mi mente era sencillo, no estructuraba grandes ideas ni establecía discusiones filosóficas. Si por fuerza tuviera que escribirle a Dios mis inquietudes, no quiero pensar lo que hubiera sido de mí. Igual y nunca habría tenido tanta comunicación con él. Igual me hubiera amargado por tenerme que guardar todas mis ondas y tragármelas solo.

Confieso que no creo que Dios esté particularmente interesado en mi ortografía o mi redacción. Sin embargo, ahora tengo miedo no sólo de escribir sino también de hablar, como si al hablar la falta de haches se notara. Entre el seminario y la universidad me van a dejar mudo, porque hasta los compañeros que se creían (o todos creíamos) que eran buenos escribiendo, se han topado con el muro de la vergüenza, y no me refiero al que los gringos han construido en la frontera, no. Hablo de la vergüenza de hablar español sin conocerlo; de poner los signos de puntuación a la ley del melatismo: “me late que aquí va una coma o me late que es un punto”.

Respecto a la ortografía de las palabras, el grupo se divide en dos “escuelas”, por llamarlas de algún modo: por un lado están los que escriben varias veces la palabra para ver si “se ve bien” de tal o cual forma; por el otro están los que concluyen sin demora bajo la premisa, “pero le entendiste ¿no?”. Yo soy de los que brincan de una escuela a otra según las circunstancias y realmente no quedo convencido por ninguna.

Por lo demás, tampoco es que yo quiera publicar libros, pero luego me pongo a pensar en lo que dice mi formador, que Dios me dio un cerebro para usarlo y que es una ingratitud dejar que se desperdicie. Por eso voy a hacerle la lucha un rato a esto de las reglas de ortografía y redacción. Si bien me pregunto por qué Dios se puso en este plan con los mexicanos, permitiendo que nuestra lengua fuera tan revoltosa. ¿Cómo no le hizo lo mismo a los gringos?, que ni acentos tienen que poner, y que lo mismo les da su inglés que

sus ingles; pero bueno, quién sabe y por eso no distinguen el ser méndigo del ser mendigo y alzan semejante muro en la frontera, sabiendo lo que implica para algunos latinos y se quedan tan anchos. Quizá gracias a nuestra lengua nos sea más accesible la virtud de ser piadoso, eso es lo bueno de mí: siempre encuentro el lado positivo a las cosas. Aunque en este preciso momento me doy cuenta de que acabo de hacer un falso razonamiento, todo el tiempo caigo en el vicio de creer en Dios de manera ingenua, como alguien que está para permitir o no permitir cualquier cantidad de cosas mundanas e intrascendentes.

Profundizando un poco más en el análisis de esto, como insisten mis maestros (ahora descubro que me están contaminando un poco después de todo, pues yo no acostumbraba repensar mucho las cosas). El caso es que he llegado a una conclusión: no sabemos mucho de ortografía (algunos nada) porque vemos la ortografía y la redacción a edades en que no nos importan mucho. No vemos una utilidad inmediata en aprenderlas; claro, ahora que cuanto escribimos es desmenuzado hasta sus últimas consecuencias por cada uno de nuestros maestros lo lamentamos, pero eso no ayuda en nada.

El otro día un maestro nos dijo que la mala ortografía y el manejo deficiente de los signos de puntuación eran una garantía de trabajos mediocres, en el mejor de los casos. También dijo que quien no emplea bien las comas puede terminar enunciado una tesis filosófica equivocada y, a lo peor, puede terminar haciendo promoción involuntaria a ideas confusas que en nada se relacionan con su propia interpretación de la realidad.

Así pues, dado que, en particular para los filósofos, parece que cada palabra tiene vida propia y es un discurso ontológico en sí misma, creo que no tendré más remedio que esmerarme en aprender de estos temas y reparar lo que en su momento no me interesó mucho.

1.3 Las reglas de ortografía

Los siguientes cuadros sintetizan las reglas de ortografía acentual del español. Retomando algunas reglas de división silábica que son indispensables para hacer una correcta clasificación de la palabra. Cabe destacar que dividir la palabra es como plantear un problema de matemáticas, si el planteo es incorrecto, no importa que todas las cuentas posteriores se hagan bien, se llegará a un resultado incorrecto. Lo mismo pasa con la palabra, si se divide mal, no importa la aplicación correcta de una regla, porque se habrá elegido la regla equivocada.

REGLAS DE DIVISIÓN SILABICA

LA ESTRUCTURA VOCAL CONSONANTE VOCAL DA DOS SÍLABAS SIEMPRE: E- XA- GE- RA, E- MI- TIR, A- LA- BAR		
DOS VOCALES DÉBILES (I,U) SIEMPRE VAN JUNTAS (AUNQUE PORTONICIDAD A VECES PAREZCA QUE SUENAN SEPARADAS): HUI- DA CONS- TRUÍ DIS- TRI- BUI- DO		
DOS VOCALES FUERTES (A, E,O) SIEMPRE SE SEPARAN (SI HAY "H" VA CON LA SEGUNDA): A- E - RE- O BAL - NE- A- RIO TA- CO- NE- O		
* LA "H" NO ROMPE DIPTONGOS NI UNE HIATOS		

DIPTONGO	HIATO
Es el sonido de dos vocales juntas: *Van en una misma sílaba. * No les afectan la "H" : COHI - BIR. * Siguen reglas generales (SEGA).	Es el sonido de dos vocales separadas: *Van en sílabas separadas. * No les afecta la "H": DÍ-A, BÚ-HO. * El hiato mixto tiene su propia regla.

La siguiente es una tabla de separación vocálica que puede servirte cuando empiezas a separar en situaciones especiales. Considera que la "F" representa una vocal fuerte (a,e,o), la "D" una vocal débil (i,u), el guión implica una separación silábica y el símbolo "  " señala que no se separan, sino que se colocan en la misma sílaba.

F - F	Es un hiato	Siempre se separan, tengan o no acentos la primera o la segunda vocal: le-ón, re-o.
DD 	Es un diptongo	Siempre van juntas, tengan o no acentos la primera o la segunda vocal (no importa si hay una "H" de por medio): hui, des-truí.
FD 	Es un diptongo	Van juntas cuando la tonicidad de la palabra no recae en ellas (no importa si hay una "H" de por medio).
FD 	Es un diptongo	Van juntas cuando el acento cae en la fuerte (no importa si hay una "H" de por medio).
F - D	Es un hiato mixto	Se separan cuando la tonicidad de la palabra recae en la débil: o-ír, dú-o.

Esta tabla se complementa con la siguiente, que presenta las principales reglas de acentuación:

REGLAS GENERALES			
S	E	G	A
SIEMPRE	SIEMPRE	CUANDO NO TERMIMA EN N, S, VOCAL	CUANDOTERMIMA EN N, S, VOCAL
EXCEPTO QUE	EXCEPTO QUE	EXCEPTO QUE	EXCEPTO QUE
SEA UN ADVERBIO TERMINADO EN MENTE	APLIQUE REGLA DE ADVERBIOS TERMINADOS EN MENTE	APLIQUE REGLA DE HIATO MIXTO	APLIQUE REGLA DE HIATO MIXTO O SE TRATE DE UNA MONOSÍLABA
REGLAS ESPECIALES			
ADVERBIOS TERMINADOS EN MENTE: El adverbio formado con mente tendrá la ortografía del adjetivo de origen		HIATO MIXTO: Una vocal débil al lado de una fuerte que suena más fuerte que ésta, porque es tónica, se acentúa y se separa	MONOSÍLABAS: Sólo se acentúan cuando pertenecen al listado de diacríticos o enfáticos

A continuación, un listado práctico de pasos a seguir para trabajar con tu manejo de la ortografía acentual:

- 1.- Dividir la palabra en sílabas, poniendo cuidado cuando se trata de palabras que presentan vocales contiguas o con "h" intermedia.
- 2.- Una vez dividida correctamente la palabra, lo primero que hay que hacer es verificar si es monosílaba, de ser así, habrá que aplicar la regla especial de las monosílabas (chechar para ello el listado de diacríticos que aparece al final de este instructivo).
- 3.- Verificar si se trata de un adverbio con la terminación "mente"; de ser así se aplicará la regla especial de dichos adverbios.
- 4.- En caso de no tratarse de una monosílaba o de un adverbio terminado en mente, se busca si hay una vocal débil (i,u) al lado de una vocal fuerte (a,e,o) y si dicha vocal débil carga la tonicidad de la palabra, si así fuera, habría que acentuarla, ésa es la regla especial del hiato mixto. Palabras como día, búho y oír presentan la aplicación de esta regla especial.
- 5.- Finalmente, si no fue necesario aplicar ninguna regla especial, se procederá a clasificar la palabra conforme a la ubicación de su sílaba tónica y a aplicar la regla general correspondiente.

La regla de las monosílabas habla de un listado de diacríticos. El acento diacrítico se coloca para distinguir dos palabras cuyo sonido es idéntico, pero cuya categoría gramatical es diferente, para evitar confusiones. Las palabras con diacrítico por lo tanto, se estudian comparativamente. La siguiente tabla muestra estas parejas de palabras, para permitir la comparación entre el vocablo con acento escrito y el que lo tiene prosódico.

El listado no contiene palabras monosílabas que con frecuencia hallamos acentuadas en todos los ámbitos, como es el caso de “ti”, “fue”, “dio”, “vio”, ello quiere decir que dicho acento no existe en otro lado que no sea la imaginación, el mal hábito y el poco conocimiento que de nuestra lengua tenemos los mexicanos. La misma “fe”, que es acentuada con suma frecuencia, es un invento nacional.

LISTADO DE DIACRÍTICOS

CONTILDE	CATEGORÍA GRAMATICAL	SINTILDE	CATEGORÍA GRAMATICAL
Más	adverbio de cantidad	mas	conjunción adversativa
Aún	adverbio de tiempo (todavía)	aun	preposición (incluso, hasta)
Sí	adverbio de afirmación	si	conjunción condicional
Sólo	adverbio de modo	solo	Adjetivo
Dé	verbo	de	Preposición
Sé	verbo (ser o saber)	se	pronombre proclítico o enclítico
Él	pronombre personal	el	Artículo
Mí	pronombre personal	mi	adjetivo posesivo
Tú	pronombre personal	tu	adjetivo posesivo
Sí	pronombre personal	si	sustantivo(nota musical)
éste(a) (s)	pronombre personal	este(a) (s)	adjetivo demostrativo
ése (a) (s)	pronombre personal	ese (a) (s)	adjetivo demostrativo
aquél (a) (s)	pronombre personal	aquel (a) (s)	adjetivo demostrativo
Té	sustantivo	Te	pronombre proclítico o enclítico
Ó	conjunción entre números (2 ó 3)	O	conjunción entre letras (dos o tres)

NOTAS:

Fíjate como son **los adverbios, los verbos y los pronombres personales** los que **llevan el acento**.
 Date cuenta que los adjetivos y los pronombres proclíticos nunca llevan acento.
 No confundas **esto, eso, aquello**, porque no pertenecen a este listado.

LISTADO DE ENFÁTICOS

El acento enfático permite preguntar directa o indirectamente, denotar duda en una afirmación fuera de signos o bien reflejar emociones

PALABRA	DENTRO DE SIGNOS	SIN SIGNOS
Qué	¿Qué quieres hacer con esto?	Ya sé de qué me hablas
Cómo	¿Te dijo cómo lo quiere?	Te explico cómo hacerlo
Cuándo	¿Alguien sabe cuándo vendrá Luis?	Yo sé cuándo vendrá Luis
Cuánto	¡Cuánto me alegro de verte!	Ya no sé hace cuánto vine
Dónde	¡Dónde te metes, mujer!	Sabrá Dios dónde dejé eso
Quién	¿Quién te lo dijo?	Raúl me dijo quién pudo hacer esto

1.4 La ortografía literal

A diferencia de la ortografía acentual, la ortografía literal está plagada de excepciones, de derivaciones de las lenguas de origen de los vocablos y de arbitrariedades lingüísticas. Por ello, es mucho más práctico tener a mano una tabla con los errores más frecuentes de nuestra zona. La siguiente tabla contiene palabras que con frecuencia escribimos mal o empleamos de manera incorrecta.

INCORRECTO	CORRECTO
Osea/ aveces	O sea/a veces
Envidioso (cuando no quiere compartir lo suyo)	Egoísta
Talvez	Tal vez
Derrepente	De repente
Hiba/iva	Iba
Dévil	Débil
Deve/devo	Debe/debo
Ocupar	Necesitar
Una ves	Una vez
Con migo/con tigo	Conmigo/contigo
Sobretudo	Sobre todo
Dínolo	Dínoslo
Desición	Decisión
Nadien	Nadie
Super	Súper
Adios	Adiós
Se ignifica	Significa
Hací	Así
Tubo (de tener)	Tuvo
Decear	Desear
Através/atrazvez/atrávez	A través
Combenir	Convenir
Uvo, hubo	Hubo
Cercas (para señalar distancia)	Cerca
Moustro,mounstruo, mostruo,mounstro	Monstruo
Persinarse	Persignarse
A sido un problema histórico	Ha sido un problema histórico
No lo e visto	No lo he visto
Fé	Fe
Haber qué pasa/ haber cómo le haces	A ver qué pasa/ a ver cómo le haces
Usar desde sin poner hasta(cuando se da un parámetro)	Desde..... hasta
Usar tanto sin poner como(cuando se hace un listado comparativo)	Tanto..... como
méxico; Instituto de filosofía; Guadalajara, jalisco.	México; Instituto de Filosofía; Guadalajara, Jalisco.

Merecen un apartado especial los siguientes casos

<p>1.- POR QUÉ: dentro y fuera de signos de puntuación, se usa para preguntar o denotar duda.</p> <p>2.- PORQUE: explicativo, se usa para responder.</p> <p>3.- PORQUÉ: cuando le antecede un artículo es tratado como sustantivo: el porqué, un porqué, mis porqués.</p> <p>*Hay un cuarto por que cuyo uso no es frecuente en los mexicanos.</p>	<p>1.- SI NO Para poner condiciones: "Si no haces la tarea, no podrás asimilar el tema al 100%."</p> <p>2.- SINO a) Cuando quiero hacer una precisión sobre un equívoco: "No es mi primo sino mi hermano." b) En sustitución de la expresión "no es otra cosa que": "La anterior no es sino un mero ejemplo del uso cotidiano del español!"</p> <p>3.- SINO Sinónimo de destino.</p>	<p>1.- ASÍ MISMO De la misma manera "Hice las cosas así mismo"</p> <p>2.- A SÍ MISMO A su propia persona. "Un cut suele usar navajas de rasurar y dañarse a sí mismo"</p> <p>3.- ASIMISMO Es sinónimo de también. "Salí al centro, así mismo, aproveché para pasar a recoger la ropa de la tintorería".</p>	<p>1.- HAYA Del verbo haber "Espero que haya una solución para todo esto."</p> <p>2.- HALLA Del verbo hallar "Espero que halles una solución a todo esto."</p> <p>3.- ALLÁ Adverbio de lugar "Mi madre vive por allá, no por acá"</p> <p>* Ahí y allí son totalmente equivalentes.</p>
--	--	--	--

1.5 Los signos de puntuación

Usar signos de puntuación es como poner semáforos en las avenidas, garantizan un mejor tráfico de las ideas. Es un error pensar que los signos se ponen para hacer espacios y respirar. Los signos se ponen conforme a reglas muy específicas y hacer espacios es una consecuencia de que haya signos. Estos espacios nos dan la oportunidad de respirar cuando hacemos una lectura oral, pero no es a la inversa: me cansé, quiero respirar, pondré un punto.

En el siguiente esquema se presentan las reglas de uso de la coma, el punto y el punto y coma, evitando las expresiones ambiguas que suelen aparecer en los libros de gramática y que tienen como consecuencia interpretaciones poco afortunadas como la expuesta en el párrafo anterior.

El siguiente es un cuadro práctico que puede servirte de apoyo cada que tengas que redactar.

SIGNOS DE PUNTUACIÓN		
SIGNO	REGLA	EJEMPLO
COMA	1.- Enumeración: de objetos, acciones, características, elementos análogos	* Tengo el cabello lacio, los ojos pequeños, los labios delgados, etc. * Entró a la casa, tomó su bolso y se fue.
	2.- Información extra: por aclaración, especificación o aposición.	* Juan, que nunca sabe nada, pasó con ocho. * José Ramón, periodista experimentado, murió. * Vicente Fox, ex presidente de México, realizó unas declaraciones poco afortunadas.
	3.- Explicaciones	* Dora reprobó todas, pues no estudió nada.
	4.- Separar vocativo	* Tú, Saúl, pásame la sal.
	5.- Separar causas o condiciones de consecuencias.	* Si no comes bien, no iremos al cine. * Se descompuso el carro, llegamos tarde.
	6.- Separar frases de enlace: o sea, es decir, sin embargo, etc.	* Dije que sí podía, pero no es tan fácil. * Dije que sí podía, sin embargo, no es tan fácil.
	7.- Omisión verbal.	* Juan come ratas y Raúl, cucarachas.
	8.- Cambio del orden lógico de la oración	* Esta mañana, Bush estalló contra los iraquíes.
	9.- En lugar de los dos puntos	* "Camarón que se duerme..." dice el refrán.
PUNTO Y COMA	1.- Enumeraciones complejas con comas intermedias o elementos muy extensos.	* Me agrada el cine de todo tipo: el español, siempre irónico; el brasileño, festivo; el mexicano, decadente y reflexivo; el italiano, cuidado y fino; el francés, siempre artístico; en fin, soy un cinéfilo empedernido.
	2.- Yuxtaposición de ideas que comparten verbo o sujeto.	* Juan come ratas; Raúl, cucarachas. * La niña, sin voltear, cruzó; fue arrollada.
	3.- Antes de las frases de enlace cuando ya hay comas o la cláusula es muy larga.	* Me fascinan las películas, propias y ajenas, que abandonan el modelo norteamericano; sin embargo, tengo poca oportunidad de verlas.

A continuación puedes practicar un poco la aplicación de las reglas previo estudio de las mismas.

EJERCICIOS DE REDACCIÓN

1.- Coloca las comas que hacen falta a los refranes y anota el número de regla aplicada. Fueron suprimidas las tildes, agrégalas.

- 1.- "El que dice la verdad no peca pero incomoda"
- 2.- "Quien de amarillo se viste a su hermosura se atiende"
- 3.- "Elevar globos tirar cohetes y comprar billetes es de soquetes"

- 4.- "Le falta lo que a los pantalones de don Justo el fundillo las dos piernas y la bastilla de abajo"
- 5.- "En esta vida hay tres cosas que jamas has de prestar: el rastrillo el cepillo y el fundillo"
- 6.- "Amigo que no da carro que no arranca y navaja que no corta si se pierden no importa"
- 7.- "Mujer que sabe latin ni tiene marido ni tiene buen fin"
- 8.- "Mas valiente mas difunto" dijo aquel que no es tan bruto"
- 9.- "Dos cojos nunca se miran con buenos ojos dos bizcos con mas motivo"
- 10.- "Deudas tienes y haces mas si no mientes mentiras"
- 11.- "Si no fuera malo el trabajo no pagarian por hacerlo"
- 12.- "Dile que es hermosa pidele cualquier cosa"
- 13.- "A la iglesia no voy porque estoy cojo pero a la taberna voy poquito a poco"
- 14.- "A las diez niña decente en la cama estes"
- 15.- "A quien Dios no le da hijos el Diablo le da sobrinos"

II. Coloca signos según se requiera y anota las reglas por las cuales las colocas.

- 1.- Para cambiar el mundo aseguró un cantante español sólo se necesita hacer bien el trabajo. Tras 35 años de duro trabajo dijo haberse ganado el derecho de tocar por placer.
- 2.- Ayer en Guadalajara se llevó a cabo la tercera fecha de la Temporada de Verano 2006 del Campeonato Estatal Hípico.
- 3.- José Vasconcelos el político el escritor el filósofo mexicano por excelencia es uno de los personajes más trascendentes del siglo XX.
- 4.- El presidente norteamericano George W. Bush reiteró que para frenar el flujo de inmigrantes laborales a Estados Unidos es una buena medida el llamado muro de la vergüenza pero entiende que eso puede resultar difícil de aceptar para el pueblo mexicano.
- 5.- A través de la historia desde el siglo pasado hemos podido probar que los seres humanos en especial los seres humanos industrializados somos inconscientes pero eficientes depredadores de nuestro medio ambiente.

III. Corrige el siguiente texto hasta darle coherencia y sentido.

"Este libro trata de una etapa que todo el mundo

ha pasado qué es la adolescencia donde todo es más facil donde cres la mayoría de las cosas que dicen que sí callo un meteorito que sí tu novio es Brad Pitt que si cosas sin sentido"

PARTE 2: COMPRENSIÓN LECTORA

Capítulo tres "Para leer mejor..."

Últimamente, a todos nuestros profes les ha dado por ponernos a leer, parece como si hubiera una epidemia docente que produjera fiebres nocturnas y trastocara las ideas, hasta reducirlas la mañana siguiente a un solo pensamiento: "entrégale 200 copias a tus alumnos y que las lean para la próxima clase" está bien, es posible que haya exagerado un poco, pero es que jamás había leído tanto en mi vida y mucho menos cosas que me interesaran tan poco. Lo peor no es eso, sino que asumen que las entiendo y para colmo, se creen que puedo rescatar sus ideas centrales y generar toda clase de redacciones inconcebibles.

Algunos maestros nos piden ubicar las palabras clave, otros exigen deslindar conceptos y hacer mapas conceptuales (cualquiera que sea el significado de esto), cuando reciben los trabajos y descubren que como investigadores morimos de hambre porque no damos con las claves, pretenden darnos pistas diciendo: "No confundan los elementos centrales con los meramente accesorios"; a lo cual respondemos moviendo nuestras cabezas de arriba abajo sin más objeto que no hacerles el desaire.

Unos ponderan tremendamente el uso del diccionario, de varios diccionarios, que nos rescaten "del fango de la ignorancia en el que nos revolcamos" (o nos revuelcan los autores que escogen); otros dicen que no, por favor, que contextualicemos. Una maestra nos recomendó ya cursos de lectura rápida, según los cuales uno debería leer al menos 300 ó 350 palabras por minuto. Cosa que no he conseguido y va para cuatro veces que me hago la prueba, imponiéndome todo el recetario de la hoja de instrucciones que nos dio ella misma:

"Evite los siguientes defectos comunes de lectura:

- 1.- *Mover la cabeza en lugar de sólo seguir con la mirada las líneas del texto.*
- 2.- *Ir señalando con el dedo, con una regla o lápiz, distrae la atención y limita la visión.*
- 3.- *Vocalizar, lea en silencio.*
- 4.- *Regresiones, entienda el conjunto, no lea por palabra sino por párrafo.*
- 5.- *Abusar del diccionario, contextualice.*
- 6.- *Leer sin respetar los signos de puntuación al leer.*

7.- *Leer en sitios ruidosos y poco iluminados.*

8.- *Leer sin pensar, mecánicamente; establezca relaciones con sus conocimientos previos.*

9.- *Hacer siempre lectura secuencial (forma común de leer un texto), también emplee técnicas de lectura rápida como: lectura diagonal (pasar la vista rápidamente sobre el texto en forma diagonal sobre títulos, primeras frases del párrafo, negritas, conclusiones, etc.), lectura puntual (sólo se leen pasajes importantes).*

Quiero creer en lo que dice mi maestra de metodología:

"Leer es una actividad muy personal, que no debe realizarse contra reloj, no son competencias. El hábito lector nos irá dando velocidad y fluidez en la lectura como resultado natural. Tener un diccionario a la mano mientras leemos es lo ideal, aunque no se trata de vivir cosidos a él, también debemos deducir por nuestra cuenta los términos que podamos. Al principio usaremos mucho el diccionario, pero en la medida en que acumulemos mayor diversidad de lecturas, esta dependencia se reducirá".

Los maestros más exigentes no disimulan su desazón, y se extienden en la enumeración de una serie de carencias que perciben en nosotros, las cuales traducen en un discurso que suele llevarles la mitad de la clase; los maestros condescendientes se muestran un tanto contrariados y determinan que merecemos una explicación a nivel:

En un mapa conceptual se manejan conceptos, sólo van sustantivos en los recuadros, jóvenes, eviten en lo posible los artículos y los verbos dentro del recuadro, los verbos son para unir; no empleen locuciones adverbiales como conceptos porque no es posible abarcar un concepto mediante adverbios.

Lógicamente, muchos no entendemos nada, por más que acompañen sus peroratas de esquemas y golpecitos didácticos en el pizarrón. Es por demás, tendríamos que empezar por todo lo que se nos ha olvidado, o nunca supimos bien a bien, porque lo que es yo, cada vez estoy más convencido de que mi problema está en las bases.

La cosa va a terminar siendo esa, que me voy a tener que dar el tiempo de repasar los

conocimientos viejos que le sirven de base a los nuevos. Sólo espero que me alcance el tiempo, porque, entre que tengo una serie de actividades designadas en mi casa y un montón de lecturas que hacer por materia, no sé cómo le voy a hacer para retomar lo viejo y que me salgan las tareas nuevas. Y luego que termine con todo esto, ya me pondré a platicarle a Dios lo complicado que ha sido servirlo últimamente.

con las categorías gramaticales tiene una comprensión lectora nula o parcial, lo cual genera un círculo vicioso: mientras más leamos, más cosas entenderemos, pero no leemos porque no logramos entender y México lleva años de estar reprobado en Español, los mismos que lleva como un país de escasos lectores; es decir, una cosa lleva a la otra y para romper con ello hay que empezar desde las bases.

Según la maestra de metodología, la comprensión de un texto está directamente ligada a las categorías gramaticales, mismas que será un placer recordar con qué se comen por cierto. Ella jura que de la comprensión de la palabra en lo individual se parte para la comprensión de la oración y dado que un párrafo está formado de oraciones, resulta que quien no fue bueno

Mi caso no es diferente: debo sacar todas esas cosas que mis maestros quieren de los textos, pero no niego que formo parte de las estadísticas. Me cuesta entender lo que leo y, por lo tanto, no acostumbro leer y cuando leo me quedo dormido con frecuencia o me distraigo. Así que bienvenido al mundo mágico de la primaria, a repasar, y esta vez sin colores ni plastilina.

2.1 Categorías Gramaticales

Todas nuestras ideas son expresadas por medio de palabras. Saber clasificar estas palabras nos permite hacer un mejor uso de ellas. A esta clasificación de una palabra con fines de estudio se le denomina categoría gramatical.

El primer criterio empleado para su análisis y clasificación fue el semántico, en el cual, las palabras eran clasificadas por su significado, pero resultó insuficiente; es por ello que actualmente podemos auxiliarnos de los tres criterios principales para su clasificación: criterio semántico, clasificación por significado; criterio morfológico, clasificación por accidentes gramaticales (cambios en sus morfemas finales o terminaciones señalando género, número, persona, etc.); criterio sintáctico, clasificación según la función que desempeñan en la oración.

Por ejemplo, lee las siguientes oraciones y pon especial atención a las palabras subrayadas:

Metí todo en un sobre y lo envié a la oficina postal

Te dejé el paquete sobre la mesa

En el primer caso, hablamos de algo que genera en nuestras cabezas una imagen muy específica a la cual llamamos "sobre". En el segundo caso, se trata de una palabra que enlaza y nos da la idea de lugar, precisa una ubicación: no es lo mismo decir "estoy en la mesa" que "estoy sobre la mesa" o "estoy con la mesa". Estas palabras que nos dan idea de ubicación, dirección, compañía, etc., y que, por otro lado, no admiten cambios de género o número, se llaman preposiciones. Por el contrario, el objeto que nominamos (llamamos) sobre sí admite cambios; podemos hablar de uno o de varios sobres, entonces, hablamos de otra categoría gramatical, el sustantivo.

El siguiente cuadro puede ayudarte a recordar las distintas categorías gramaticales que formaron parte de los temarios de primaria y secundaria.

CATEGORÍA	CARACTERÍSTICAS	EJEMPLOS	USO
SUSTANTIVO	Nombres de personas, cosas, lugares, emociones, situaciones, etc.	Juan, señora, mesa, municipio, odio, duda, división, sociedad, compatibilidad, etc.	Pueden hallarse en sujeto (S) y predicado (P). Pueden cambiar en género y número.
ADJETIVO	Cualidades, características de los sustantivos.	Bueno, sociable, municipal, odioso, compatible, etc.	Pueden hallarse en sujeto y predicado. Concuerdan en género y número con su sustantivo. Los hay sin cambios de género.

VERBO	Acciones explícitas o implícitas (casos especiales SER, ESTAR Y HABER).	Amaba, corriste, dudaríamos, dividirás, socializar, odio, etc.	Cambia en persona, tiempo, modo y voz. Puede estar sustantivado en sus formas no conjugadas (verboides): infinitivo, participio y gerundio.
ADVERBIO	Modifica al verbo, a los adjetivos y a otros adverbios.	Ayer, hoy, mañana, velozmente, allá, sí, claro, no, nunca, jamás, quizá, etc.	Los hay de tiempo, de modo, de lugar, de cantidad, de afirmación, de negación, de duda.
DETERMINANTES	Acompañan al sustantivo, antes se les manejaba como artículos, adjetivos y algunos adverbios, hoy podemos englobarlos en determinantes, pues en todos los casos ayudan a particularizar a l sujeto y lo determinan.	El, la, los, las, un, una, unos, unas, lo, al, del, este, esta, estos, estas, aquel, aquella, aquellos, aquellas, ese, esa, esos, esas, mi, mis, tu, tus, su, sus, cualquier, algún, cada, ningún, bastante, primer, primero, qué, etc.	Se colocan siempre antes del sustantivo y los hay de varios tipos: artículos (determinados, indeterminados, neutro y contractos, en la gramática tradicional); adjetivos (demostrativos, posesivos, indefinidos, numerales; adverbios (interrogativos y exclamativos, etc).
PRONOMBRES	Sustituyen al sustantivo o a todo un sintagma nominal.	Personales: tú, él, lo vos, usted, ello, etc. Demostrativos: éste, ésta, ése, ésa, aquél, aquella, esto, eso, etc. Numerales: uno, dos, tres, cuatro, etc. Enclíticos y proclíticos (reflexivos/ recíprocos) me, se, se,nos, les, le, lo, los, la, las, os. Relativos: que, quien, quienes, cuyo, etc.	Los personales pueden cumplir las funciones del sujeto o de complemento del predicado. Los proclíticos acompañan y complementan al verbo. Suelen ser complementos directos o indirectos del predicado.
PREPOSICIONES	Unen a una palabra con su complemento y dan idea de dirección, lugar, etc.	Preposiciones vigentes: a, ante, bajo, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, sobre, tras. (cabe y so ya no se usan).	No tienen accidentes gramaticales y siempre establecen una relación de dependencia en sus uniones
CONJUNCIONES	Sirven para unir	Y, e, ni, que o, u, mas, pero, aunque, si, porque, sino, antes bien, etc.	Las encuentras en sujeto y predicado. Pueden unir (coordinando o subordinando) palabras o ideas.
INTERJECCIONES	Expresan emociones, formulismos de saludo.	¡bah!, Hola, ¡Dios mío!, ¡pío, adiós, etc.	No forman parte de la oración. Se consideran una oración por sí mismas.

2.2 La oración gramatical

En nuestra habla cotidiana vamos haciendo uso de todas las categorías gramaticales y formamos ideas simples o compuestas, en el peor de los casos manejamos ideas truncas. El buen manejo de mis ideas, depende del buen manejo de la oración, ya que una oración es precisamente una idea completa.

La llamada oración gramatical es precisamente la que cuenta con un sujeto (explícito o implícito) y un predicado. Con ella nos pusieron muchos ejercicios en primaria que así descontextualizados parecían no tener sentido, pero que, entre otras cosas, nos ayudan a estructurar nuestras ideas y también a descifrar las de los demás.

Tanto el resumen, como la síntesis descansan en el hecho de poder descifrar las ideas de los demás. Esto es, de poder entender de qué o quién habla cada párrafo y qué dice al respecto. Luego entonces, es importante retomar el trabajo de la oración resignificándolo. A continuación, un formulario de pasos a seguir para trabajar la oración.

PASOS PARA TRABAJAR LA ORACIÓN	
1° Busco el verbo conjugado (VC)	
2° Me pregunto quién realiza la acción. Si hay enclíticos o proclíticos, los añado a mi pregunta (la respuesta es el sujeto).	
3° Compruebo que él o lo que señalé como sujeto sea quien realiza la acción. (Aquí debemos recordar que la regla de concordancia indica: si el verbo está en plural, el sujeto también lo estará y lo mismo si está en singular).	
4° Lo que no entró en la respuesta es predicado.	
5° Busco complementos del predicado si me lo piden: directo, indirecto y circunstancial, mediante las siguientes preguntas colocadas después del VC. Primero busco el directo CD (OD, antes llamado acusativo) ¿Qué?, ¿a quién?	
¿A quién?, ¿para quién?	Después busco el indirecto CI (OI, antes llamado dativo)
hablativo) ¿Cómo?, ¿dónde?,	Finalmente el circunstancial CC (CC, antes llamado
	¿cuándo?, ¿cuánto?, ¿con qué?, ¿con quién?, ¿por qué?
6° Si hay más de un verbo conjugado es una oración compuesta.	
7° Las oraciones compuestas se coordinan o se subordinan	

OJO: no debo cambiar la pregunta de búsqueda del sujeto, siempre será ¿QUIÉN? (o ¿QUIÉNES?, si el verbo conjugado está en plural), no importa que a veces la respuesta la dé una cosa o un verboide; Ej. "Fumar es perjudicial para el hombre" VC: es, ¿quién ES? Fumar; dicho de otro modo, ¿Quién realiza la acción de SER PERJUDICIAL? Fumar. Sujeto: fumar, predicado: es perjudicial para el hombre.

EJERCICIOS

I. Determina si se trata de oraciones simples o compuestas, si son simples divídelas en sujeto y predicado, si son compuestas señala sus verbos conjugados.

- 1.- A mi Madre le gustan las tortugas.
- 2.- De Colón eran los barcos.
- 3.- Para mi tía Lilia, todo resulta complicado.
- 4.- Yo sólo sé que no sé nada.
- 5.- Fumar causa cáncer.

II. Corrige los errores de concordancia de los siguientes textos

- 1.- Dado las razones expuestas, reconsideramos la decisión de solicitarle al maestro una revisión de examen, pues el profesor hizo evidente en su explicación los errores que todos cometieron.

- 2.- Es bueno que ese premio se diera al mejor alumno, ojalá yo fuera un buen alumno y si fueras tú, ¿Qué compraras si el dinero lo ganaras tú?
- 3.- Ellos son los amigos de quien te habló.
- 4.- Un rebaño de ovejas estaban pastando en el campo esa mañana.
- 5.- El expositor y toda la asistencia se motivó ante el tema.

2.3 Las ideas principales

Siempre que se va a trabajar en el análisis de un texto es recomendable numerar sus párrafos, eso hará más fácil ubicar las ideas para rescatarlas, comentarlas en clase o citarlas, según se requiera. Si el texto es extenso no sólo es recomendable sino imperativa dicha numeración.

La técnica más sencilla para rescatar las ideas principales de un texto es la de convertir cada párrafo en una oración simple; para ello, damos lectura a cada párrafo, nos preguntamos de quién o qué habló y qué fue lo que dijo al respecto. Sin embargo, antes de llegar a este punto hay que cerciorarnos de que entendemos los términos que el texto maneja.

No podemos dejar de lado la polisemia de las palabras, es decir, hay vocablos que tienen más de un significado, lo cual implica que dependiendo de las otras palabras que le acompañan adquiere un significado distinto y debemos estar seguros que estamos aplicando el que da más sentido a la idea general, eso es contextualizar, y todo término debe ser contextualizado en una lectura de comprensión.

Los dos productos más comunes a obtener de una lectura de comprensión son el resumen y la síntesis, en ambos casos se trata de reducir un texto a sus ideas principales y lo único que cambia es el vocabulario empleado. En el resumen se respeta el que fue empleado por el autor y en la síntesis se usa el propio. A continuación los pasos a seguir para elaborar uno y otro.

Resumen	SÍNTESIS
1.- Lectura general del texto subrayando y consultando en el diccionario las palabras cuyo significado ignoro (en ocasiones habrá que conseguir diccionarios especializados).	1.- Lectura general del texto subrayando y consultando en el diccionario las palabras cuyo significado ignoro (en ocasiones habrá que conseguir diccionarios especializados).
2.- Segunda lectura por párrafo subrayando en cada párrafo sólo de quien habla y lo que dice de él.	2.- Segunda lectura deteniéndome en cada párrafo a determinar de quién habla y qué dice al respecto.
3.- Pasar al cuaderno estas oraciones simples respetando las palabras del autor y agregando las frases de enlace que mejor se acomoden para darle unidad al resumen.	3.- Anoto en mi cuaderno una oración simple con esta información con mis propias palabras.

ALGUNOS TIPS PRÁCTICOS PARA RESUMIR:

- 1.- El primer párrafo es generalmente introductorio y por lo tanto, lo primordial en él suele ser la presentación del tema, el cual, si está enunciado en el título, no hace falta repetir.
- 2.- Un buen resumen no incluye ejemplos: los ejemplos que da un autor buscan clarificar la idea central, pero no forman parte de ella.
- 3.- Los adjetivos suelen omitirse en el resumen, a menos que califiquen de tal forma al sujeto que lo transformen. En su mayoría, los adjetivos son accesorios.
- 4.- No convertir los referentes en ideas esenciales del texto: en un texto filosófico suelen tomarse varios autores como referencia, pero lo más importante siempre será distinguir el sujeto que está hablando y sus propias ideas, a las que los referentes ayudan a fundamentar, pero de ninguna manera sustituyen.

5.- No dejarme llevar por el gancho de los términos complejos o en latín, anexándolos en automático a mi resumen buscando impresionar; es preferible consultar su significado, contextualizarlo y verificar si en verdad son parte fundamental de las ideas principales del texto.

TIPS PARA LOCALIZAR IDEAS PRINCIPALES

En general, podemos identificar las palabras importantes a partir de algunas 'marcas' explícitas: suelen repetirse varias veces en el texto, pueden estar señaladas con algún distintivo (negrita, cursiva, mayúscula, etc.) y, lo que es más importante, aportan un significado que resulta esencial para el texto:

PALABRAS IMPORTANTES	PALABRAS POCO IMPORTANTES
Designan entidades (objetos, conceptos, ideas, etc.) centrales en el texto (tesis, tema principal, etc.).	• Designan entidades laterales (ejemplos, anécdotas, comentarios marginales, etc.).
Aparecen en las posiciones relevantes del texto (título, subtítulos, índices, síntesis, conclusiones, inicio de párrafo, etc.).	Aparecen en posiciones secundarias (interior de párrafos, ejemplos, notas, etc.)
Aparecen repetidamente.	No se repiten.
Suelen marcarse verbalmente con procedimientos discursivos (definición, matizaciones, comentarios, etc.).	Carecen de comentarios o especificaciones.
Pueden estar marcadas gráficamente con recursos tipográficos (negritas, cursivas, mayúsculas, etc.).	No suelen estar marcadas.

EJERCICIO

I.- Haz un resumen del siguiente texto siguiendo los pasos de la tabla.

Mi religión

Miguel de Unamuno

Me escribe un amigo desde Chile diciéndome que se ha encontrado allí con algunos que, refiriéndose a mis escritos, le han dicho: "Y bien, en resumidas cuentas, ¿cuál es la religión de este señor Unamuno?" Pregunta análoga se me ha dirigido aquí varias veces. Y voy a ver si consigo no contestarla, cosa que no pretendo, sino plantear algo mejor el sentido de la tal pregunta.

Tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso y cabe pereza espiritual con muy fecundas actividades de orden económico y de otros órdenes análogos propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan, quiéranlo o no, proponiéndose o sin proponérselo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica.

Escéptica digo, pero tomando la voz escepticismo en su sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga o rebusca, por oposición al que afirma y cree haber hallado. Hay quien escudriña un problema y hay quien nos da una fórmula, acertada o no, como solución de él.

En el orden de la pura especulación filosófica, es una precipitación el pedirle a uno soluciones dadas, siempre que haya hecho adelantar el planteamiento de un problema. Cuando se lleva mal un largo cálculo, el borrar lo hecho y empezar de nuevo significa un no pequeño progreso. Cuando una casa amenaza ruina o se hace completamente inhabitable, lo que procede es derribarla, y no hay que pedir se edifique otra sobre ella. Cabe, sí, edificar la nueva con materiales de la vieja, pero es derribando antes ésta. Entretanto, puede la gente albergarse en una barraca, si no tiene otra casa, o dormir a campo raso.

Y es preciso no perder de vista que para la práctica de nuestra vida, rara vez tenemos que esperar a las soluciones científicas definitivas. Los hombres han vivido y viven sobre hipótesis y explicaciones muy deleznable, y aun sin ellas. Para castigar al delincuente no se pusieron de acuerdo sobre si éste tenía o

no libre albedrío, como para estornudar no reflexiona uno sobre el daño que puede hacerle el pequeño obstáculo en la garganta que le obliga al estornudo.

Los hombres que sostienen que de no creer en el castigo eterno del infierno serían malos, creo, en honor de ellos, que se equivocan. Si dejaran de creer en una sanción de ultratumbas no por eso se harían peores, sino que entonces buscarían otra justificación ideal a su conducta. El que siendo bueno cree en un orden trascendente, no tanto es bueno por creer en él cuanto que cree en él por ser bueno. Proposición ésta que habrá de parecer oscura o enrevesada, estoy de ello cierto, a los preguntones de espíritu perezoso.

Y bien, se me dirá, “¿Cuál es tu religión?” Y yo responderé: mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que con Él luchó Jacob. No puedo transigir con aquello del Inconocible o Incognoscible, como escriben los pedantes ni con aquello otro de “de aquí no pasarás”. Rechazo el eterno *ignorabimus*. Y en todo caso, quiero preparar a lo inaccesible.

“Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”, nos dijo el Cristo, y semejante ideal de perfección es, sin duda, inasequible. Pero nos puso lo inasequible como meta y término de nuestros esfuerzos. Y ello ocurrió, dicen los teólogos, con la gracia. Y yo quiero pelear mi pelea sin cuidarme de la victoria. ¿No hay ejércitos y aun pueblos que van a una derrota segura? ¿No elogiamos a los que se dejaron matar peleando antes que rendirse? Pues ésta es mi religión.

Ésos, los que me dirigen esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquier otro de estos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy una especie única. “No hay enfermedades, sino enfermos”, suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones, sino opinantes.

En el orden religioso apenas hay cosa alguna que tenga racionalmente resuelta, y como no la tengo, no puedo comunicarla lógicamente, porque sólo es lógico y transmisible lo racional. Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos. Cristiano protestante conozco que niega el que los unitarios sean cristianos.

Confieso sinceramente que las supuestas pruebas racionales la ontológica, la cosmológica, la ética, etcétera de la existencia de Dios no me demuestran nada; que cuantas razones se quieren dar de que existe un Dios me parecen razones basadas en paralogismos y peticiones de principio. En esto estoy con Kant. Y siento, al tratar de esto, no poder hablar a los zapateros en términos de zapatería.

Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón.

Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro. Si se tratara de algo en que no me fuera la paz de la conciencia y el consuelo de haber nacido, no me cuidaría acaso del problema; pero como en él me va mi vida toda interior y el resorte de toda mi acción, no puedo aquietarme con decir: ni sé ni puedo saber. No sé, cierto es; tal vez no pueda saber nunca, pero “quiero” saber. Lo quiero, y basta.

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten ¡Paradoja! los mentecatos y los superficiales.

No concibo a un hombre culto sin esta preocupación, y espero muy poca cosa en el orden de la cultura y cultura no es lo mismo que civilización de aquellos que viven desinteresados del problema religioso en su aspecto metafísico y sólo lo estudian en su aspecto social o político. Espero muy poco para el enriquecimiento del tesoro espiritual del género humano de aquellos hombres o de aquellos pueblos que por pereza mental, por superficialidad, por cientificismo, o por lo que sea, se apartan de las grandes y eternas inquietudes del corazón. No espero nada de los que dicen: “¡No se debe pensar en eso!”; espero menos aún de los que creen en un cielo y un infierno como aquel en que creíamos de niños, y espero todavía menos de los que afirman con la gravedad del necio: “Todo eso no son sino fábulas y mitos; al que se muere lo entierran, y se acabó”. Sólo espero de los que ignoran, pero no se resignan a ignorar; de los que luchan sin descanso por la verdad y ponen su vida en la lucha misma más que en la victoria.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos, si puedo. Lo dije ya en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, que es mi más extensa confesión a este respecto. Que busquen ellos, como yo busco; que luchen, como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y, por lo menos, esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu.

Para esta obra “obra religiosa” me ha sido menester, en pueblos como estos pueblos de lengua castellana, carcomidos de pereza y de superficialidad de espíritu, adormecidos en la rutina del dogmatismo católico o del dogmatismo librepensador o cientificista, me ha sido preciso aparecer unas veces impúdico e indecoroso, otras duro y agresivo, no pocas enrevesado y paradójico. En nuestra menguada literatura apenas se le oía a nadie gritar desde el fondo del corazón, descomponerse, clamar. El grito era casi desconocido. Los escritores temían ponerse en ridículo. Les pasaba y les pasa lo que a muchos que soportan en medio de la calle una afrenta por temor al ridículo de verse con el sombrero por el suelo y presos por un polizonte. Yo, no; cuando he sentido ganas de gritar, he gritado. Jamás me ha detenido el decoro. Y ésta es una de las cosas que menos me perdonan estos mis compañeros de pluma, tan comedidos, tan correctos, tan disciplinados hasta cuando predicán la incorrección y la indisciplina. Los anarquistas literarios se cuidan, más que de otra cosa, de la estilística y de la sintaxis. Y cuando desentonan lo hacen entonadamente; sus desacordes tiran a ser armónicos.

Cuando he sentido un dolor, he gritado, y he gritado en público. Los salmos que figuran en mi volumen de *Poesías* no son más que gritos del corazón, con los cuales he buscado hacer vibrar las cuerdas dolorosas de los corazones de los demás. Si no tienen esas cuerdas, o si las tienen tan rígidas que no vibran, mi grito no resonará en ellas, y declararán que eso no es poesía, poniéndose a examinarlo acústicamente. También se puede estudiar acústicamente el grito que lanza un hombre cuando ve caer muerto de repente a su hijo, y el que no tenga ni corazón ni hijos, se queda en eso.

Esos salmos de mis *Poesías*, con otras varias composiciones que allí hay, son mi religión, y mi religión cantada, y no expuesta lógica y razonadamente. Y la canto, mejor o peor, con la voz y el oído que Dios me ha dado, porque no la puedo razonar. Y el que ve racionios y lógica, y método y exégesis, más que vida, en esos mis versos porque no hay en ellos faunos, dríades, silvanos, nenúfares, “absintios” (o sea ajenjos), ojos glaucos y otras garambainas más o menos modernistas, allá se quede con lo suyo, que no voy a tocarle el corazón con arcos de violín ni con martillo.

De lo que huyo, repito, como de la peste, es de que me clasifiquen, y quiero morirme oyendo preguntar de mí a los holgazanes de espíritu que se paren alguna vez a oírme: “Y este señor, ¿qué es?” Los liberales o progresistas tontos me tendrán por reaccionario y acaso por místico, sin saber, por supuesto, lo que esto quiere decir, y los conservadores y reaccionarios tontos me tendrán por una especie de anarquista espiritual, y unos y otros, por un pobre señor afanoso de singularizarse y de pasar por original y cuya cabeza es una olla de grillos. Pero nadie debe cuidarse de lo que piensen de él los tontos, sean progresistas o conservadores, liberales o reaccionarios.

Y como el hombre es terco y no suele querer enterarse y acostumbra después que se le ha sermoneado cuatro horas a volver a las andadas, los preguntones, si leen esto, volverán a preguntarme: "Bueno; pero ¿qué soluciones traes?" Y yo, para concluir, les diré que si quieren soluciones, acudan a la tienda de enfrente porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño ha sido, es y será que los que me lean, piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y, a lo sumo, sugerir, más que instruir. Si yo vendo pan, no es pan, sino levadura o fermento.

Hay amigos, y buenos amigos, que me aconsejan me deje de esta labor y me recoja a hacer lo que llaman una obra objetiva, algo que sea, dicen, definitivo, algo de construcción, algo duradero. Quieren decir algo dogmático. Me declaro incapaz de ello y reclamo mi libertad, mi santa libertad, hasta la de contradecirme, si llega el caso. Yo no sé si algo de lo que he hecho o de lo que haga en lo sucesivo habrá de quedar por años o por siglos después que me muera; pero se que si se da un golpe en el mar sin orillas las ondas en derredor van sin cesar, aunque debilitándose. Agitar es algo. Si merced a esa agitación viene detrás otro que haga algo duradero, en ello durará mi obra.

Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado, y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir dondequiera el dolo, la necesidad y la ineptia.

Ya sabe, pues, mi buen amigo el chileno lo que tiene que contestar a quien le pregunte cuál es mi religión. Ahora bien; si es uno de esos mentecatos que creen que guardo ojeriza a un pueblo o una patria cuando le he cantado las verdades a alguno de sus hijos irreflexivos, lo mejor que puede hacer es no contestarles.

Salamanca, 6 de noviembre de 1907.

II.- Lee el Anexo 1 y haz una síntesis.

2.4 Diálogo con el autor

A nivel universitario se espera que el alumno, no sólo lea una cantidad x de palabras por minuto (la velocidad es una consecuencia hasta cierto punto lógica del hábito lector), sino que se detenga para analizar; a verificar si es capaz de parafrasear al autor –ojo, no de memorizar al autor, sino de parafrasearlo, esto es, repetir las ideas del autor sin emplear exactamente las mismas palabras–. Asimismo, se recomienda un diálogo constante con el escritor, pensar mientras se lee, preguntarse si resulta conocido o válido lo que dice, si posible relacionar sus aseveraciones con el entorno o experiencia de vida personal, si la lectura arroja un poco de luz a cuestionamientos que siempre se había hecho, o bien, si genera nuevos cuestionamientos. Este tipo de lectura es más significativo y profundo. Se recomienda para materias que exigen comentarios de reflexión en clase o trabajos finales interpretativos. No es la idónea cuando sólo se pide la búsqueda de datos concretos o específicos como fechas, conceptos, nombres de teorías, etc.

El artículo de opinión es un producto que permite reflejar este diálogo con él o los autores; está diseñado para expresar la opinión de quien lo redacta, su estructura suele ser sencilla y libre, está ligada íntimamente al estilo del escritor; no requiere de un vocabulario especializado ni preciso, tampoco, tener un nivel de argumentación elevado y complejo; sin embargo, dependiendo de la destreza del escritor, en ocasiones, algunos artículos de opinión son verdaderos ensayos, por lo tanto, se trata de una método de preparación para el desarrollo del texto filosófico pertinente: nos exige la fundamentación de nuestras opiniones y elaborar juicios críticos con respecto a nuestras lecturas.

Por otra parte, no debemos olvidar que la moderna definición de texto implica cualquier gráfico que tenga una idea que transmitir. Ello implica que un anuncio, una película e incluso una simple imagen, pueden ser manejados como textos. El siguiente es el primer artículo de opinión de un alumno del IFFIM, basado en un programa de televisión que abordó el tema del asesinato:

Justicia o injusticia

En algunos casos cabe preguntarse si la acción de matar es un crimen o por el contrario un acto de justicia. ¿Quién determina el grado de valor de los actos humanos? ¿Y quién otorga la recompensa o castigo para ellos? ¿No es la sociedad? Claro que sí. Y precisamente el caso de quien primero es víctima de una fuerte violencia tanto física como psicológica. La sociedad le deja actuar y que prosiga con su vida aunque esté llena de grandes conflictos. Incluso cuando se denuncia al agresor o agresora, se enfrentan simplemente a la burla. Porque claro, ¿A quién le importa que una mujer tímida y sumisa reciba golpes de su pareja? ¿A quién le importa que una mujer que se compadeció de la desgracia del otro, en pago a esto reciba golpes, humillación, si se trata posiblemente de problemas de amantes?

¿A quién le importa?... ¿a ti?, ¿a ellos?, ¿a nosotros?, ¿a la sociedad? ¡Es claro que a nadie!, de lo contrario se habrían tomado las medidas necesarias para erradicarlo. Lo que me parece irónico es que, primero haya quien destroce impunemente los sueños, la esperanza, los deseos, la felicidad y la integridad misma de otra persona sin nadie que tenga la autoridad y poder, haga algo al respecto. Y que luego, cuando el afectado, con toda la ira y dolor, acumulados, producto de lo anterior, termine con la vida de su agresor, ahora sí: esto sea un crimen, un asesinato y merezca todo el rigor de la justicia...

¿Qué le está sucediendo a nuestra sociedad? ¿Cómo es posible que sólo ante trágicas consecuencias reaccione?

Creo que ésta, como muchas otras realidades, seguirá existiendo hasta no tomar la decisión de cambiar nuestro medio.

Y todavía se escucha decir a menudo: ¡Qué mundo le vamos a dejar a nuestros hijos! Cuando debería ser todo lo contrario: ¡Que hijos le vamos a dejar a nuestro mundo!

La sociedad es responsable de la gran mayoría de injusticias que se suscitan dentro de ella, porque simplemente su sistema de justicia no da para mucho.

Emmanuel Velásquez Mireles (alumno del Instituto de Filosofía 2009)

Como puedes apreciar, el **artículo de opinión no es una simple paráfrasis del texto** en que se basa, sino que toma alguna de las ideas centrales de él para plantear un punto de vista personal, mismo que debe ser fundamentado con cierta lógica y coherencia. Puede incluir citas de otros autores para apoyar su opinión, pero no está obligado a hacerlo; lo que sí está obligado a hacer es: un planteamiento claro del tema a abordar y de la postura de quien lo escribe, asimismo, uno o varios argumentos que la validen. El artículo de opinión no tiene como finalidad exhortar, arengar, reclutar o de alguna forma transformar las ideas de quien lo lea; más bien busca provocar en el lector una reflexión que, desde el punto de vista de quien lo escribe es pertinente, que por lo demás, constituyen su postura respecto al tema.

EJERCICIO

I. El siguiente texto que aborda un tema de actualidad: la reforma educativa del bachillerato en México, la cual, entre otras cosas, elimina la filosofía como materia de estudio básico obligatorio; lee con atención y, con base en él, escribe un artículo de opinión sobre la necesidad de estudiar filosofía. Recuerda que la opinión es libre, puedes o no estar de acuerdo con el autor del texto de base, pero para validar tu dicho, debes presentar argumentos que lo fundamenten.

La filosofía y la reforma del bachillerato

ARNALDO CÓRDOVA

La desaparición de las disciplinas filosóficas (historia de las doctrinas filosóficas, lógica, ética y estética) de los planes de estudio del bachillerato que ha estado instrumentando la Secretaría de Educación Pública no es algo que sólo preocupe a los integrantes de la comunidad filosófica de México, si es que existe algo parecido. Muchos de los que estamos involucrados en la formación de cuadros de investigación en historia y ciencias sociales hemos dado muchas peleas por la formación filosófica

de nuestros alumnos y hemos expuesto nuestras razones. Yo voy a dar ahora las mías en mi ya larga experiencia como formador de investigadores.

Como parte de mis estudios en filosofía del derecho, en mis años de Italia (1961-1964), mis maestros me hicieron estudiar la obra de los principales filósofos modernos. Mis autores fueron Hobbes, Descartes, Locke, Bacon, Vico, Leibniz, Hume, Kant, Hegel y Marx y tuve que estudiarlos en sus propias lenguas, porque, como me decía mi maestro Umberto Cerroni, "la nuestra es, ante todo, una investigación filológica". Mientras me enfrascaba en el estudio de aquellos autores, también a mí me vino a la cabeza la pregunta "¿para qué todo esto?" y mi maestro Widar Cesarini Sforza, titular de la cátedra de filosofía del derecho, me dijo: "Hoy no lo podrás ver. Lo verás cuando ya seas un profesional de la ciencia".

Cuando pude entrar a dar clase en 1967 a la UNAM, en la entonces Escuela de Ciencias Políticas y Sociales (en la Facultad de Derecho sólo pude dar clases hasta 1989), había una auténtica fiebre por el estudio de una gringada llamada "métodos y técnicas de investigación social". Tengo unos 50 libros que me compré sobre esa materia. Leí todos los que pude y, un día, le pregunté a Enrique González Pedrero, mi director, para qué hacían que nuestros estudiantes llevaran hasta cuatro y a veces incluso cinco cursos sobre esas idioteces. Él me preguntó: "¿Qué les darías a estudiar?" "¡Filosofía!", le contesté de inmediato. A la pregunta de qué les daría a leer a los estudiantes le dije "¡La *Crítica de la razón pura* de Kant!" Enrique me sonrió casi con conmiseración y no dijo más.

Durante los 70, mientras todos mis colegas daban cursos sobre los autores de moda, los marxistas embelesados con Althusser, que yo critiqué acerbamente; los antes funcional-estructuralistas, ahora con las propuestas "sistémicas" de Easton, que luego pasaron de moda hasta que Luhmann les dio nueva y efímera vida, y así por el estilo, yo persistí en dar mis cursos sobre los autores clásicos del pensamiento filosófico y político. Tuve un plan que seguí con varias generaciones de alumnos: Maquiavelo, Bodino, Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Kant, Humboldt, Constant, Hegel, Tocqueville, Marx, Weber. Nunca lo terminé en un semestre. Así que mis alumnos fueron casi siempre de dos o tres semestres. Muchos de ellos recuerdan esos cursos.

Mi demanda de que se eliminaran en la Facultad de Ciencias Políticas los cursos de metodología en ciencias sociales y se sustituyeran por cursos de filosofía jamás prosperó ni fue entendida. Para mi regocijo cada año cambiaban los programas de esos cursos y nunca daban resultados. Desde hace ya más de 15 años, por otro lado, he innovado mi trabajo de formación filosófica de mis alumnos. Cada semestre escojo la obra de un gran autor: la *Ciencia nueva*, de Vico, por ejemplo, o la *Crítica de la razón pura* de Kant, o las *Lecciones sobre la filosofía de la historia* y la *Filosofía del derecho* de Hegel, o las obras filosóficas de Marx, o *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* y *Economía y sociedad* de Weber y los leo con mis estudiantes y luego las discutimos pormenorizadamente en seminarios. Debo decir que los resultados han sido muy buenos.

Cuando en 1996 la coordinación del Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM eliminó las disciplinas filosóficas y sólo dejó dos cursillos en los que se pretendió meter todo, mientras en las preparatorias se sostenían los cursos tradicionales, yo le hice saber al rector que se estaba consumando una estupidez. El bachillerato universitario, obviamente, necesita de una reforma a fondo, pero no es así como lo vamos a mejorar. Desde hace ya muchos años he concentrado mi labor académica en el posgrado del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras y me ha sorprendido que también allí he tenido que seguir batallando por la filosofía. Contra viento y marea estoy dirigiendo una tesis doctoral sobre la filosofía de la historia de Kant, que algunos investigadores del Instituto de Investigaciones Filosóficas piensan que es una mafuada.

¿Por qué la filosofía? Para empezar, todo tiene que ver, precisamente, con el método. Uno de los autores con los que se deleitaban los profesores de Ciencias Políticas en los 60, Russel L. Ackoff, escribió: "Las ciencias sociales han ya avanzado muy bien técnicamente, pero no tan bien metodológicamente. Este desarrollo desigual se debe (en parte) al fracaso en distinguir entre técnicas y métodos de investigación social" (*The Design of Social Research*, University of Chicago Press, 1967, p. vii). La filosofía moderna ha cambiado la idea que los antiguos y los medievales tenían del método: ya no es un saber hacer, como para los gringos hoy; ahora se trata de concebir conceptos. Para concebir conceptos hay que saber pensar y sólo la filosofía sabe enseñarlo.

Desde Kant (en realidad, ya desde Descartes) la filosofía ha dejado de ser mera especulación para convertirse en teoría del conocimiento, vale decir, en teoría del conocimiento científico. Como escribió Ortega y Gasset: "La filosofía moderna adquiere en Kant su franca fisonomía al convertirse en mera ciencia del conocimiento. Para poder conocer algo, es preciso antes estar seguro de si se puede y cómo se puede conocer" ("*Kant*", en *Tríptico*, Espasa-Calpe, 1947, p. 70). Concebir quiere decir pensar. No se puede elaborar un concepto sin pensarlo. Pongamos por caso el Estado o la sociedad o el ciudadano o la mujer o el hombre en sus relaciones. Hay que pensarlos, además de observarlos. Para eso sirve la filosofía. También hay que pensar el mundo como tal, debo pensarme como sujeto que conoce y definirme y debo saber definir mi objeto de estudio. Son problemas de concepción.

Por eso es una idiotez suprimir las disciplinas filosóficas cuando más las necesitan nuestros alumnos en una etapa tan crucial de su formación como lo es el bachillerato.

PARTE 3 CITAS Y ARGUMENTOS

Capítulo tres "Citas a ciegas"

Ya desde antes del seminario estaba yo un poco peleado con las citas. Me caía gordísimo que una de las amigas de mi hermana se dedicara a andarle organizando la vida sentimental a todos y en especial a mí. Me agarraba de bajada a diario, era nomás verla venir y esperar su cantaleta "tengo una amiga que te quiere conocer". Para mi desgracia, me la encontraba cada fin de semana en el coro de la iglesia, ejerciendo por cierto el mismo oficio de celestina sin importarle si era o no el lugar adecuado para estar con esas cosas.

El colmo fue cuando me abordó en pleno atrio, en mitad de la organización de un retiro, para arreglarme una cita a ciegas, ahí sí le puse un alto. En primera porque los trabajos de la iglesia para mí tenían un significado diferente y merecían respeto. No se puede andar con frivolidades cuando estás tomando algo en serio y así se lo hice saber. Eso no fue obstáculo para que ella siguiera insistiendo cada que me veía en mi casa: "Y qué onda, ¿ora sí te haga una cita?"

Por eso, cuando el maestro de Antropología dijo que para su trabajo quería que hiciéramos citas fue en lo primero que pensé, me acordé de todo y me reí para mis adentros, bueno, ni tan para mis adentros porque cuando me di cuenta tenía al maestro parado al centro y mirándome fijamente: "Dije que nos cuente el chiste". Lógicamente no abrí la boca, bajé la cabeza y agarré mi lápiz en actitud "soytodoideosmaestro". Los del salón me odiaron porque según ellos por mi culpa el maestro hizo más lenta su explicación y deliberadamente se tardó diez minutos más que de costumbre, pero la neta es que ese maestro siempre se cuelga en sus tiempos. Él como que no sabe o no agarra la onda de que algunos venimos con los hermanos en la camioneta de la casa y que si no salimos a tiempo, nos toca irnos en camión o a pie, y que tampoco es que nos den mucho dinero en nuestras casas para gustarlo en eso, porque se supone que hay un vehículo que nos lleva y nos trae. Nuestro transporte tampoco puede retrasar su salida porque hay horas de comida en las casas y hay que cumplir ciertas reglas, claro que eso a los maestros qué, pero el caso es que como ese día nos dejaron a todos, no me la acababa con los compañeros y todo por las dichas citas con las que siempre he tenido pleito.

El chiste es que a la entrega del trabajo, el maestro se quejó de todo el mundo, que porque

eran muy pocas citas, que porque no escribimos completos los datos de la fuente, que porque algunos ni referencias de la fuente pusimos, que él nos había puesto muchas lecturas durante el semestre y descubrió que sacamos todas las citas de las últimas dos lecturas.

Alguien me dijo que en esta carrera lo mejor es llevar una bitácora de lecturas, que es una lata pero al final te acostumbras y con trabajos como los de este maestro trabajas menos, porque todo está ahí: las citas, las fuentes y su precisa ubicación. Chance y lo haga, o chance y me llene de fichas como las que dice otra maestra que debo hacer.

En fin, sigo en lo dicho, el tema de las citas no es precisamente agradable para mí. Aunque no es el trabajo con las citas el que más me preocupa, porque, bueno, parece que eso es más bien de pegarse bien a los libros y ser disciplinado. Más difícil que buscar y poner citas en los trabajos es esto de tener que pensar antes de opinar el cómo vamos a justificarle a los maestros nuestras opiniones. Ya me corrigieron el otro día los compañeros, dicen que si justifico suena como a que estoy buscando pretextos como si quisiera defenderme de algo, pero yo ya fui al diccionario y vi que están mal ellos. Esa es una cosa que sí le debo agradecer a esta carrera. Antes me creía de todo lo que me decían y si me criticaban al escribir, enseguida borraba; ahora no, les pregunto por qué dicen que no va así, los escucho, sopeso sus observaciones y me pongo a analizar si tendrán razón o no. Así sucedió con esto, fui y lo busqué en el diccionario. Ahí dice primero lo que ellos piensan, demostrar la inocencia, o sea, sí equivale a estarse defendiendo; pero después dice: probar el fundamento de algo, y ahí está lo que yo digo. En esta carrera y no sé si en todas, los maestros siempre te piden el fundamento de tus opiniones.

Al principio pensaba que les gustaba ponernos cuatros, hacernos dudar de lo que decíamos y probar que cayéramos en contradicciones. Algunos compañeros del salón decían que lo que pasa es que al maestro siempre le gustará verse mejor que el alumno o probar que él sabe más. Con el tiempo he venido a darme cuenta que no es nada de eso. Se trata de obligarnos a pensar, así, neta: OBLIGARNOS, porque ya casi no lo hacemos. Se me figura a veces que somos como periquitos, que escuchan, graban y repiten sin mayor trámite, como si Dios no nos hubiera dado una capacidad de pensamiento.

Últimamente ando en eso, tratando de no opinar si no tengo razones para hacerlo o si no me he documentado al respecto; dándome cuenta de que opinamos de todo sin saber ni conocer en

realidad. Lo que me recuerda a mi madre, que siempre nos decía: “ustedes nomás hablan porque Dios les dio boca” y quién diría que mi madre, sin entrar a filosofía, sería tan sabia.

3.1 La bitácora

A lo largo de una carrera universitaria y en la vida profesional en general, se realizan una serie de lecturas que incrementan nuestro bagaje cultural y enriquecen nuestra capacidad argumentativa. Sin embargo, cuando no se lleva un control metódico de ellas, se cae en imprecisiones que restan utilidad a su lectura. Desde luego, lo mejor de una lectura es lo que dejó de significativo para nuestra vida, pero para fines puramente educativos, prácticos y de investigación, es de suma importancia llevar un control metódico de estas lecturas para poder emplearlas en posteriores ocasiones y sacar de cada una de ellas el mayor partido posible.

En los trabajos de nivel universitario, con frecuencia se debe citar para fortalecer nuestros postulados; dichas citas se convierten en un tormento para quien no está familiarizado con el manejo de un fichero. También afecta el modelo editorial empleado para el registro de datos. A saber, existen tres modelos aceptados internacionalmente para el registro y recopilación de datos en investigaciones a nivel profesional: el modelo de la Asociación Americana de Psicología (APA), el de la Asociación de Lenguas Modernas (MLA) y el modelo latino (ML). En este sentido, más que pretender que uno es mejor que el otro o determinar que no podrían haber otras posibilidades, una regla básica es conservar la uniformidad; es decir, citar y anotar los datos de la fuente de la cual se obtuvo la información siempre en el mismo orden, siempre con el mismo estilo.

La bitácora de lectura es un control que contiene datos generales y particulares de todas las obras consultadas para un proyecto o a lo largo de un curso, y aunque se trate de un trabajo aparentemente laborioso, con el tiempo y la práctica continua se convierte en un hábito casi mecánico que ahorra mucho tiempo a la larga.

FICHA BIBLIOGRÁFICA	LUGAR EN QUE SE ENCUENTRA LA OBRA	PERIODO DE LECTURA	MATERIA O PROYECTO PARA EL QUE SE REALIZÓ LA LECTURA	CITAS
---------------------	-----------------------------------	--------------------	--	-------

La forma más práctica de recordar los datos que contiene una ficha bibliográfica es escribir la palabra PALETA al revés: A= Autor (empezando por sus apellidos en mayúsculas, seguidos de una coma y sus nombres en minúsculas).

T= Título

E= Edición y editorial

L= Lugar

A= Año

P= Páginas

Al leer encontramos frases significativas o muy contundentes que a la postre pueden ser empleadas como citas en nuestros trabajos. Hay quien acostumbra subrayar con marcatextos las ideas que le impresionan del autor y eso es bueno, es parte de establecer un diálogo con el autor; no obstante, vaciar estas citas en la bitácora nos permite tenerlas a la mano, junto con los datos de la ficha que sirven de referente. Debemos tener en cuenta que, cada que en un trabajo intercalamos una cita (debidamente entrecomillada), es menester anotarle un número de referencia, el cual llevará a nuestro lector al pie de página o al final del escrito, donde encontrará los datos de la fuente: bibliográfica, hemerográfica, electrónica, etc.

3.2 Tipos de fichas

Existen varios tipos de fichas, dependiendo de la fuente y la finalidad. En el siguiente recuadro se encuentran las fichas clasificadas por fuente (lugar donde se obtuvo la información):

TIPO DE FICHA	INFORMACIÓN CONTENIDA
HEMEROGRÁFICA: periódicos y revistas.	Apellidos, nombre del autor. "Título del escrito entre comillas". <i>Nombre de la publicación</i> Fecha de edición; pág.
VIDEOGRÁFICA: cine, programas, audiovisuales.	Apellidos, nombre del autor. <i>Nombre del video</i> . País: producción Fecha de edición; pág.
ELECTRÓNICA: páginas de la red.	Apellidos, nombre del autor. <i>Nombre de la publicación</i> . Año de edición de la obra consultada. (Fecha en que se encontró la información), disponible en: http://Dirección completa de la página de internet

Por otro lado están las fichas que ayudan al estudioso en un proceso de investigación:

DE RESUMEN	DE SÍNTESIS	DE PARÁFRASIS
<p>Ficha de la fuente (Resumen)</p> <p>Sin comillas se anota un sumario o recapitulación de la obra, empleando los términos de su autor.</p> <p>Aquí no importa el perfil de mi investigación sino el tomar la obra como un todo, que contiene una información cuya importancia se determina con respeto a la obra misma.</p>	<p>Ficha de la fuente (Síntesis)</p> <p>Retoma las ideas más importantes de un texto bajo el punto de vista del propio investigador.</p> <p>Aquí lo que importa es el perfil de la propia investigación. Las ideas manejadas por el texto adquieren relevancia con respecto al proyecto del investigador y no de la obra misma.</p>	<p>Ficha de la fuente (Paráfrasis)</p> <p>Se plasman los conceptos generales de un libro con las palabras de quien elabora la ficha, poniendo cuidado en no desvirtuar el sentido de la obra de origen o distorsionar su contenido en general.</p>

La ficha de comentario permite al investigador ir anticipando parte de las opiniones que puede integrar a la redacción de su trabajo final. Por otro lado, también permite al asesor, identificar las fallas en el proceso de análisis de la investigación:

FICHA DE LA FUENTE
<p>SINÓPSIS:</p> <p>Extracta los aspectos más relevantes de una obra y formando una visión general sintética. En la sinopsis no se incluyen detalles del desenlace de la obra, se trata de que el lector se interese en su lectura.</p>
<p>Comentario:</p> <p>Breve redacción entorno a lo leído que presenta ideas personales, elaboradas con sentido crítico, juicios de valor y argumentos que los fundamentan (se realciona con el trabajo del artículo de opinión).</p>

3.3 El argumento

Un argumento es un razonamiento lógico que fundamenta las ideas. Con frecuencia se emplean citas de gente versada en el tema para reforzar un argumento, para dar pruebas de que no se vierten opiniones a la ligera y persuadir a quien nos lee de que nuestras sentencias son el producto de un análisis profundo del tema que implicó una investigación seria, de la cual, entre otras cosas, se desprende la cita. Dicha cita es, pues, un apoyo, pero no puede de ninguna manera constituir nuestro punto de vista, utilizarla de ese modo sería un plagio. Las comillas que deben colocarse al principio y al final de ésta, permiten al lector distinguir entre las citas de apoyo y el resto del texto.

A estas alturas es conveniente hacer un paréntesis para recordar la estructura del argumento, el cual parte de dos o más premisas (cuanto más veraces, más irrefutables) que derivan en una conclusión lógica y coherente, misma que se traduce en una opinión.

- Premisa 1 México es un país donde la mayor parte de la población es católica.
- Premisa 2 Para los católicos un sacerdote es una figura de confianza, respeto y autoridad.
- Premisa 3 En la sociedad mexicana, un sacerdote es un líder de opinión.
- Conclusión Ser sacerdote en México implica una responsabilidad y compromiso social considerables.

Expresar “nuestra opinión” es algo a lo que cada uno tenemos derecho y fundamentarla es obligación de todo universitario.

EJERCICIO

I. Lee el siguiente texto de Fernando Savater y elabora una ficha de comentario.

Opiniones respetables

Fernando Savater (Diccionario Filosófico, Planeta, México, 1996)

En nuestra sociedad abundan venturosa y abrumadoramente las opiniones. Quizá prosperan tanto porque, según un repetido dogma que es el non plus ultra de la tolerancia para muchos, todas las opiniones son respetables. Concedo sin vacilar que existen muchas cosas respetables a nuestro alrededor: la vida del prójimo, por ejemplo, o el pan de quien trabaja para ganárselo, o la cornamenta de ciertos toros. Las opiniones, en cambio, me parecen todo lo que se quiera menos respetables: al ser formuladas saltan a la palestra de la disputa, la irrisión, el escepticismo y la controversia. Afrontan el descrédito y se arriesgan a lo único que hay peor que el descrédito, la ciega credulidad. Todas las opiniones son “discutibles” y esta condición no encierra demérito, como suelen creer quienes utilizan es calificativo para desacreditar las opiniones que no comparten (“eso que usted dice es muy discutible...”). Si una opinión no fuese discutible, dejaría de ser una opinión para convertirse en un axioma o en un dogma. Pero la palabra “discutir” encierra un sentido más fuerte que el de un simple intercambio de pareceres: etimológicamente quiere decir sacudir, derribar, zarandear algo para que demuestre si tiene sólidas raíces o incluso arrancarlo de su suelo nutricio para que las enseñe y puedan ser comprobadas. Así es sin duda como hay que proceder con las opiniones. Sólo las más fuertes deben sobrevivir, cuando logren ganarse la verificación que las legalice. Respetarlas beatamente sería momificarlas a todas por igual, haciendo indiscernibles las que gozan de buena salud gracias a la razón y la experiencia de las infectadas por la ñoñería pseudomística y el delirio.

Tomemos por ejemplo uno de nuestros debates televisivos de corte popular en el que se afronte alguna cuestión peliaguda como los platillos volantes, la curación mágica de las enfermedades o la inmortalidad del alma. Cualquiera de los participantes puede iniciar su intervención diciendo: “yo opino...!” Pues bien, esa cláusula aparentemente modesta y restrictiva suele funcionar de hecho como todo lo contrario. Y es que hay dos usos diferentes, opuestos diría yo, del opinar. Según el primero de ellos, advierto con mi “yo opino” que no estoy seguro de lo que voy a decir, que se trata tan sólo de una conclusión que he sacado a partir de argumentos no concluyentes y que estoy dispuesto a revisarla si se me brindan pruebas contrarias o razonamientos mejor fundados. En ningún caso diría “yo opino” para luego aseverar que dos más dos son cuatro o que París es la capital de Francia: lo que precisamente advierto con esa fórmula es que no estoy tan seguro de lo que aventuro a continuación como de esas certezas ejemplares. Éste es el uso impecable de la opinión.

Pero en otros casos decir “yo opino” viene a significar algo muy distinto. Prevengo a quien me escucha de que la aseveración que formulo es mía, que la respaldo con todo mi ser y que por tanto no estoy dispuesto a discutirla con cualquier advenedizo no a modificarla simplemente porque se me ofrezcan argumentos adversos que demuestren su falsedad. Theodor Adorno, en un excelente artículo titulado “Opinión, demencia y sociedad” describe así esta actitud: «El “yo opino” no restringe aquí el juicio hipotético, sino que lo subraya. En cuanto alguien proclama como suya una opinión nada certera, no corroborada por experiencia alguna, sin reflexión sucinta, le otorga, por mucho que quiera restringirla, la autoridad de la confesión por medio de la relación consigo mismo como sujeto.» Este modelo de

opinante convierte cualquier ataque a su opinión en una ofensa a su propia persona (o a su "identidad cultural", hoy refugio a la moda de los peores oscurantismos). Para él, lo concluyente en refrendo de un dictamen no son las pruebas ni las razones que lo apoyan sino el hecho de que alguien lo formula rotundamente como propio, identificando su dignidad con la veracidad de lo que sostiene. Como cada cual tiene derecho a su opinión, lo que nadie puede recusar, se entiende que todas las opiniones son del mismo rango y conllevan la misma fuerza resolutive, lo cual destruye cualquier pretensión de verdad. Éste es el uso espurio de opinión.

En el debate televisivo al que antes aludíamos, cualquier pretensión de acuerdo sobre lo plausible suele quedar descartada de antemano. Quien insiste en que no se tome por aceptable más que lo racionalmente justificado sienta de inmediato plaza de intransigente o dogmático, vicios de lo más detestables. La resurrección de los muertos y la función clorofílica de ciertas plantas pasan por ser opiniones igualmente respetables: el que no lo cree así y protesta está ofendiendo a sus interlocutores, conculcando su básico derecho humano a sostener con pasión lo inverificable. La actitud de quien gracias a su fe particular "lo tiene todo claro" se presenta no sólo como perfectamente asumible desde la discreción cortés que prefiere no buscar camorra, sino hasta desde el punto de vista científico. En esos programas no hay disparate que no se presente como avalado por "importantes científicos". Si es así, ¿por qué nunca habíamos oído hablar de ello? Nos lo aclaran enseguida: porque lo impide la ciencia "oficial", mafia misteriosa al servicio de los más inconfesables intereses. Otros, menos paranoicos pero más descarados convierten la propia ciencia moderna en aval de la irracionalidad desaforada. Recuerdo un espacio televisivo en que se discutían los casos de "combustión espontánea" que aquejan a determinadas personas por causas impenetrables aunque probablemente extraterrestres. Un reputado físico argumentaba educadamente contra varios farsantes, todos los cuales tenían muy clara su "respetable" opinión. Cuando se mencionó el método científico, uno de los charlatanes -parapsicólogo o cosa semejante- pontificó muy serio: "Mire usted: la ciencia moderna se basa en dos principios, el de la relatividad, que dice que todo es relativo, y el de incertidumbre, que asegura que no podemos estar seguros de nada. Así que tanto vale lo que usted dice como lo que digo yo y ¡viva la combustión espontánea!".

La filosofía arrastra una vieja enemistad contra la opinión, entendida en el infecto segundo sentido que hemos descrito. Y no porque la filosofía sea una ciencia en el sentido empírico del término ni porque tenga acceso privilegiado a la Verdad inapelable, sino porque su misión es defender el razonamiento dialógico entre las opiniones, la necesidad de justificar lo opinado no desde lo inflexible, lo irreductible o lo inverificable, sino por medio de lo públicamente accesible, lo inteligible. Y también es tarea filosófica, frente a fantasías visionarias, potenciar una forma de imaginación que brote de la razón humana y la prolongue, en lugar de caracterizarse por contradecirla con machacona hechicería. Parece más importante que nunca que se siga conservando hoy ese antagonismo crítico, cuando los medios de comunicación han multiplicado tanto el número de opinantes encallecidos. Por eso me resulta especialmente grave el retroceso del papel de la filosofía en los estudios de bachillerato, que antes o después puede llevar a su abolición académica... Cuando protesté por esta marginación ante un respetable del nuevo plan de estudios, me repuso con toda candidez burocrática: Date cuenta, enseñar filosofía es cosa muy complicada. ¡Hay opiniones para todos los gustos! A veces siento cierto desánimo, que considero plenamente respetable.

3.4 El ensayo

El argumento es la base para la construcción de un ensayo, dado que se trata de un escrito en prosa que expone con mayor o menor rigor, pero con argumentos, una interpretación personal sobre un tema, sea cual sea.

Existen varios tipos de ensayos:

- A) Personal: familiar, confesional, natural, coloquial incluso, como de plática con un amigo. Puede emplear primera persona.
- B) Formal: riguroso, documentado, más extenso y ambicioso. Su proceso se aproxima más al método científico; pero hay que tener mucho cuidado, porque aun en este caso, lo que importa son las ideas del autor y no repetir las palabras de otro ni limitarse a decir de un tema lo que ya todos los del área saben. Se escribe en tercera persona.

- C) Ensayo poético: más cercano al arte. La persona en que se escribe es lo de menos.
- D) Mezclado: un poco de todos. Puede escribirse en primera persona o en tercera.

Para escribir un ensayo debemos tomar en cuenta sus características:

- Estructura relativamente libre. Sólo hay que tener un planteamiento, una serie de argumentaciones, reflexiones y concluir de manera coherente con mi entrada y argumentación.
- Forma sintética y relativamente breve. No se trata de escribir novelas, se considera adecuada una cuartilla y podrían llegar a ser treinta, dependiendo de lo ambicioso del proyecto, tomando siempre en cuenta que el ensayo no busca otra cosa que dar una visión nueva, llevar a la reflexión.
- Su estilo puede ser tan variado como las personalidades, pero siempre guardando cierto respeto por el tema y el lector.
- El lenguaje altisonante no está prohibido, pero cuando se emplea se debe comprobar que no hay una palabra que exprese mejor lo que se quiere o que no hay palabra que le dé la fuerza requerida. Por ejemplo, en un ensayo sobre la infidelidad de la mujer, un adolescente escribió: “y allí va uno de pendejo a regalarle flores a...”; y lo primero que se piensa es “bueno, cada quien regala flores como puede”. En este caso, emplear ingenuo hubiera sido más adecuado, pues finalmente es innecesario auto devaluarse de esa forma. La llamadas “malas palabras”, no son en esencia tan “malas”, pero deben ser una alternativa, no una salida de emergencia o un reflejo de nuestras carencias léxicas y jamás constituirán en sí mismas un “estilo personal”, mucho menos en un país como el nuestro, tan afecto a ellas.
- El ensayo no contiene verdades absolutas sino apreciaciones personales que han sido razonadas a fondo.

También es conveniente tener muy claro lo que un ensayo no es:

- Un texto didáctico y expositivo de un tema.
- Una mera narración de aventuras.
- Un conjunto de preguntas sin respuesta.
- Una serie de ejemplos y/o clasificaciones del tema.
- Un medio para transmitir sentimientos (para escribir un ensayo se PIENSA, no se SIENTE)
- Un artículo sobre un tema que a lo más contiene bonitos pensamientos.

Y aunque para hacer ensayos no hay recetas absolutas, podríamos para empezar plantear una serie de pasos, manteniendo en mente que el ensayo nace de una reflexión:

1° Elegir un tema, después, ir buscando visiones originales y/o más profundas sobre el mismo (sin exagerar u obsesionarse con la originalidad).

2° Te planteas una serie de cuestionamientos al respecto y conforme los respondes profundizas en el tema; te introduces en la reflexión de aspectos que quizá nunca te habías planteado y al responderlos haces afirmaciones de valor, al mismo tiempo buscas los argumentos o posibles explicaciones que sostienen esas respuestas.

3° Puedes emplear o no citas textuales para apoyar más sólidamente tus argumentos, pero no puedes limitarte a plagiar las ideas de otro sin aportar tu propia reflexión.

4° Concluye de manera coherente con tu planteamiento y tu argumentación, no cantinflées (brinques de un tema a otro); para cerrar, no hagas como la Chimoltrufia, que como dice “una cosa” dice la “otra”. El cierre debe ser contundente y redondear tus ideas, de otro modo, el ensayo “se cae” en ese momento.

CONSEJOS:

- Piensa antes de escribir que no hay grandes temas, sino grandes reflexiones.
- Procura ser persuasivo con tus argumentos. No se trata de plantear verdades absolutas, pero sí convincentes.
- Haz un esqueleto con tu planteamiento, tus ideas principales y tu conclusión antes de desarrollar el ensayo en forma. Esto te ayudará a no divagar ni perderte en el tema.
- Da una última lectura a tu ensayo y verifica que siempre mantengas coherencia; que no haya pleonasmos ni cosas obvias y generalizadas presentadas como propias; que no repitas términos a menos que esto tenga una intención.

Tomemos como ejemplo un ensayo breve que aborda el tema muy trillado: la escritura y sus lectores o su falta de lectores. Tema del cual ya se ha escrito mucho, pareciera que ya se dijo todo cuanto se podía decir. Sin embargo, siempre es posible tener una visión a la cual se dé un toque personal que provoque la reflexión. Al ser un tema tan actual propio de nuestra tierra, nadie puede juzgarse ajeno y no hace falta definirlo, porque en realidad ya está definido de un modo muy específico: el mundo tiene pocos lectores. El autor no separó su ensayo en bloques, la separación la haremos con fines didácticos. Atención al título, porque tiene coherencia con el cierre del ensayo y no por eso anuncia el tema a tratar.

PREDICAR EN DESIERTOS

Juan Bautista Alberdi

PLANTEAMIENTO: todo planteamiento encierra una afirmación de valor que nos permite entrever la postura de su autor.

¡Y qué pocas son las ocasiones que no se predica de este modo en estos tiempos! Tiempos desiertos para todos los predicadores; tiempos sordos, que no quieren oír sermones de ningún género: los únicos medios de manejarlos son el palo, el oro, y la risa: agentes invencibles que se abren paso por dondequiera, y para los cuales no hay desiertos, porque a la elocuencia del palo, nadie es insensible; nadie es ciego a la luz del oro, ni sordo al susurro formidable de la risa. En saliendo de aquí, ya todo es sermón, es decir, sueño, aburrimiento, sordera, ininteligencia, pérdida de tiempo, desiertos.

RESPUESTA AL PLANTEAMIENTO CON AFIRMACIONES DE VALOR Y ARGUMENTOS: Se han subrayado las afirmaciones que implican juicios de valor.

Así pues: escribir en *La Moda*, es predicar en desiertos, porque nadie la lee. ¿Para qué la han de leer? *La Moda* no da de palos, no da oro; sólo debe a las pocas risas que se le escapan, los pocos lectores con que cuenta. ¿Para qué la han de leer? ¿Qué trae *La Moda* sino cosas que las damas están cansadas de saber? Un estilo añejo y pesado, que jamás se ha conocido en los tiempos floridos de nuestra prensa periódica: unas ideas rancias ya entre nosotros; unos asuntos frívolos, faltos de dirección y de sistema, y todo, en fin, tan trivial y tan ligero, que hasta las mujeres podrían hacer su crítica. ¿Cómo han de descender a tan indigno y estrecho recinto nuestros hombres serios? *La Moda* es para ellos un *sucucho*, un cuartejo a la calle, una barbería donde un tal Figarillo hace más enredos que barbas. De modo que *La Moda* es un pequeño desierto donde se puede decir impunemente contra las mujeres, especialmente, todas las injurias que se quieran.

Y en efecto, escribir para las mujeres, es predicar en desiertos, porque no leen, ni quieren leer; y si llegan a leer, leen como oyen llover. Un periódico de damas sería un desierto aquí, porque para nuestras damas, toda literatura es un desierto. Decirles que deben darse a la lectura, al pensamiento; que no basta saber bordar y coser; que el piano, el canto, el baile, el dibujo, los idiomas no constituyen sino un preliminar a una educación completa; que sus destinos son más altos y dignos en la sociedad, es predicar en las montañas, pero no como Aquél que hace cerca de dos mil años predicó en un monte, y hasta ahora retumban sus palabras por toda la tierra. Por un oído les entra, y por otro les sale. Van bailando y paseando, y después una de dos, o secándose en el trabajo, o secándose en el deleite, y después, más tarde, encerrándose, y después llorando, y después vomitando sangre, y después entregando al cielo una vida recién comenzada: ¡esto es bello, natural sin duda!

Escribir para los tenderos, es predicar en desiertos. No leen: los periódicos y los libros son para ellos unas pampas, de que huyen cual si fuesen ganados. Puede usted escribir incendios contra ellos, en la seguridad de que no lo sabrán jamás: es como si usted dirigiese a un gaucho nuestro, un montón de injurias en inglés. No tienen por qué leer los tenderos: ¡son tan instruidos por lo común, tan urbanos, tan despejados!

Escribir en estilo un poco fácil y no convencional, es predicar en desiertos, porque nadie lo entiende. Aquí, en no escribiéndose con la materialidad vulgar y ordinaria de los españoles, ya tenemos sermón en desierto. Expresión un poco desusada, expresión perdida. Expresión sin trivialidad, poco prosaica, expresión perdida... ¡Pon fin! ¡Adónde se ha ido este! ¡Ni el diablo que le alcance! Término un poco metafísico, término perdido. Comparación un poco lejana, comparación perdida. Si usted no llama al pan, pan, y al vino, vino, usted predica en desiertos, en medio de esta sociedad soberbia de su cultura.

Hablar aquí el lenguaje usado hoy día en las prensas y en las tribunas de Europa, es predicar en desiertos, porque de nadie es entendido: es una jerga, una jerigonza, un batiburrillo indescifrable según algunos espíritus positivos de nuestra tierra. Es nuestro atraso, digo yo; no entendemos a la Europa: es extranjera para nosotros, como para nuestra madre la España, que no es de Europa, sino de África o Asia, más bien. Sólo a la España entendemos; es decir, la materia, la prosa, la ineptia. No queremos sino lo que es eterno: nos preciamos de adelantados, y reímos de todo lo que no es de ahora cien años.

Proclamar la sociabilidad y moralidad del arte, es predicar en desiertos, porque los poetas, los lectores, la sociedad, todo el mundo continúa entregado al egoísmo. Y no se entiende lo que se lee; se lee como el loro; se acaba de leer la nueva doctrina, y se sigue haciendo obras egoístas. Es porque no se hace lo que se quiere, sino lo que se sabe; y no se sabe sino lo que es sabido, lo que ha sido hecho, lo que es viejo: no se sabe más que imitar, plagiar, copiar. Dar ejemplos nuevos, y únicamente así, es reformar el arte: ¡ejemplos, ejemplos! y basta de sermones.

Enseñar sus defectos y sus deberes a los cómicos, es predicar en desiertos. Todo arte, todo libro, todo estudio, toda escuela, es desierto para nuestros cómicos. Se les dice: no hagan ustedes esto, hagan ustedes esto otro; y se hacen saco, y siguen barbarizando, y ganando y comiendo, que es todo el fin de sus poltrones afares.

Escribir en español americano, y no en español godo o castizo, es predicar en desiertos. Porque aquí las ideas, como los memoriales, han de guardar ciertas formas sancionadas, so pena de ser rechazados en caso de contravención. Hay hombre que más bien no querría saber una verdad nueva, antes que verla escrita en mal castellano. Para hombres de esta clase, es inconcebible toda ciencia, toda doctrina, que no venga escrita en la lengua de Cervantes. Es a la más ciega, a la más servil imitación de este escritor, a donde todas sus ambiciones literarias propenden. Escribir español castizo, castizo en todo, en voces, en régimen, en sintaxis, en giro, en tono, en saber: he aquí la cultura, el gusto, el arte, el lujo literario de sujetos, que, por otra parte no cesan de disputar a la España todas las prerrogativas inteligentes. ¡La degradan, la insultan, y la copian! ¡Y de copiarla se honran! ¡Risible anomalía!

Escribir ideas filosóficas, generalidades de cualquier género, mirar las cosas de un punto de vista poco individual, es predicar en desiertos. Aquí no se quiere saber nada con la filosofía, es decir, con la razón. Qué, y nosotros ¿somos racionales acaso? ¿No somos hijos de la Península? Que vaya la filosofía al otro lado de los Pirineos y del Rin, que a nosotros, para ser felices y libres, maldita la falta que nos hace el tal *rerum cognoscere causas*.

Escribir de su arte para los comerciantes, para los labradores, para los pastores, para los artesanos, para los industriales de cualquier especie, es predicar en desiertos. No leen, ni han leído, ni leerán jamás. ¿Acaso esas cosas se aprenden leyendo ni están en los libros? Eso se aprende por instinto, por imitación, por rutina, maquinalmente como los animales, como las abejas; y por eso es que nuestros artesanos y labradores trabajan hoy sus obras como lo hacían ahora cien años, y como de aquí a cien años lo harán todavía. Son exactamente unas abejas en esta parte, pero unas abejas ociosas, negligentes, abandonadas, sin duda por el número infinito de zánganos con que cuenta la colmena.

CONCLUSIÓN QUE ABRE EL ESPACIO PARA UNA NUEVA REFLEXIÓN COHERENTE CON EL TÍTULO:
Estimular la juventud al pensamiento, al patriotismo, al desprendimiento, es predicar en desiertos. La noble juventud se hace sorda, y corriendo afanosa tras de deleites frívolos, por encima de un hombro desdeñoso, envía una mirada de tibieza sobre las lágrimas de la patria.

Lo mejor de todo es que este texto fue escrito en 1838, en Buenos Aires, y como ves, cuando se hacen grandes reflexiones, soportan el paso del tiempo y salvan cualquier diferencia geográfica.

Los ensayos son pues, una oportunidad para entrenar al cerebro en el arte de pensar, así como también, una ocasión para replantearnos la realidad que vemos siempre, para observarla desde otra ventana.

EJERCICIO

I. Haz un ensayo sobre un tema de tu interés.

PARTE 4 EXPRESIÓN ORAL

Capítulo cuatro “Callar, cavilar y hablar”

Hablar en público. Llevo más de una semana dándole vueltas al mismo asunto. Nunca he sido de los que hablan sobre lo que sea sin dificultad, pero antes no me preocupaba tanto por lo que decía o cómo lo decía y eso me dejaba más relajado, con más libertad. No me quejo, es sólo que cada vez soy más consciente de la importancia de la posición que en nuestra sociedad tienen los sacerdotes.

Me parece que un sacerdote no puede hablar a la ligera, de hecho, hoy creo que nadie debería de hacerlo, pero un sacerdote menos que nadie, porque es un líder de opinión y también una figura pública, y en ambos casos se queda expuesto a los oídos de un sinnúmero de personas que, o tomarán decisiones con base en lo que él diga, o estarán prestos a buscarle los errores, por pequeños que sean, para censurarlos y, si esto es posible, magnificarlos. No digo que eso esté bien, digo que eso es y no podemos ignorarlo quienes aspiramos a servir al Santísimo.

Algunos compañeros piensan que exagero, sin embargo, hoy todo el mundo habla a la ligera y es muy fácil caer en la tentación de hablar por hablar siendo universitario, de dejarte llevar por el sonido de tu propia voz y por la elocuencia que poco a poco vas adquiriendo a fuerza de leer y estudiar.

En mi casa dicen que es de sabios callar y cavilar. Todo este semestre me han pedido que reflexione sobre mi misión y el origen de mi vocación y creo que todo está relacionado. La fe, la vocación, la humanidad, las ideas, los filósofos de que nos hablan los maestros, que se contradicen unos a otros y a ratos nos confunden más que nos aclaran. Están los que todo lo ponen en duda,

los que todo lo niegan, los que buscan pruebas y a los que les basta con explicar la existencia y su naturaleza contingente. Pienso que todo este mar de pensamientos confusos es el mismo que está fuera de la escuela, en la vida diaria: la señora que ve telenovelas, quiere negar su propia existencia; el señor que ve fútbol y bebe es como los hedonistas en busca del placer; la mujer que se divorcia piensa que todo es relativo, y así sucesivamente, aunque en lo cotidiano nadie se ocupe de definir la nada, a la mayoría nos preocupa estar en nada.

La nada es tan grande que se emplea como punto de referencia social y causa temor en general. Si se quiere ser despectivo con alguien, se le califica como un bueno para nada; los enfermos terminales, pese a creer en Dios, tienen miedo de la nada, como si la nada fuera una negación del ser o del estar. No sé, igual estoy diciendo puras mariguanadas y por eso me tiene frito hablar frente a los otros, porque últimamente pienso más de lo que hablo y dudo más de lo que pienso.

Estoy consciente de que hablar en público requiere de organizar mis ideas y que la naturaleza de mi vocación implica estar con la gente, no me veo contemplativo; pero si he de ser un guía para otros, quiero hacerlo de la mejor manera posible. Me doy cuenta de que tengo aún mucho que aprender y que cuando haya aprendido ese mucho, seré más consciente de otro montón de cosas que ignoro. Lo que me lleva otra vez a los filósofos. Sócrates dijo: “yo sólo sé que no sé nada” y con esa frase sintetizó su actitud ante la vida, su genuina y honesta apretura al saber. Y eso, es quizá lo único que por el momento tengo claro, quiero saber para poder entender y ser, no sólo para mí, sino para los otros.

4.1 Vicios del habla

Se le dice lengua a cada uno de los idiomas del mundo; se le dice habla al uso particular que cada uno de nosotros hace de su lengua; pero este uso particular está ligado a una serie de elementos como la región en que vivimos, la clase social a la que pertenecemos e incluso, la generación con la que crecimos.

Cuando de nuestra habla se desprenden una serie de incorrecciones este es un vicio del habla, por ejemplo, decir haiga en lugar de haya, o agregar una “S” a las conjugaciones de la segunda persona del singular: “dijistes” (sic.), “fuistes”, etc.

Los vicios del habla no son privativos de una clase social o una nacionalidad, de hecho, todos los hablantes de una lengua desarrollamos vicios del habla, dado que aprendemos a hablar por imitación y, a veces, el manejo de estos vicios del habla nos abren las puertas para pertenecer a un grupo.

Lee la siguiente historia y observa cómo, su sola habla nos dice a qué país, qué clase social y más o menos a qué generación pertenece el personaje.

LA LÍMITE

MAL

El peor invento de la vida es la escuela. No conozco a nadie que piense que la escuela es la onda, y quien diga que lo piensa, miente, miente, porque ni los papás, ¿ves?, o sea, ellos dicen: "es necesaria", "es por tu bien", "es para tu futuro" o "mañana me lo vas a agradecer", pero no dicen que es la onda, ¿okay?

Tengo que admitir que cuando estaba chica era yo muy ingenua, tanto, que hasta llegué a pensar que asistir a clases iba a estar de poca... ya hasta quería entrar. Tenía mis colores nuevos, mis cuadernos forrados con papeles brillantes, con una figura padre al centro y todo... uta, we.., yo les pegaba mi nariz con todo y cara. Olían a plástico, a juguete nuevo y diferente. El gusto me duró una semana, we... A la siguiente, yo les decía, "si yo ya fui el otro día", o sea, yo ya jugué eso, ¿okay?, y órale un día, órale dos, pero, pues, ya más de eso enfada, ¿o no?

Ya se entiende que no me hicieron caso. Me siguieron llevando al parque de juegos limitados y áreas verdes todavía más limitadas. Porque las escuelas no deberían tener ese nombre que, o sea, nada qué ver, ¿me entiendes? Deberían llamarse Límite, por ejemplo; porque sólo sirven para eso, o bueno, no nada más para eso, pero estás de acuerdo que eso lo que más hacen, ¿no?, y ese nombre sí te pondría en antecedentes de lo que se va a tratar, tipo que, tarde o temprano te darías cuenta ¿no? Digo, no que a los cinco, en Prelímite, ya entendieras, pero sí que el día menos pensado, te caería el veinte, ¿ves?. Esta ideota llega a mi cabeza no' más de analizar que mi mamá se llama Concha y ella es gordita, dulzona y suave, como el pan que lleva ese nombre. Mi tía Libertad, a quien de cariño llamamos Liber, es bien alivianada; es la menor de las hermanas de mi papá y luego nos hace unos parísimos con él que bueno... yo me llamo Luz y estoy güerilla, ¿me explico? Por eso la escuela debería llamarse distinto.

En fin, condenada a recluirme en la Límite todos los días, esperaba con ansia las vacaciones. Eso hasta los ocho años, porque mi mamá se encargó de coartarme esta minúscula dicha con sus abominables cursos de verano: "que la niña asista a clases de dibujo, para que desarrolle su habilidad natural"; "que aprenda a nadar, no se nos vaya a ahogar el día que vayamos a Baja California a ver ballenas" (igual a mi papá no se le ha llegado la fecha del mentado viaje a las ballenas, pero bueno, ya sé nadar); "que entre al ballet, ¡ay, a mí me hacía tanta ilusión el ballet!, se les hacen unos cuerpos tan bonitos"; y así hasta el infinito. Diario me pasa lo mismo y, a pesar de eso, diario caigo en la ilusión del "¡viva, viva, vienen las vacaciones!". Desde luego, mi mamá siquiera se esmera, eso se lo debo reconocer; porque un día de vacaciones con mi papá es capítulo aparte, o sea, el nabo del nabo, para que me entiendas:

–Ya estás de ociosa– dice. Y cuando lo dice, ¡oh, oh!, problemas.

–Nomás estoy leyendo tantito mientras Alma desocupa la lavadora.

–Leer. ¿Cuál leer? Esa porquería de revista no es lectura. Ahí está el librero lleno de libros que se oxidan de tan abandonados.

– ¡Ay, papá, hasta yo sé que el papel no se oxida, sólo el metal!

(Uuuuh, mala respuesta).

–Tú qué vas a saber si las frutas también se oxidan. No sé ni para qué pago tanto por tu escuela.

("Ps no habías de pagar", pienso, pero no le digo, si no estoy tan mensa).

–A ver sabionda ¿Cuál es la capital del Estado de México?

(¡Ay, no, vamos a empezar!)

–Toluca.

– ¿Y la de San Luis Potosí?

– San Luis Potosí

– ¿La de Durango?

- Durango
- ¿La de Querétaro?
- Faaácil: Querétaro.
- ¿La de Chiapas?
- Chiapas.
- ¡Cómo va a ser Chiapas! Tuxtla Gutiérrez, muchacha. Te me pones a estudiar las capitales de todo el país. ¡Pero ya!, ¡Pero ya!, ¡Pero ya! – sentencia tronándome los dedos.

Me choca, me choca, me choca y me choca, porque siempre me la aplica igual, me dice puras papitas para que me confíe, y luego... tómala, me lanza la del Torneo del Saber. Yo creo que en su otra vida él fue maestro de geografía y por eso está tan traumatizado con los estados. También por eso, luego soy yo la que le digo a mi mamá: "Mira, dicen que este curso está súper bueno. Ya fueron fulana y sutana y les megafasciné". Obvio, procuro escoger los horarios en que haya más posibilidades de papá en casa. "¡Qué chica más lista!", pensarás; ¡ay, ya sé!, pues a esta sabiduría me han llevado los años. Uno de prelímite; seis de Límite básico; y tres de Límite medio básico. A mis 15 años sé perfectamente cómo sobrevivir en la jungla limitativa paterna y escolar.

Y es que los papás creen que nada más es cosa de inscribirte en las escuelas, mandarte a ellas religiosamente y tatán. El resto es tu bronca, o sea, tú sufres, aguantas a los users del salón, soportas las peroratas de los patéticos maestros que, no bastándoles con la bola de trabajos que ponen en la clase, ¿por qué no?, encima te dejan tarea.

"Pagar tu escuela es lo que me toca", dice mi papá, "cumplir allá es lo que te toca". A mí no me gusta eso de las "tocadas", porque a diario me han de tocar cosas que no me agradan. Tampoco es que les voy a decir: "órale pues, yo los mantengo y ustedes, los dos, se me van a la Límite, ¡pero ya!, ¡pero ya!, ¡pero ya!"; o sea, ¿Sí captas que no sé hacer nada, verdad? Cuando azoto en esta pinche realidad, we, me deprimó, y llega a tanto mi depresión, que hasta estudio. Sí señor, hundida en la más miserable de las cóleras reprimidas hago tareas, tomo apuntes, presento exámenes y, a veces, hasta saco diez en algunas materias. Lo malo es que soy muy optimista, casi no me deprimó; lo bueno es que me agüito lo suficiente para salvar los extras. Para que veas, eso sí me parece inteligente de mi parte, el colmo sería que la Límite no se me acabara ni en las dichosas vacaciones. Si así, ya no son lo que eran, ¿te imaginas si tuviera que preparar exámenes en ellas?... noooo'mbre, me asesino.

Bueno, eso digo yo, porque a mi amiga Alexia cero que la influya, es una profesional de los extras. Ya le he explicado mi teoría de los nombres y las dos pensamos que el suyo debería ser Paloma Castillo, porque las temporadas de bimestrales son, para ella, auténticas fiestas patrias, o sea, trueno y trueno y trueno como castillito en el zócalo. Antes lloraba mares cada que un maestro se la llevaba al baile; ahora llora todavía, pero poquito; y, fíjate, eso sí me purga, porque mientras yo me deprimó por ver que no puedo invertir los papeles con mis papás, por tener que admitir que no sé hacer ni madres, por caer en la cuenta de que la Límite es un camino y la prostitución, el narcotráfico y los tianguis son el otro; ella dice: "Ay, Lucifer, como piensas en pendejadas. ¿Cómo crees que vamos a terminar de putinarcas en un tianguis? Mínimo nos buscamos un buen partido y que nos mantenga". Si ya de plano la canso mucho me dice que soy una dramática o que ya se va porque ahora ando de amarguetas. Chance y sí dramatizo, total, de entre todos los cursos de verano que mi madre ha tenido a bien pagarme, el que más me latió fue el de teatro (ah, pero de ese me sacaron, que porque estaba "robándome mucho tiempo" y que no fuera irme por "malos pasos" con "esa gente", porque los artistas son así, "bien sabecómo").

De todos modos, yo me digo: "no tengo futuro ni como afanadora", y no más de ver cómo tengo mi recámara llego a esa conclusión. Igual creo que mientras estudie mis papás me van a mantener, por mucho que se quejen y que me la canten por mis sietes así va a ser, eso me hace dormir tranquila y ya luego se me pasa el agobio: si yo hago mi parte, ellos van a hacer su parte.

Alexia, en cambio, se hace güey todo el año, y yo no digo que no tenga reportes, siempre junto algunos, pero Alexia ya casi monta su casa de campaña en subdirección, te lo juro mil: no exagero. Lógico, llega el fin de año y sólo pasa música, porque lo que sea de cada quien, ella sí que canta y toca la guitarra de primera. Entonces viene el lloradero. Diario es lo mismo, yo la abrazo, le digo que sí va a pasar o la animo para que le vaya a rogar a los maestros, pero como siempre es lo mismo muchos ya ni la pelan o le sacan la vuelta. Entonces viene su mamá y arma un alboroto por todo y con todos, que no saben

quién es ella, que con quién se puede hablar en esa escuela que sí tenga poder de decisión y todas esas jaladas. Si esa táctica no funciona, monta guardia y caza maestros. Ya de que los del salón ven llegar a la mamá de Alexia con bolsas grandes, dicen: "llegó la hora de las compras" y a mí me da mucho coraje que hablen así de la mamá de mi amiga, aunque sepa que es verdad. Ya me he peleado con algunos por eso, pero ni para qué lo hago, si esta historia se repite cada año.

Lo bueno de todo es que dentro de poco se me acaban mis tres años de Límite medio Básico; lo malo es que todavía me van a faltar otros siete de martirio. Lo bueno es que muchos de mis compañeros se piensan ir a la misma escuela que yo; lo malo es que ninguno de los que me gustan. Lo bueno es que dicen que ya en prepa los buenos se ponen gordos, los flacos se ponen buenos, los guapos se afean y los feos, a veces, se mejoran de una manera...

Por todo lo anterior, creo que la maestra de Biología tiene razón: todos somos animales. La Límite es una jungla (eso ya lo digo yo) donde sobreviven, el más fuerte y el astuto, y yo he sido muy astuta hasta el momento. Después de todo, cuando amanezco de buenas o me aburren mis hermanos en las vacaciones, pienso: "¡yaaaa que comience la escuela! Para ver a mis amigos, para viborear a las maestras, que luego se cargan cada modelito, para ver cómo están las nuevas adquisiciones del colegio, para hacer renegar al de Civismo en los honores, para sacar de quicio a la madre en las misas, para jugar en los recreos, para ayudarle a la de informática (porque esa materia sí me gusta), pero sobre todo, para asistir a fiestas".

La Límite es el peor invento que haya existido jamás, pero me temo que, como dice mi papá cuando anda de buenas, "es un mal inevitable" y luego agrega, para congraciarse con mi mamá que le lanza miradas de puñal: "hay niños que tienen más males. No tienen casa, no tienen padres que vean por ellos, trabajan y jamás tendrán otras opciones. Están muy limitados". Supongo, entonces, que hay de Límites a límites.

EJERCICIO

Lee con atención la siguiente es una tabla de vicios del habla, identifica los tuyos y señálos de alguna manera para que te esfuerces en corregirlos.

VICIOS DEL HABLA

INCORRECTO	CORRECTO
Nadien	nadie
Areopuerto	aeropuerto
bien mucho	demasiado
hicistes, dijistes, fuistes, etc.	hiciste, dijiste, fuiste, etc.
Haiga	haya
Pobrísimo	paupérrimo
luego luego	enseguida/ al momento
como quien dice	es decir
un decir	por ejemplo
mis piensos	mis planes
Coppear (en un examen)	copiar
Vacear	vaciar
Interperie	intemperie
envidioso (si no comparte)	egoísta
Arremedar	remedar
mounstruo/mounstro/moustro	monstruo
Arrebasar	rebasar
Giede	hiede
Antigüísimo	antiquísimo
pasta dentrífica	pasta dentífrica
polvadera/ mallugar	polvareda/magullar

Gripa	gripe
Persinarse	persignarse
callensen, vayansen, etc.	cállense, váyanse, etc.
dínolo/demen	dínoslo/denme
en base a	con base en
Cónyugue	cónyuge
quebro/quebras/quebran	quiebro/quiebras/quiebran
irresponsable/ inreal	Irresponsable/irreal
te lo prometo (en un pasado)	te lo aseguro/ te lo juro
satisfací/satisfacimos	satisface/satisficimos
Apehído	apellido
Ocupo	necesito
Juntar	recoger
Ira	mira
Edá	verdad

GUÍA ESPECIAL DE CONJUGACIÓN PARA MEXICANOS



Para conjugar usamos tres modos en el español:

INDICATIVO: para las acciones presentes, pasadas o futuras reales.

SUBJUNTIVO: para las acciones presentes, pasadas o futuras irreales.

IMPERATIVO: para las acciones que ordeno en el presente.

De cada modo se desprenden tiempos simples y/o compuestos:

* En total son 5 tiempos simples y 5 compuestos del INDICATIVO.

SIMPLES: presente, pasado, futuro, copretérito y pospretérito

COMPUESTOS: antepresente, antepasado, antefuturo, antecopretérito y antepospretérito

* En total 3 tiempos simples y 3 compuestos del SUBJUNTIVO.

SIMPLES: presente, pasado y futuro.

COMPUESTOS: antepresente, antepasado y antefuturo.

* Sólo un tiempo simple del IMPERATIVO.

SIMPLE: presente.

Listado de verbos que por vicio del habla presentan problemas en nuestro país:

Verbo	Técnica de corrección	Listas de conjugación guía
PELEAR (LO MISMO OCURRE CON TRAPEAR, GOLPEAR, CANJEAR, ETC)	* Los verbos terminados en <u>EAR</u> nunca llevan "i" sino "e"	Indicativo: Peleo, peleé ,pelearé, peleaba, pelearía Subjuntivo: Peele, peleara o pelease, peleara Imperativo: Pelea, pelee, peleemos, peleen

CONDUCIR (LO MISMO OCURRE CON PRODUCIR, SEDUCIR, DEDUCIR, ETC)	* Los verbos terminados en <u>DUCIR</u> cambian en sus pasados la "c" por "j" y en subjuntivo desaparecen la "i"	Indicativo: conduzco, conduje, conduciré, conducía, conduciría Subjuntivo: conduzca, condujera o condujese, condujere Imperativo: conduce, conduzca, conduzcamos, conduzcan
QUEBRAR	*Conjugarlo como pensar	Indicativo: quebro, quebré, quebraré, quebraba, quebraría
FORZAR	*Conjugarlo como almorzar	Indicativo: fuerzo, forcé, forzaré, forzaba, forzaría
SATISFACER	*Conjugarlo como hacer	Indicativo: satisfago, satisfice, satisfaré, satisfacía, satisfaría
VENIR	*El pasado es con VI	Indicativo: vienes, viniste, vendrás, venías, vendrías
LIDERAR	*Conjugarlo como liberar	Indicativo: lidero, lideré, lideraré, lideraba, lideraría,

4.2 Exposición

La exposición en universidad debe ser muy bien planeada. Cuando a un alumno o grupo de alumnos se le confía un tema, se espera que lo investigue a profundidad, documentando más allá de lo que se le haya solicitado, siempre es preferible estar sobrados de información que faltos de ella. Eso no quiere decir que todo lo que investiguemos tenga por fuerza que entrar en la exposición, se debe hacer una selección, para quedar al fin con lo más significativo.

La siguiente es una tabla que puede orientar nuestro trabajo en este sentido.

Finalidad	Técnica	Partes
Informar	Elección del tema	Introducción
Dar a conocer un tema	Documentación e investigación	Desarrollo
Crear conciencia	Selección de la información	Conclusión
	Organización de la información	
	Elaboración del guión	

En una exposición es fundamental ensayar, sobre todo cuando se trata de un trabajo de equipo. Durante el ensayo se deben medir los tiempos y el manejo de espacios, pues no es aconsejable en absoluto que todo el equipo se plante al frente estorbándose unos a otros mientras se expone. También se deberá probar el material electrónico a emplear con antelación, esto es, probar la grabadora, el video o el cañón, si se planea usarlos.

Un buen ensayo ayuda a afinar detalles: dónde se pararán los que hablan para no estorbar el video o las imágenes, quién manejará los controles, qué volumen sería el adecuado, etc. Es totalmente inadmisibles, que un expositor se le pase leyendo, así sea un trabajo de power point. De hecho, es incorrecto crear un power al que le sobren palabras, se trata de ser sintéticos; el expositor es quien ampliará la información, y siempre es más sano pedir ayuda al público para la lectura de los puntos breves que enuncia nuestro audiovisual.

En una exposición bien realizada todo está medido. Se ensaya a tal grado, que llega el momento en que parece natural, parece que todo fluye espontáneamente. Cuando el ensayo es el suficiente, hasta los errores pasan desapercibidos.

Como último detalle, es importante siempre cuidar que nuestra presentación sea impecable y tener un segundo plan para todo, considerar que todo podría fallar y saber qué hacer en ese momento sin entrar en crisis, porque no es correcto que el equipo discuta y manifieste su estrés frente al público.

4.3 Debate

Un debate es una discusión organizada que requiere de: un tema que se preste para la controversia, un moderador cuya opinión no es relevante ni debe ser expresada, por lo menos dos debatientes que tengan posturas encontradas y un secretario.

Muchos piensan en el debate como en una competencia deportiva, pero en realidad lo que en un debate se gana es el respeto a la propia opinión, porque se es capaz de fundamentar lo que se dice; es decir, porque probamos que no hablamos a la ligera.

La dinámica del debate es muy sencilla: cada equipo hace un primer planteamiento de su postura respecto a un tema previamente designado y a partir de ahí, el moderador concederá la palabra a unos y otros en lapsos iguales, en tanto el secretario tomará nota de los mejores momentos y de las conclusiones, mismas que serán solicitadas por el moderador a los debatientes justo para cerrar el debate.

La complejidad del debate radica en la capacidad de argumentación que precisa, en la velocidad de reacción y agilidad de pensamiento que exige. Se trata de desarrollar una técnica similar a la del volibol, en la que se recibe, se coloca y se clava para atacar. Así, se escucha el argumento, se busca la parte blanda del mismo, se rebate con otro argumento más sólido y se plantea uno nuevo para "atacar".

Para ser contundentes en un debate es preciso tener bien investigado el tema y haber generado las fichas de apoyo suficientes, pero no sólo eso, sino que debemos tener muy estudiados los posibles argumentos con los que seremos confrontados. Un debate exige un trabajo mental previo exhaustivo, que implica el colocarnos en las dos posturas, entender la del otro para fortalecer la propia.

Por último, hay cosas que en un debate no tienen cabida:

- Los gritos
- La falta de respeto por el tema
- Las constantes interrupciones al otro
- La burla y la insolencia
- El lenguaje procaz
- La charlatanería

4.4 Oratoria

La Oratoria es el arte de hablar en público con elocuencia para persuadir, convencer, educar o informar a un auditorio. Es útil para la comunicación, la pedagogía, para presentar discursos, conferencias, seminarios y sermones.

Por mucho tiempo, en Grecia, se concibió un buen orador aquél que, merced a su elegancia en el decir, lograba prestigio y poder político, se beneficiaba con su habilidad. Hasta que Sócrates creó una famosa escuela de oratoria en Atenas que tenía un concepto más amplio y patriótico de la misión del orador. Debía ser un hombre instruido y movido por altos ideales éticos a fin de garantizar el progreso del estado. En este tipo de oratoria llegó a considerarse el mejor en su arte a Demóstenes.

Se considera que los fines de la oratoria pueden ser cuatro:

1. PERSUADIR: implica convencer a otras personas de que nuestras opiniones e ideas son las correctas y moverlas a la acción de acuerdo con ellas.
2. ENSEÑAR: directamente relacionada con la docencia o la religión.
3. CONMOVER: busca provocar determinados sentimientos, pasiones y emociones en los oyentes.
4. AGRADAR: como entretenimiento o recreación.

Cultivar la lectura se ve reflejado en la fluidez que mostramos al hablar, pero más allá de eso, hay todo un trabajo que realizar con la voz: manejar el volumen adecuado; modular la voz, darle matices, evitar la voz plana que no tiene variantes; dicción, que todas las palabras que emitimos suenen con claridad; emotividad, que nuestra voz pueda transmitir emociones acordes con nuestro discurso.

Es claro que no todos tenemos voces privilegiadas, pero dentro de nuestras posibilidades, todos tenemos la capacidad de mejorar. La capacidad de expresar lo que pensamos y hacer que nuestras manos y cuerpo en general, nos sirvan de apoyo y no de estorbo.

El primer reto en este sentido es vencer la timidez y el miedo a hablar en público. Siempre hay un miedo a fallar en aquellos que presentan poca fluidez en sus presentaciones orales, no obstante, la constante exposición al público suele ayudar a vencer ese miedo.

La siguiente es una tabla que contiene los puntos importantes para la expresión oral.

ELOCUENCIA: facultad de hablar de modo eficaz para deleitar, conmover o persuadir.	EXPRESIÓN CORPORAL: usar el cuerpo como un instrumento más de comunicación.
VOLUMEN: un buen orador no grita ni susurra, adecua su volumen al espacio.	CONTACTO VISUAL: un buen orador debe hacer contacto visual con todas las áreas del auditorio.
DICCIÓN: pronunciar correcta y claramente.	PRESENTACIÓN: la ropa debe ser acorde con el lugar y con el público.
MODULACIÓN: hacer cambios en la tonalidad de la voz, acordes con el contenido del discurso.	MANEJO DE LOS ESPACIOS: hay que saber distribuir el material para exponer y la posición del ponente.
EMOTIVIDAD: transmitir emociones a través de la voz.	PERSUASIÓN: capacidad para convencer.

ANEXO

Anexo1

Pepita Jiménez

Juan Valera (adaptada para manual)

El señor deán de la catedral de..., muerto pocos años ha, dejó entre sus papeles un legajo, que, rodando de unas manos en otras, ha venido a dar en las mías, sin que, por extraña fortuna, se haya perdido uno solo de los documentos de que constaba. Contiene el legajo tres partes. La primera dice: *Cartas de mi Sobrino*; la segunda, *Paralipómenos*; y la tercera, *Epílogo. Cartas de mi hermano*.

Las cartas que la primera parte contiene parecen escritas por un joven de pocos años, con algún conocimiento teórico, pero con ninguna práctica de las cosas del mundo, educado al lado del señor deán, su tío, y en el Seminario, y con gran fervor religioso y empeño decidido de ser sacerdote. A este joven llamaremos D. Luis de Vargas.

El mencionado *manuscrito*, fielmente trasladado a la estampa, es como sigue:

Cartas de mi sobrino

22 de Marzo.

Querido tío y venerado maestro: Hace cuatro días que llegué con toda felicidad a este lugar de mi nacimiento, donde he hallado bien de salud a mi padre, al señor vicario y a los amigos y parientes. El contento de verlos y de hablar con ellos, después de tantos años de ausencia, me ha embargado el ánimo y me ha robado el tiempo, de suerte que hasta ahora no he podido escribir a Ud.

Como salí de aquí tan niño y he vuelto hecho un hombre, es singular la impresión que me causan todos estos objetos que guardaba en la memoria. Todo me parece más chico, mucho más chico; pero también más bonito que el recuerdo que tenía. La casa de mi padre, que en mi imaginación era inmensa, es sin duda una gran casa de un rico labrador; pero más pequeña que el Seminario. Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez a ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de yerbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra a estas sendas pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreSelva. Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y alamedas.

Yo estoy encantado con las huertas, y todas las tardes me paseo por ellas un par de horas.

Mi padre quiere llevarme a ver sus olivares, sus viñas, sus cortijos; pero nada de esto hemos visto aún. No he salido del lugar y de las amenas huertas que le circundan.

Es verdad que no me dejan parar con tanta visita.

Hasta cinco mujeres han venido a verme que todas han sido mis amas y me han abrazado y besado.

Todos me llaman Luisito o el niño de D. Pedro, aunque tengo ya veintidós años cumplidos. Todos preguntan a mi padre por el niño, cuando no estoy presente.

Se me figura que son inútiles los libros que he traído para leer, pues ni un instante me dejan solo.

La dignidad de cacique, que yo creía cosa de broma, es cosa harto seria. Mi padre es el cacique del lugar.

Apenas hay aquí quien acierte a comprender lo que llaman mi manía de hacerme clérigo, y esta buena gente me dice con un candor selvático que debo ahorcar los hábitos, que el ser clérigo está bien para los pobretones; pero que yo, soy un rico heredero, debo casarme y consolar la vejez de mi padre, dándole media docena de hermosos y robustos nietos.

Para adularme y adular a mi padre, dicen hombres y mujeres que soy un real mozo, muy salado, que tengo mucho ángel, que mis ojos son muy pícaros, y otras sandeces que me afligen, disgustan y avergüenzan, a pesar de que no soy tímido y conozco las miserias y locuras de esta vida, para no escandalizarme ni asustarme de nada. El único defecto que hallan en mí es el de que estoy muy delgadito, a fuerza de estudiar. Para que engorde se proponen no dejarme estudiar ni leer un papel mientras aquí permanezca, y además hacerme comer cuantos primores de cocina y de repostería se confeccionan en el lugar. Está visto: quieren cebarme. No hay familia conocida que no me haya enviado algún obsequio. Ya me envían una torta de bizcocho, ya un cuajado, ya una pirámide de piñonate, ya un tarro de almíbar.

Los obsequios que me hacen no son sólo estos presentes enviados a casa, sino que también me han convidado a comer tres o cuatro personas de las más importantes del lugar.

Mañana como en casa de la famosa Pepita Jiménez, de quien Ud. habrá oído hablar sin duda alguna. Nadie ignora aquí que mi padre la pretende.

Mi padre, a pesar de sus cincuenta y cinco años, está tan bien que puede poner envidia a los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de D. Juan Tenorio.

No conozco aún a Pepita Jiménez. Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una beldad lugareña y algo rústica. Por lo que de ella se cuenta, no acierto a decidir si es buena o mala moralmente; pero sí que es de gran despejo natural. Pepita tendrá veinte años; es viuda; sólo tres años estuvo casada. Era hija de doña Francisca Gálvez, viuda, como Ud. sabe, de un capitán retirado "que le dejó a su muerte, sólo su honrosa espada por herencia", según dice el poeta. Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria.

Tenía un tío llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezquinísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros, llena tal vez de trampas y sin acertar a darse el lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un ser extraordinario: el genio de la economía. No se podía decir que crease riqueza; pero tenía una extraordinaria facultad de absorción con respecto a la de los otros, y en punto a consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservación y bienestar hayan tenido menos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Nadie por aquí le critica de usurero, antes bien le califican de caritativo, porque siendo moderado en todo, hasta en la usura lo era, y no solía llevar más de un 10 por 100 al año, mientras que en toda esta comarca llevan un 20 y hasta un 30 por 100, y aún parece poco.

Con este arreglo, con esta industria, y con el ánimo consagrado siempre a aumentar y a no disminuir sus bienes, sin permitirse el lujo de casarse, ni de tener hijos, ni de fumar siquiera, llegó D. Gumersindo a la edad que he dicho, siendo poseedor de un capital, importante sin duda en cualquier punto, y aquí considerado enorme, merced a la pobreza de estos lugareños y a la natural exageración andaluza.

D. Gumersindo, muy aseado y cuidadoso de su persona, era un viejo que no inspiraba repugnancia. Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo raídas, pero sin una mancha y saltando de limpias, aunque de tiempo inmemorial se le conocía la misma capa, el mismo chaquetón y los mismos pantalones y chaleco. A veces se interrogaban en balde las gentes unas a otras a ver si alguien le había visto estrenar una prenda.

Con todos estos defectos, que aquí y en otras partes muchos consideran virtudes, aunque virtudes exageradas, D. Gumersindo tenía excelentes cualidades: era afable, servicial, compasivo, y se desvivía por complacer y ser útil a todo el mundo aunque le costase trabajo, desvelos y fatiga, con tal de que no le costase un real. Alegre y amigo de chanzas y de burlas, se hallaba en todas las reuniones y fiestas, cuando no eran a escote, y las regocijaba con la amenidad de su trato y con su discreta aunque poco ática conversación. Nunca había tenido inclinación alguna amorosa a una mujer determinada; pero inocentemente, sin malicia, gustaba de todas y era el viejo más amigo de requebrar a las muchachas y que más las hiciese reír que había en diez leguas a la redonda.

Ya he dicho que era tío de la Pepita. Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella a cumplir los dieciséis. Él era poderoso; ella pobre y desvalida.

La madre de ella era una mujer vulgar, de cortas luces y de instintos groseros. Adoraba a su hija, pero continuamente y con honda amargura se lamentaba de los sacrificios que por ella hacía, de las privaciones que sufría y de la desconsolada vejez y triste muerte que iba a tener en medio de tanta pobreza. Tenía además un hijo mayor que Pepita, que había sido gran calavera en el lugar, jugador y pependenciero, a quien después de muchos disgustos, había logrado colocar en la Habana en un empleílllo de mala muerte, viéndose así libre de él y con el charco de por medio. Sin embargo, a los pocos años de estar en la Habana el muchacho, su mala conducta hizo que le dejaran cesante, y asaetaba a cartas a su madre pidiéndole dinero. La madre, que apenas tenía para sí y para Pepita, se desesperaba, rabiaba, maldecía de sí y de su destino con paciencia poco evangélica, y cifraba toda su esperanza en una buena colocación para su hija que la sacase de apuros.

En tan angustiosa situación, empezó D. Gumersindo a frecuentar la casa de Pepita y de su madre y a requebrar a Pepita con más ahínco y persistencia que solía requebrar a otras. Era, con todo, tan inverosímil y tan desatinado el suponer que un hombre, que había pasado ochenta años sin querer casarse, pensase en tal locura cuando ya tenía un pie en el sepulcro, que ni la madre de Pepita, ni Pepita mucho menos, sospecharon jamás los en verdad atrevidos pensamientos de D. Gumersindo. Así es que un día ambas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, D. Gumersindo soltó con la mayor formalidad y a boca de jarro la siguiente categórica pregunta:

-Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

Pepita, aunque la pregunta venía después de mucha broma, y pudiera tomarse por broma, y aunque inexperta de las cosas del mundo, por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres y sobre todo en las mozas, por cándidas que sean, conoció que aquello iba por lo serio, se puso colorada como una guinda, y no contestó nada. La madre contestó por ella:

-Niña, no seas mal criada; contesta a tu tío lo que debes contestar: Tío, con mucho gusto; cuando Ud. quiera.

Este *Tío, con mucho gusto; cuando Ud. quiera*, entonces, y varias veces después, dicen que salió casi mecánicamente de entre los trémulos labios de Pepita, cediendo a las amonestaciones, a los discursos, a las quejas y hasta al mandato imperioso de su madre.

Veo que me extiendo demasiado en hablar a Ud. de esta Pepita Jiménez y de su historia; pero me interesa y supongo que debe interesarle, pues si es cierto lo que aquí aseguran, va a ser cuñada de Ud. y madrastra mía. Procuraré, sin embargo, no detenerme en pormenores y referir en resumen cosas que acaso Ud. ya sepa, aunque hace tiempo que falta de aquí.

Pepita Jiménez se casó con D. Gumersindo. La envidia se desencadenó contra ella en los días que precedieron a la boda y algunos meses después.

En efecto, el valor moral de este matrimonio es harto discutible; mas para la muchacha, si se atiende a los ruegos de su madre, a sus quejas, hasta a su mandato; si se atiende a que ella creía por este medio proporcionar a su madre una vejez descansada y libertar a su hermano de la deshonra y de la infamia, siendo su ángel tutelar y su Providencia, fuerza es confesar que merece atenuación la censura. Por otra parte, ¿cómo penetrar en lo íntimo del corazón, en el secreto escondido de la mente juvenil de una doncella, criada tal vez con recogimiento exquisito e ignorante de todo, y saber qué idea podía ella formarse del matrimonio? Tal vez entendió que casarse con aquel viejo era consagrar su vida a cuidarle, a ser su enfermera, a dulcificar los últimos años de su vida, a no dejarle en soledad y abandono, cercado sólo de achaques y asistido por manos mercenarias, y a iluminar y dorar, por último, sus postrimerías con el rayo esplendente y suave de su hermosura y de su juventud, como ángel que toma forma humana. Si algo de esto o todo esto pensó la muchacha, y en su inocencia no penetró en otros misterios, salva queda la bondad de lo que hizo.

Como quiera que sea, dejando a un lado estas investigaciones psicológicas que no tengo derecho a hacer, pues no conozco a Pepita Jiménez, es lo cierto que ella vivió en santa paz con el viejo durante tres años; que el viejo parecía más feliz que nunca; que ella le cuidaba y regalaba con un esmero admirable, y que en su última y penosa enfermedad le atendió y veló con infatigable y tierno afecto, hasta que el viejo murió en sus brazos dejándola heredera de una gran fortuna.

Aunque hace más de dos años que perdió a su madre, y más de año y medio que enviudó, Pepita lleva aún luto de viuda. Su compostura, su vivir retirado y su melancolía son tales, que cualquiera pensaría que llora la muerte del marido como si hubiera sido un hermoso mancebo. Tal vez alguien presume o sospecha que la soberbia de Pepita y el conocimiento cierto que tiene hoy de los poco poéticos medios con que se ha hecho rica, traen su conciencia alterada y más que escrupulosa; y que, avergonzada a sus propios ojos y a los de los hombres, busca en la austeridad y en el retiro el consuelo y reparo a la herida de su corazón.

Aquí, como en todas partes, la gente es muy aficionada al dinero. Y digo mal *como en todas partes*: en las ciudades populosas, en los grandes centros de civilización, hay otras distinciones que se ambicionan tanto o más que el dinero, porque abren camino y dan crédito y consideración en el mundo; pero en los pueblos pequeños, donde ni la gloria literaria o científica, ni tal vez la distinción en los modales, ni la elegancia, ni la discreción y amenidad en el trato, suelen estimarse ni comprenderse, no hay otros grados que marquen la jerarquía social sino el tener más o menos dinero o cosa que lo valga. Pepita, pues, con dinero y siendo además hermosa, y haciendo, como dicen todos, buen uso de su riqueza, se ve en el día considerada y respetada extraordinariamente. De este pueblo y de todos los de las cercanías han acudido a pretenderla los más brillantes partidos, los mozos mejor acomodados. Pero, a lo que parece, ella los desdeña a todos con extremada dulzura, procurando no hacerse ningún enemigo, y se supone que tiene llena el alma de la más ardiente devoción y que su constante pensamiento es consagrar su vida a ejercicios de caridad y de piedad religiosa.

Mi padre no está más adelantado ni ha salido mejor librado, según dicen, que los demás pretendientes; pero Pepita, para cumplir el refrán de que no quita lo cortés a lo valiente, se esmera en mostrarle la amistad más franca, afectuosa y desinteresada. Se deshace con él en obsequios y atenciones; y, siempre que mi padre trata de hablarle de amor, le pone a raya echándole un sermón dulcísimo, trayéndole a la memoria sus pasadas culpas y tratando de desengañarle del mundo y de sus pompas vanas.

Confieso a Ud. que empiezo a tener curiosidad de conocer a esta mujer; tanto oigo hablar de ella. No creo que mi curiosidad carezca de fundamento, tenga nada de vano ni de pecaminoso; yo mismo siento lo que dice Pepita; yo mismo deseo que mi padre, en su edad proveya, venga a mejor vida, olvide y no renueve las agitaciones y pasiones de su mocedad, y llegue a una vejez tranquila, dichosa y honrada. Sólo difiero del sentir de Pepita en una cosa; en creer que mi padre, mejor que quedándose soltero, conseguiría esto casándose con una mujer digna, buena y que le quisiese. Por esto mismo deseo conocer a Pepita y ver si ella puede ser esta mujer, pesándome ya algo, y tal vez entre en esto cierto orgullo de familia, que si es malo quisiera desechar, los desdenes, aunque melifluos y afectuosos, de la mencionada joven viuda.

Si tuviera yo otra condición, preferiría que mi padre se quedase soltero. Hijo único entonces, heredaría todas sus riquezas, y, como si dijéramos, nada menos que el cacicato de este lugar; pero Ud. sabe bien lo firme de mi resolución.

Aunque indigno y humilde, me siento llamado al sacerdocio, y los bienes de la tierra hacen poca mella en mi ánimo. Si hay algo en mí del ardor de la juventud y de la vehemencia de las pasiones propias de dicha edad, todo habrá de emplearse en dar pábulo a una caridad activa y fecunda. Hasta los muchos libros que Ud. me ha dado a leer y mi conocimiento de la historia de las antiguas civilizaciones de los pueblos del Asia unen en mí la curiosidad científica al deseo de propagar la fe, y me convidan y excitan a irme de misionero al remoto Oriente. Yo creo que, no bien salga de este lugar, donde Ud. mismo me envía a pasar algún tiempo con mi padre, y no bien me vea elevado a la dignidad del sacerdocio, y aunque ignorante y pecador como soy, me sienta revestido por don sobrenatural y gratuito, merced a la soberana bondad del Altísimo, de la facultad de perdonar los pecados y de la misión de enseñar a las gentes, y reciba el perpetuo y milagroso favor de traer a mis manos impuras al mismo Dios humanado, dejaré a España y me iré a tierras distantes a predicar el Evangelio.

No me mueve vanidad alguna; no quiero crearme superior a ningún otro hombre. El poder de mi fe, la constancia de que me siento capaz, todo, después del favor y de la gracia de Dios, se lo debo a la atinada educación, a la santa enseñanza y al buen ejemplo de Ud., mi querido tío.

Casi no me atrevo a confesarme a mí mismo una cosa; pero contra mi voluntad esta cosa, este pensamiento, esta cavilación, acude a mi mente con frecuencia, y ya que acude a mi mente, quiero, debo confesársela a Ud.; no me es lícito ocultarle ni mis más recónditos e involuntarios pensamientos. Ud. me ha enseñado a analizar lo que el alma siente, a buscar su origen bueno o malo, a escudriñar los más hondos senos del corazón, a hacer, en suma, un escrupuloso examen de conciencia.

He pensado muchas veces sobre dos métodos opuestos de educación: el de aquéllos que procuran conservar la inocencia, confundiendo la inocencia con la ignorancia y creyendo que el mal no conocido se evita mejor que el conocido, y el de aquéllos que, valerosamente y no bien llegado el discípulo a la edad de la razón, y salva la delicadeza del pudor, le muestran el mal en toda su fealdad horrible y en toda su espantosa desnudez, a fin de que le aborrezca y le evite. Yo entiendo que el mal debe conocerse para estimar mejor la infinita bondad divina, término ideal e inasequible de todo bien nacido deseo. Yo agradezco a Ud. que me haya hecho conocer, como dice la Escritura, con la miel y la manteca de su enseñanza, todo lo malo y todo lo bueno, a fin de reprobar lo uno y aspirar a lo otro, con discreto ahínco y con pleno conocimiento de causa. Me alegro de no ser cándido, y de ir derecho a la virtud, y en cuanto cabe en lo humano, a la perfección, sabedor de todas las tribulaciones, de todas las asperezas que hay en la peregrinación que debemos hacer por este valle de lágrimas, y no ignorando tampoco lo llano, lo fácil, lo dulce, lo sembrado de flores que está, en apariencia, el camino que conduce a la perdición y a la muerte eterna.

Otra cosa que me considero obligado a agradecer a Ud., es la indulgencia, la tolerancia, aunque no complaciente y relajada, sino severa y grave, que ha sabido Ud. inspirarme para con las faltas y pecados del prójimo.

Digo todo esto porque quiero hablar a Ud. de un asunto tan delicado, tan vidrioso, que apenas hallo términos con que expresarle. En resolución, yo me pregunto a veces: este propósito mío ¿tendrá por fundamento, en parte al menos, el carácter de mis relaciones con mi padre? En el fondo de mi corazón, ¿he sabido perdonarle su conducta con mi pobre madre, víctima de sus liviandades?

Lo examino detenidamente y no hallo un átomo de rencor en mi pecho. Muy al contrario: la gratitud le llena todo. Mi padre me ha criado con amor; ha procurado honrar en mí la memoria de mi madre, y se diría que al criarme, al cuidarme, al mimarme, al esmerarse conmigo cuando pequeño, trataba de aplacar su irritada sombra, si la sombra, si el espíritu de ella, que era un ángel de bondad y de mansedumbre, hubiera sido capaz de ira. Repito, pues, que estoy lleno de gratitud hacia mi padre; él me ha reconocido, y además, a la edad de diez años me envió con Ud., a quien debo cuanto soy.

Si hay en mi corazón algún germen de virtud, si hay en mi mente algún principio de ciencia; si hay en mi voluntad algún honrado y buen propósito, a Ud. lo debo.

El cariño de mi padre hacia mí es extraordinario, es grande; la estimación en que me tiene, inmensamente superior a mis merecimientos. Acaso influya en esto la vanidad. En el amor paterno hay algo de egoísta; es como una prolongación del egoísmo. Todo mi valer, si yo le tuviese, mi padre le consideraría como creación suya, como si yo fuera emanación de su personalidad, así en el cuerpo como en el espíritu. Pero de todos modos, creo que él me quiere y que hay en este cariño algo de independiente y de superior a todo ese disculpable egoísmo de que he hablado.

Siento un gran consuelo, una gran tranquilidad en mi conciencia, y doy por ello las más fervientes gracias a Dios, cuando advierto y noto que la fuerza de la sangre, el vínculo de la naturaleza, ese misterioso lazo que nos une, me lleva, sin ninguna consideración del deber, a amar a mi padre y a reverenciarle. Sería horrible, no amarle así y esforzarse por amarle para cumplir con un mandamiento divino. Sin embargo, y aquí vuelve mi escrúpulo: mi propósito de ser clérigo o fraile, de no aceptar o de aceptar sólo una pequeña parte de los cuantiosos bienes que han de tocarme por herencia y de los cuales puedo disfrutar ya en vida de mi padre, ¿proviene sólo de mi menosprecio de las cosas del mundo, de una verdadera

vocación a la vida religiosa, o proviene también de orgullo, de rencor escondido, de queja, de algo que hay en mí que no perdona lo que mi madre perdonó con generosidad sublime? Esta duda me asalta y me atormenta a veces; pero casi siempre la resuelvo en mi favor, y creo que no soy orgulloso con mi padre; creo que yo aceptaría todo cuanto tiene si lo necesitara; y me complazco en ser tan agradecido con él por lo poco como por lo mucho.

Adiós tío: en adelante escribiré a Ud. a menudo y tan por extenso como me tiene encargado, si bien no tanto como hoy, para no pecar de prolijo.

28 de Marzo.

Me voy cansando de mi residencia en este lugar, y cada día siento más deseo de volverme con Vd. y de recibir las órdenes; pero mi padre quiere acompañarme, quiere estar presente en esa gran solemnidad y exige de mí que permanezca aquí con él dos meses por lo menos. Está tan afable, tan cariñoso conmigo, que sería imposible no darle gusto en todo. Permaneceré, pues, aquí el tiempo que él quiera. Para complacerle, me violento y procuro aparentar que me gustan las diversiones de aquí, las giras campestres y hasta la caza, a todo lo cual le acompaño. Procuro mostrarme más alegre y bullicioso de lo que naturalmente soy. Como en el pueblo, medio de burla, medio en son de elogio, me llaman el *santo*, yo por modestia trato de disimular estas apariencias de santidad o de suavizarlas y humanarlas con la virtud de la eutropelia, ostentando una alegría serena y decente, la cual nunca estuvo reñida ni con la santidad ni con los santos. Confieso, con todo, que las bromas y fiestas de aquí, que los chistes groseros y que el regocijo estruendoso me cansan. No quisiera incurrir en murmuración ni ser maldiciente, aunque sea con todo sigilo y de mí para Vd.; pero a menudo me doy a pensar que tal vez sería más difícil empresa el moralizar y evangelizar un poco a estas gentes, y más lógica y meritoria, que el irse a la India, a la Persia o la China, dejándose atrás a tanto compatriota, si no perdido, algo pervertido. ¡Quién sabe! Dicen algunos que las ideas modernas, que el materialismo y la incredulidad tienen la culpa de todo; pero si la tienen, pero si obran tan malos efectos, ha de ser de un modo extraño, mágico, diabólico, y no por medios naturales, pues es lo cierto que nadie lee aquí libro alguno ni bueno ni malo, por donde no atino a comprender cómo puedan pervertirse con las malas doctrinas que privan ahora. ¿Estarán en el aire las malas doctrinas, a modo de miasmas de una epidemia? Acaso (y siento tener este mal pensamiento, que a Vd. sólo declaro), acaso tenga la culpa el mismo clero. ¿Está en España a la altura de su misión? ¿Va a enseñar y a moralizar en los pueblos? ¿En todos sus individuos es capaz de esto? ¿Hay verdadera vocación en los que se consagran a la vida religiosa y a la cura de almas, o es sólo un modo de vivir como otro cualquiera, con la diferencia de que hoy no se dedican a él sino los más menesterosos, los más sin esperanzas y sin medios, por lo mismo que esta *carrera* ofrece menos porvenir que cualquiera otra? Sea como sea, la escasez de sacerdotes instruidos y virtuosos excita más en mí el deseo de ser sacerdote. No quisiera yo que el amor propio me engañase; reconozco todos mis defectos; pero siento en mí una verdadera vocación y muchos de ellos podrán enmendarse con el auxilio divino.

Hace tres días tuvimos el convite, del que hablé a Vd., en casa de Pepita Jiménez. Como esta mujer vive tan retirada, no la conocí hasta el día del convite: me pareció, en efecto, tan bonita como dice la fama, y advertí que tiene con mi padre una afabilidad tan grande que le da alguna esperanza, al menos miradas las cosas someramente, de que al cabo ceda y acepte su mano.

Como es posible que sea mi madrastra, la he mirado con detención y me parece una mujer singular, cuyas condiciones morales no atino a determinar con certidumbre. Hay en ella un sosiego, una paz exterior, que puede provenir de frialdad de espíritu y de corazón, de estar muy sobre sí y de calcularlo todo, sintiendo poco o nada, y pudiera provenir también de otras prendas que hubiera en su alma; de la tranquilidad de su conciencia, de la pureza de sus aspiraciones y del pensamiento de cumplir en esta vida con los deberes que la sociedad impone, fijando la mente, como término, en esperanzas más altas. Ello es lo cierto, que o bien porque en esta mujer todo es cálculo, sin elevarse mente a superiores esferas, o bien porque enlaza la prosa del vivir y la poesía de sus ensueños en una perfecta armonía, no hay en ella nada que desentone del cuadro general en que está colocada, y sin embargo, posee una distinción natural que la levanta y separa de cuanto la rodea. No afecta vestir traje aldeano, ni se viste tampoco según la moda de las ciudades; mezcla ambos estilos en su vestir, de modo que parece una señora, pero una señora de lugar. Disimula mucho, a lo que yo presumo, el cuidado que tiene de su persona; no se advierten en ella ni cosméticos ni afeites; pero la blancura de sus manos, las uñas tan

bien cuidadas y acicaladas, y todo el aseo y pulcritud con que está vestida, denotan que cuida de estas cosas más de lo que se pudiera creerse en una persona que vive en un pueblo y que además dicen que desdeña las vanidades del mundo y sólo piensa en las cosas del cielo.

Tiene la casa limpiísima y todo en un orden perfecto. Los muebles no son artísticos ni elegantes; pero tampoco se advierte en ellos nada pretencioso y de mal gusto. Para poetizar su estancia, tanto en el patio como en las salas y galerías, hay multitud de flores y plantas. No tiene, en verdad, ninguna planta rara ni ninguna flor exótica; pero sus plantas y sus flores, de lo más común que hay por aquí, están cuidadas con extraordinario mimo.

Varios canarios en jaulas doradas animan con sus trinos toda la casa. Se conoce que el dueño de ella necesita seres vivos en quien poner algún cariño; y, a más de algunas criadas, que se diría que ha elegido con empeño, pues no puede ser mera casualidad el que sean todas bonitas, tiene, como las viejas solteronas, varios animales que le hacen compañía: un loro, una perrita de lanas muy lavada y dos o tres gatos, tan mansos y sociables, que se le ponen a uno encima.

En un extremo de la sala principal hay algo como oratorio, donde resplandece un niño Jesús de talla, blanco y rubio, con ojos azules y bastante guapo. Su vestido es de raso blanco, con manto azul, lleno de estrellitas de oro, y todo él está cubierto de dijes y de joyas. El altarito en que está el niño Jesús se ve adornado de flores, y alrededor macetas de brusco y laureola, y en el altar mismo, que tiene gradas o escaloncitos, mucha cera ardiendo.

Al ver todo esto, no sé qué pensar; pero más a menudo me inclino a creer que la viuda se ama a sí misma sobre todo, y que para recreo y para efusión de este amor tiene los gatos, los canarios, las flores y al propio niño Jesús, que en el fondo de su alma tal vez no esté muy por encima de los canarios y de los gatos.

No se puede negar que la Pepita Jiménez es discreta: ninguna broma tonta, ninguna pregunta impertinente sobre mi vocación y sobre las órdenes que voy a recibir dentro de poco, han salido de sus labios. Habló conmigo de las cosas del lugar, de la labranza, de la última cosecha de vino y de aceite y del modo de mejorar la elaboración del vino; todo ello con modestia y naturalidad, sin mostrar deseo de pasar por muy entendida.

Mi padre estuvo finísimo; parecía remozado, y sus extremos cuidadosos hacia la dama de sus pensamientos eran recibidos, si no con amor, con gratitud.

Asistieron al convite el médico, el escribano y el señor vicario, grande amigo de la casa y padre espiritual de Pepita.

El señor vicario debe de tener un alto concepto de ella, porque varias veces me habló aparte de su caridad, de las muchas limosnas que hacía, de lo compasiva y buena que era para todo el mundo; en suma, me dijo que era una santa.

Oído el señor vicario y fiándome en su juicio, yo no puedo menos de desear que mi padre se case con la Pepita. Como mi padre no es a propósito para hacer vida penitente, éste sería el único modo de que cambiase su vida, tan agitada y tempestuosa hasta aquí, y de que viniese a parar a un término, si no ejemplar, ordenado y pacífico.

Cuando nos retiramos de casa de Pepita Jiménez y volvimos a la nuestra, mi padre me habló resueltamente de su proyecto: me dijo que él había sido un gran calavera, que había llevado una vida muy mala y que no veía medio de enmendarse, a pesar de sus años, si aquella mujer, que era su salvación, no le quería y se casaba con él. Dando ya por supuesto que iba a quererle y a casarse, mi padre me habló de intereses; me dijo que era muy rico y que me dejaría mejorado, aunque tuviese varios hijos más. Yo le respondí que para los planes y fines de mi vida necesitaba harto poco dinero, y que mi mayor contento sería verle dichoso con mujer e hijos, olvidado de sus antiguos devaneos. Me habló luego mi padre de sus esperanzas amorosas, con un candor y con una vivacidad tales, que se diría que yo era el padre y el viejo, y él un chico de mi edad o más joven. Para ponderarme el mérito de la novia, y la dificultad del

triumfo, me refirió las condiciones y excelencias de los quince o veinte novios que Pepita había tenido, y que todos habían llevado calabazas. En cuanto a él, según me explicó, hasta cierto punto las había también llevado; pero se lisonjeaba de que no fuesen definitivas, porque Pepita le distinguía tanto, y le mostraba tan grande afecto, que, si aquello no era amor, pudiera fácilmente convertirse en amor con el largo trato y con la persistente adoración que él le consagraba. Además, la causa del desvío de Pepita tenía para mi padre un no sé qué de fantástico y de sofisticado que al cabo debía desvanecerse. Pepita no quería retirarse a un convento ni se inclinaba a la vida penitente: a pesar de su recogimiento y de su devoción religiosa, hartó se dejaba ver que se complacía en agradar. El aseo y el esmero de su persona poco tenían de cenobíticos. La culpa de los desvíos de Pepita, decía mi padre, es sin duda su orgullo, orgullo en gran parte fundado: ella es naturalmente elegante, distinguida; es un ser superior por la voluntad y por la inteligencia, por más que con modestia lo disimule; ¿cómo, pues, ha de entregar su corazón a los palurdos que la han pretendido hasta ahora? Ella imagina que su alma está llena de un místico amor de Dios, y que sólo con Dios se satisface, porque no ha salido a su paso todavía un mortal bastante discreto y agradable que le haga olvidar hasta a su niño Jesús. Aunque sea inmodestia, añadía mi padre, yo me lisonjeo aún de ser ese mortal dichoso.

Tales son, querido tío, las preocupaciones y ocupaciones de mi padre en este pueblo, y las cosas tan extrañas para mí y tan ajenas a mis propósitos y pensamientos de que me habla con frecuencia, y sobre las cuales quiere que dé mi voto.

No parece sino que la excesiva indulgencia de usted para conmigo ha hecho cundir aquí mi fama de hombre de consejo: paso por un pozo de ciencia; todos me refieren sus cuitas y me piden que les muestre el camino que deben seguir. Hasta el bueno del señor vicario, aun exponiéndose a revelar algo como secretos de confesión, ha venido ya a consultarme sobre vanos casos de conciencia que se le han presentado en el confesionario. Mucho me ha llamado la atención uno de estos casos que me ha sido referido por el vicario, como todos, con profundo misterio y sin decirme el nombre de la persona interesada.

Cuenta el señor vicario, que una hija suya de confesión tiene grandes escrúpulos, porque se siente llevada con irresistible impulso hacia la vida solitaria y contemplativa, pero teme a veces que este fervor de devoción no venga acompañado de una verdadera humildad, sino que en parte le promueva y excite el mismo demonio del orgullo.

Amar a Dios sobre todas las cosas, buscarle en el centro del alma donde está, purificarse de todas las pasiones y afecciones terrenales, para unirse a él, son ciertamente anhelos piadosos y determinaciones buenas; pero el escrúpulo está en saber, en calcular si nacerán o no de un amor propio exagerado. ¿Nacerán acaso, parece que piensa la penitente, de que yo, aunque indigna y pecadora, presumo que vale más mi alma que las almas de mis semejantes; que la hermosura interior de mi mente y de mi voluntad se turbaría y se empañaría con el afecto de los seres humanos que conozco y que creo que no me merecen? ¿Amo a Dios, no sobre todas las cosas, de un modo infinito, sino sobre lo poco conocido que desdén, que desestimo, que no puede llenar mi corazón? Si mi devoción tiene este fundamento, hay en ella dos grandes faltas: la primera, que no está cimentada en un puro amor de Dios, lleno de humildad y de caridad, sino en el orgullo; y la segunda, que esa devoción no es firme y valedera, sino que está en el aire, porque ¿quién asegura que no pueda el alma olvidarse del amor a su Creador, cuando no le ama de un modo infinito, sino porque no hay criatura a quien juzgue digna de que el amor en ella se emplee?

Sobre este caso de conciencia, hartó alambicado y sutil para que así preocupe a una lugareña, ha venido a consultarme el padre vicario. Yo he querido excusarme de decir nada, fundándome en mi inexperiencia y pocos años; pero el señor vicario se ha obstinado de tal suerte, que no he podido menos de discurrir sobre el caso. He dicho, y mucho me alegraría de que Vd. aprobase mi parecer, que lo que importa a esta hija de confesión atribulada, es mirar con mayor benevolencia a los hombres que la rodean, y en vez de analizar y desentrañar sus faltas con el escalpelo de la crítica, tratar de cubrirlas con el manto de la caridad, haciendo resaltar todas las buenas cualidades de ellos y ponderándolas mucho, a fin de amarlos y estimarlos; que debe esforzarse por ver en cada ser humano un objeto digno de amor, un verdadero prójimo, un igual suyo, un alma en cuyo fondo hay un tesoro de excelentes prendas y virtudes, un ser hecho, en suma, a imagen y semejanza de Dios. Realzado así cuanto nos rodea, amando

y estimando a las criaturas por lo que son y por más de lo que son, procurando no tenerse por superior a ellas en nada, antes bien, profundizando con valor en el fondo de nuestra conciencia para descubrir todas nuestras faltas y pecados, y adquiriendo la santa humildad y el menosprecio de uno mismo, el corazón se sentirá lleno de afectos humanos, y no despreciará, sino valorará en mucho el mérito de las cosas y de las personas; de modo que, si sobre este fundamento descuella luego, y se levanta el amor divino con invencible pujanza, no hay ya miedo de que pueda nacer este amor de una exagerada estimación propia, del orgullo o de un desdén injusto del prójimo, sino que nacerá de la pura y santa consideración de la hermosura y de la bondad infinitas.

Si, como sospecho, es Pepita Jiménez la que ha consultado al señor vicario sobre estas dudas y tribulaciones, me parece que mi padre no puede lisonjearse todavía de ser muy querido; pero si el vicario acierta a darla mi consejo, y ella le acepta y pone en práctica, o vendrá a hacerse una María de Ágreda o cosa por el estilo, o lo que es más probable, dejará a un lado misticismos y desvíos, y se conformará y contentará con aceptar la mano y el corazón de mi padre, que en nada es inferior a ella.

4 de Abril.

La monotonía de mi vida en este lugar empieza a fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente; antes al contrario, aquí me paseo mucho, a pie y a caballo, voy al campo, y por complacer a mi padre concurreo a casinos y reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula; no leo un libro ni apenas me dejan un momento para pensar y meditar sosegadamente; y como el encanto de mi vida estribaba en estos pensamientos y meditaciones, me parece monótona la que hago ahora. Gracias a la paciencia, que usted me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo es el anhelo que cada día siento más vivo de tomar el estado a que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas; por el cielo tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta región de Andalucía; por estos alegres campos, cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y yerbas olorosas; esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo me parecían avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, excitándole y sublimándole en vez de debilitarle, hoy casi me parece pecaminosa distracción e imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y suprasensible por lo sensible y creado.

Harto sé que no pecho amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amarlas por ellas con rectitud; porque ¿qué son ellas más que la manifestación, la obra del amor de Dios? Y, sin embargo, no sé qué extraño temor, qué singular escrúpulo, qué apenas perceptible e indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como antes, como en otros días de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusión de ternura, algún raptó de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oír el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pío de las golondrinas, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores o al mirar las estrellas. Se me figura a veces que hay en todo esto algo de delectación sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al menos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne; pero no quiero tampoco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aun los más delicados, sutiles y aéreos, aun los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbo delgado del aire fresco, cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplación de la superior hermosura, y entibien ni por un momento mi amor hacia quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

No se me oculta que todas estas cosas materiales son como las letras de un libro, son como los signos y caracteres donde el alma, atenta a su lectura, puede penetrar un hondo sentido y leer y descubrir la hermosura de Dios, que, si bien imperfectamente, está en ellas como trasunto o más bien como cifra, porque no la pintan, sino que la representan. En esta distinción me fundo a veces para dar fuerza a mis escrúpulos y mortificarme. Porque yo me digo: si amo la hermosura de las cosas terrenales tales como

ellas son, y si la amo con exceso, es idolatría; debo amarla como signo, como representación de una hermosura oculta y divina, que vale mil veces más, que es incomparablemente superior en todo.

Hace pocos días cumplí veintidós años. Tal ha sido hasta ahora mi fervor religioso, que no he sentido más amor que el inmaculado amor de Dios mismo y de su santa religión, que quisiera difundir y ver triunfante en todas las regiones de la tierra. Confieso que algún sentimiento profano se ha mezclado con esta pureza de afecto. Ud. lo sabe, se lo he dicho mil veces; y Ud., mirándome con su acostumbrada indulgencia, me ha contestado que el hombre no es un ángel y que sólo pretender tanta perfección es orgullo; que debo moderar esos sentimientos y no empeñarme en ahogarlos del todo. No es, pues, el escrúpulo que me asalta hoy el de mi orgullo, siento una dejadez, un quebranto, un abandono de la voluntad, una facilidad tan grande para las lágrimas; lloro tan fácilmente de ternura al ver una florecilla bonita o al contemplar el rayo misterioso, tenue y ligerísimo de una remota estrella, que casi tengo miedo.

Dígame Vd. qué piensa de estas cosas; si hay algo de enfermizo en esta disposición de mi ánimo.

8 de Abril.

Siguen las diversiones campestres, en que tengo que intervenir muy a pesar mío.

He acompañado a mi padre a ver casi todas sus fincas, y mi padre y sus amigos se pasman de que yo no sea completamente ignorante en las cosas del campo. No parece sino que para ellos el estudio de la teología, a que me he dedicado, es contrario del todo al conocimiento de las cosas naturales. ¡Cuánto han admirado mi erudición al verme distinguir en las viñas! ¡Cuánto han admirado también que en los verdes sembrados sepa yo distinguir la cebada del trigo y el anís de las habas; que conozca muchos árboles frutales y de sombra; y que, aun de las yerbas que nacen espontáneamente en el campo, acierte yo con varios nombres y refiera bastantes condiciones y virtudes!

Pepita Jiménez, que ha sabido por mi padre lo mucho que me gustan las huertas de por aquí, nos ha convidado a ver una que posee a corta distancia del lugar, y a comer las fresas tempranas que en ella se crían. Este antojo de Pepita de obsequiar tanto a mi padre, quien la pretende y a quien desdeña, me parece a menudo que tiene su poco de coquetería, digna de reprobación; pero cuando veo a Pepita después, y la hallo tan natural, tan franca y tan sencilla, se me pasa el mal pensamiento e imagino que todo lo hace candorosamente y que no la lleva otro fin que el de conservar la buena amistad que con mi familia la liga.

Sea como sea, anteayer tarde fuimos a la huerta de Pepita. Es hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede imaginarse. El riachuelo que riega casi todas estas huertas, sangrado por mil acequias, pasa al lado de la que visitamos: se forma allí una presa, y cuando se suelta el agua sobrante del riego, cae en un hondo barranco poblado en ambas márgenes de álamos blancos y negros, mimbrones, adelfas floridas y otros árboles frondosos.

Asistimos a esta gira el médico, el escribano, mi tía doña Casilda, mi padre y yo; sin faltar el indispensable señor vicario, padre espiritual, y más que padre espiritual, admirador y encomiador perpetuo de Pepita.

Por un refinamiento algo sibarítico, no fue el hortelano, ni su mujer, ni el chiquillo del hortelano, ni ningún otro campesino quien nos sirvió la merienda, sino dos lindas muchachas, criadas y como confidentas de Pepita, vestidas a lo rústico, si bien con suma pulcritud y elegancia. Salvo la riqueza de la tela y su color negro, no era cortesano el traje de Pepita. Un modesto pañolito de seda negra cubría también, al uso del lugar, su espalda y su pecho, y en la cabeza no ostentaba tocado, ni flor, ni joya, ni más adorno que el de sus propios cabellos rubios. En la única cosa que note por parte de Pepita cierto esmero, en que se apartaba de los usos aldeanos, era en llevar guantes. Se conoce que cuida mucho sus manos y que tal vez pone alguna vanidad en tenerlas muy blancas y bonitas, con unas uñas lustrosas y sonrosadas, pero si tiene esta vanidad, es disculpable en la flaqueza humana, y al fin, si yo no estoy trascordado, creo que Santa Teresa tuvo la misma vanidad cuando era joven, lo cual no le impidió ser una santa tan grande.

En efecto, yo me explico, aunque no disculpo, esta pícara vanidad. ¡Es tan distinguido, tan aristocrático, tener una linda mano! Hasta se me figura a veces que tiene algo de simbólico. La mano es el instrumento de nuestras obras, el signo de nuestra nobleza, el medio por donde la inteligencia reviste de forma sus pensamientos artísticos, y da ser a las creaciones de la voluntad, y ejerce el imperio que Dios concedió al hombre sobre todas las criaturas. Una mano ruda, nerviosa, fuerte, tal vez callosa, de un trabajador, de un obrero, demuestra noblemente ese imperio; pero en lo que tiene de más violento y mecánico. En cambio, las manos de esta Pepita, que parecen casi diáfanas como el alabastro, si bien con leves tintas rosadas, donde cree uno ver circular la sangre pura y sutil, que da a sus venas un ligero viso azul; estas manos, digo, de dedos afilados y de sin par corrección de dibujo, parecen el símbolo del imperio mágico, del dominio misterioso que tiene y ejerce el espíritu humano, sin fuerza material, sobre todas las cosas visibles que han sido inmediatamente creadas por Dios y que por medio del hombre Dios completa y mejora. Imposible parece que quien tiene manos como Pepita tenga pensamiento impuro, ni idea grosera, ni proyecto ruin que esté en discordancia con las limpias manos que deben ejecutarle.

No hay que decir que mi padre se mostró tan embelesado como siempre de Pepita, y ella tan fina y cariñosa con él, si bien con un cariño más filial de lo que mi padre quisiera. Es lo cierto que mi padre, a pesar de la reputación que tiene de ser por lo común poco respetuoso y bastante profano con las mujeres, trata a ésta con un respeto y unos miramientos tales: ni una palabra que disuene, ni un requiebro brusco e inoportuno, ni un chiste algo amoroso de estos que con tanta frecuencia suelen permitirse los andaluces. Apenas si se atreve a decir a Pepita «buenos ojos tienes»; y en verdad que si lo dijese no mentiría, porque los tiene grandes, verdes como los de Circe, hermosos y rasgados; y lo que más mérito y valor les da, es que no parece sino que ella no lo sabe, pues no se descubre en ella la menor intención de agradar a nadie ni de atraer a nadie con lo dulce de sus miradas. Se diría que cree que los ojos sirven para ver y nada más que para ver. Lo contrario de lo que yo, según he oído decir, presumo que creen la mayor parte de las mujeres jóvenes y bonitas, que hacen de los ojos un arma de combate y como un aparato eléctrico o fulmineo para rendir corazones y cautivarlos. No son así, por cierto, los ojos de Pepita, donde hay una serenidad y una paz como del cielo. Ni por eso se puede decir que miren con fría indiferencia. Sus ojos están llenos de caridad y de dulzura. Se posan con afecto en un rayo de luz, en una flor, hasta en cualquier objeto inanimado; pero con más afecto aún, con muestras de sentir más blando, humano y benigno, se posan en el prójimo, sin que el prójimo, por joven, gallardo y presumido que sea, se atreva a suponer nada más que caridad y amor al prójimo, y, cuando más, predilección amistosa, en aquella serena y tranquila mirada.

Yo me paro a pensar si todo esto será estudiado; si esta Pepita será una gran comedianta; pero sería tan perfecto el fingimiento y tan oculta la comedia, que me parece imposible. La misma naturaleza, pues, es la que guía y sirve de norma a esta mirada y a estos ojos. Pepita, sin duda, amó a su madre primero, y luego las circunstancias la llevaron a amar a D. Gumersindo por deber, como al compañero de su vida; y luego, sin duda, se extinguió en ella toda pasión que pudiera inspirar ningún objeto terreno, y amó a Dios, y amó las cosas todas por amor de Dios, y se encontró quizás en una situación de espíritu apacible y hasta envidiable, en la cual, si tal vez hubiese algo que censurar, sería un egoísmo del que ella misma no se da cuenta. Es muy cómodo amar de este modo suave, sin atormentarse con el amor; no tener pasión que combatir; hacer del amor y del afecto a los demás un aditamento y como un complemento del amor propio.

A veces me pregunto a mí mismo, si al censurar en mi interior esta condición de Pepita, no soy yo quien me censuro. ¿Qué sé yo lo que pasa en el alma de esa mujer, para censurarla? ¿Acaso, al creer que veo su alma, no es la mía la que veo? Yo no he tenido ni tengo pasión alguna que vencer: todas mis inclinaciones bien dirigidas, todos mis instintos buenos y malos, merced a la sabia enseñanza de usted, van sin obstáculos ni tropiezos encaminados al mismo propósito; cumpliéndolo se satisfarían no sólo mis nobles y desinteresados deseos, sino también mis deseos egoístas, mi amor a la gloria, mi afán de saber, mi curiosidad de ver tierras distantes, mi anhelo de ganar nombre y fama. Todo esto se cifra en llegar al término de la carrera que he emprendido. Por este lado, se me antoja a veces que soy más censurable que Pepita, aun suponiéndola merecedora de censura.

Yo he recibido ya las órdenes menores; he desechado de mi alma las vanidades del mundo; estoy tonsurado; me he consagrado al altar, y sin embargo, un porvenir de ambición se presenta a mis ojos y veo con gusto que puedo alcanzarle y me complazco en dar por ciertas y valederas las condiciones que tengo para ello, por más que a veces llame a la modestia en mi auxilio a fin de no confiar demasiado. En

cambio esta mujer ¿a qué aspira ni qué quiere? Yo la censuro de que se cuida las manos; de que mira tal vez con complacencia su belleza; casi la censuro de su pulcritud, del esmero que pone en vestirse, de yo no sé qué coquetería que hay en la misma modestia y sencillez con que se viste. ¡Pues qué! ¿La virtud ha de ser desaliñada? ¿Ha de ser sucia la santidad? Un alma pura y limpia, ¿no puede complacerse en que el cuerpo también lo sea? Es extraña esta malevolencia con que miro el primor y el aseo de Pepita. ¿Será tal vez porque va a ser mi madrastra? ¡Pero si no quiere ser mi madrastra! ¡Si no quiere a mi padre! Verdad es que las mujeres son raras: quién sabe si en el fondo de su alma no se siente inclinada ya a querer a mi padre y a casarse con él, si bien, atendiendo a aquello de que lo que mucho vale mucho cuesta, se propone, pásame Ud. la palabra, molerle antes con sus desdenes, tenerle sujeto a su servidumbre, poner a prueba la constancia de su afecto y acabar por darle el plácido sí. ¡Allá veremos!

Ello es que la fiesta en la huerta fue apaciblemente divertida: se habló de flores, de frutos, de injertos, de plantaciones y de otras mil cosas relativas a la labranza, luciendo Pepita sus conocimientos agrónomos en competencia con mi padre, conmigo y con el señor vicario, que se queda con la boca abierta cada vez que habla Pepita, y jura que en los setenta y pico de años que tiene de edad, y en sus largas peregrinaciones, que le han hecho recorrer casi toda la Andalucía, no ha conocido mujer más discreta ni más atinada en cuanto piensa y dice.

Cuando volvemos a casa de cualquiera de estas expediciones, vuelvo a insistir con mi padre en mi ida con Ud. a fin de que llegue el suspirado momento de que yo me vea elevado al sacerdocio; pero mi padre está tan contento de tenerme a su lado.

Lo malo es que con esta vida temo materializarme demasiado: me parece sentir alguna sequedad de espíritu durante la oración; mi fervor religioso disminuye; la vida vulgar va penetrando y se va infiltrando en mi naturaleza. Cuando rezo, padezco distracciones; no pongo en lo que digo a mis solas, cuando el alma debe elevarse a Dios, aquella atención profunda que antes ponía. En cambio, la ternura de mi corazón, que no se fija en objeto condigno, que no se emplea y consume en lo que debiera, brota y como que rebosa en ocasiones por objetos y circunstancias que tienen mucho de pueriles, que me parecen ridículos, y de los cuales me avergüenzo. El otro día cogieron los hijos del aperador de mi padre un nido de gorriones, y al ver yo los pajarillos sin plumas aún y violentamente separados de la madre cariñosa, sentí suma angustia, y, lo confieso, se me saltaron las lágrimas. Pocos días antes, traje del campo un rústico una ternerita que se había perniquebrado; iba a llevarla al matadero y venía a decir a mi padre qué quería de ella para su mesa: mi padre pidió unas cuantas libras de carne, la cabeza y las patas; yo me conmoví al ver la ternerita y estuve a punto, aunque la vergüenza lo impidió, de comprársela al hombre, a ver si yo la curaba y conservaba viva. En fin, querido tío, menester es tener la gran confianza que tengo yo con Ud. para contarle estas muestras de sentimiento extraviado y vago, y hacerle ver con ellas que necesito volver a mi antigua vida, a mis estudios, a mis altas especulaciones.

14 de Abril.

Sigo haciendo la misma vida de siempre y detenido aquí a ruegos de mi padre.

El mayor placer de que disfruto, después del de vivir con él, es el trato y conversación del señor vicario, con quien suelo dar a solas largos paseos. Imposible parece que un hombre de su edad, que debe de tener cerca de los ochenta años, sea tan fuerte, ágil y andador. Antes me canso yo que él, y no queda vericuerdo, ni lugar agreste, ni cima de cerro escarpado en estas cercanías, a donde no lleguemos.

El señor vicario me va reconciliando mucho con el clero español, a quien algunas veces he tildado yo, hablando con Ud., de poco ilustrado. ¡Cuánto más vale, me digo a menudo, este hombre, lleno de candor y de buen deseo, tan afectuoso e inocente, que cualquiera que haya leído muchos libros y en cuya alma no arda con tal viveza como en la suya el fuego de la caridad unido a la fe más sincera y más pura! No crea Ud. que es vulgar el entendimiento del señor vicario: es un espíritu inculto; pero despejado y claro. A veces imagino que pueda provenir la buena opinión que de él tengo, de la atención con que me escucha; pero, si no es así, me parece que todo lo entiende con notable perspicacia y que sabe unir al amor entrañable de nuestra santa religión el aprecio de todas las cosas buenas que la civilización moderna nos ha traído. Me encantan, sobre todo, la sencillez, la sobriedad en hiperbólicas manifestaciones de sentimentalismo, la naturalidad, en suma, con que el señor vicario ejerce las más penosas obras de caridad. No hay desgracia que no remedie, ni infortunio que no consuele, ni humillación que no procure restaurar, ni pobreza a que no acuda solícito con un socorro.

Para todo esto, fuerza es confesarlo, tiene un poderoso auxiliar en Pepita Jiménez, cuya devoción y natural compasivo siempre está él poniendo por las nubes.

El carácter de esta especie de culto que el vicario rinde a Pepita, va sellado, casi se confunde con el ejercicio de mil buenas obras; con las limosnas, el rezo, el culto público y el cuidado de los menesterosos. Pepita no da sólo para los pobres, sino también para novenas, sermones y otras fiestas de iglesia. Si los altares de la parroquia brillan a veces adornados de bellísimas flores, estas flores se deben a la munificencia de Pepita, que las ha hecho traer de sus huertas. Si en lugar del antiguo manto, viejo y raído que tenía la Virgen de los Dolores, luce hoy un flamante y magnífico manto de terciopelo negro, bordado de plata, Pepita es quien lo ha costeado. Estos y otros tales beneficios el vicario está siempre decantándolos y ensalzándolos. Así es que cuando no hablo yo de mis miras, de mi vocación, de mis estudios, lo cual embelesa en extremo al señor vicario y le trae suspenso de mis labios, cuando es él quien habla y yo quien escucho, la conversación, después de mil vueltas y rodeos, viene a parar siempre en hablar de Pepita Jiménez. Y al cabo, ¿de quién me ha de hablar el señor vicario? Su trato con el médico, con el boticario, con los ricos labradores de aquí, apenas da motivo para tres palabras de conversación. Como el señor vicario posee la rarísima cualidad en un lugareño, de no ser amigo de contar vidas ajenas ni lances escandalosos, de nadie tiene que hablar sino de la mencionada mujer, a quien visita con frecuencia y con quien, según se desprende de lo que dice, tiene los más íntimos coloquios.

No sé qué libros habrá leído Pepita Jiménez, ni que instrucción tendrá; pero de lo que cuenta el señor vicario se colige que está dotada de un espíritu inquieto e investigador, donde se ofrecen infinitas cuestiones y problemas que anhela dilucidar y resolver, presentándolos para ello al señor vicario, a quien deja agradablemente confuso. Este hombre, educado a la rústica, clérigo de misa y olla, como vulgarmente suele decirse, tiene el entendimiento abierto a toda luz de verdad, aunque carece de iniciativa, y, por lo visto, los problemas y cuestiones que Pepita le presenta, le abren nuevos horizontes y nuevos caminos, aunque nebulosos y mal determinados, que él no presumía siquiera, que no acierta a trazar con exactitud; pero cuya vaguedad, novedad y misterio le encantan.

No desconoce el padre vicario que esto tiene mucho de peligroso, y que él y Pepita se exponen a dar sin saberlo, en alguna herejía; pero se tranquiliza porque, distando mucho de ser un gran teólogo, sabe su catecismo al dedillo, tiene confianza en Dios, que le iluminará, y espera no extraviarse, y da por cierto que Pepita seguirá sus consejos y no se extraviará nunca.

Por lo que relata el padre vicario entreveo que en el alma de Pepita Jiménez, en medio de la serenidad y calma que aparenta, hay clavado un agudo dardo de dolor; hay un amor de pureza contrariado por su vida pasada. Pepita amó a D. Gumersindo, como a su compañero, como a su bienhechor, como al hombre a quien todo se lo debe; pero la atormenta, la avergüenza el recuerdo de que D. Gumersindo fue su marido.

En su devoción a la Virgen se descubre un sentimiento de humillación dolorosa, un torcedor, una melancolía que influye en su mente el recuerdo de su matrimonio indigno y estéril.

Hasta en su adoración al niño Dios, representado en la preciosa imagen de talla que tiene en su casa, interviene el amor maternal sin objeto, el amor maternal que busca ese objeto en un ser no nacido de pecado y de impureza.

El padre vicario dice que Pepita adora al niño Jesús como a su Dios, pero que le ama con las entrañas maternas con que amaría a un hijo, si le tuviese, y si en su concepción no hubiera habido cosa de que tuviera ella que avergonzarse. El padre vicario nota que Pepita sueña con la madre ideal y con el hijo ideal, inmaculados ambos, al rezar a la Virgen Santísima, y al cuidar a su lindo niño Jesús de talla.

Aseguro a Ud. que no sé qué pensar de todas estas extrañezas. ¡Conozco tan poco lo que son las mujeres! Lo que de Pepita me cuenta el padre vicario me sorprende, y si bien más a menudo entiendo que Pepita es buena y no mala, a veces me infunde cierto terror por mi padre. Con los cincuenta y cinco años que tiene, creo que está enamorado, y Pepita, aunque buena por reflexión, puede, sin premeditarlo ni calcularlo, ser un instrumento del espíritu del mal; puede tener una coquetería irreflexiva e instintiva, más invencible, eficaz y funesta aún que la que procede de premeditación, cálculo y discurso.

¿Quién sabe, me digo yo a veces, si a pesar de las buenas obras de Pepita, de sus rezos, de su vida devota y recogida, de sus limosnas y de sus donativos para las iglesias, en todo lo cual se puede fundar el afecto que el padre vicario la profesa, no hay también un hechizo mundano, no hay algo de magia diabólica en este prestigio de que se rodea y con el cual emboba a este cándido padre vicario, y le lleva y le trae y le hace que no piense ni hable sino de ella a todo momento?

El mismo imperio que ejerce Pepita sobre un hombre tan descreído como mi padre, sobre una naturaleza tan varonil y poco sentimental, tiene en verdad mucho de raro.

Veo que distraídamente voy cayendo en el mismo defecto que en el padre vicario censuro, y que no hablo a Ud. sino de Pepita Jiménez. Pero esto es natural. Aquí no se habla de otra cosa. Se diría que todo el lugar está lleno del espíritu, del pensamiento, de la imagen de esta singular mujer, que yo no acierto aún a determinar si es un ángel o una refinada coqueta llena de *astucia instintiva*, aunque los términos parezcan contradictorios.

¡Cuánto me pesa de haber venido por aquí y de permanecer aquí tan largo tiempo! Había pasado la vida en su casa y en el Seminario, no había visto ni tratado más que a mis compañeros y maestros; nada conocía del mundo sino por especulación y teoría; y de pronto, aunque sea en un lugar, me veo lanzado en medio del mundo, y distraído de mis estudios, meditaciones y oraciones por mil objetos profanos.

20 de Abril.

Las últimas cartas de Ud., queridísimo tío, han sido de grata consolación para mi alma. Benévolo como siempre, me amonesta Ud. y me ilumina con advertencias útiles y discretas.

Es verdad: mi vehemencia es digna de vituperio. Quiero alcanzar el fin sin poner los medios; quiero llegar al término de la jornada sin andar antes paso a paso el áspero camino.

Me quejo de sequedad de espíritu en la oración, de distraído, de disipar mi ternura en objetos pueriles; ansío volar al trato íntimo con Dios, a la contemplación esencial, y desdeño la oración imaginaria y la meditación racional y discursiva. ¿Cómo sin obtener la pureza, cómo sin ver la luz he de lograr el goce del amor?

Hay mucha soberbia en mí, y yo he de procurar humillarme a mis propios ojos, a fin de que el espíritu del mal no me humille, permitiéndolo Dios, en castigo de mi presunción y de mi orgullo.

No creo, a pesar de todo, como Ud. me advierte, que es tan fácil para mí una fea y no pensada caída. No confío en mí: confío en la misericordia de Dios y en su gracia, y espero que no sea.

Con todo, razón tiene Ud. que le sobra en aconsejarme que no me ligue mucho en amistad con Pepita Jiménez; pero yo disto bastante de estar ligado con ella.

No ignoro que los varones religiosos y los santos, que deben servirnos de ejemplo y dechado, cuando tuvieron gran familiaridad y amor con mujeres, fue en la ancianidad, o estando ya muy probados y quebrantados por la penitencia, o existiendo una notable desproporción de edad entre ellos y las piadosas amigas que elegían; como se cuenta de San Jerónimo y Santa Paulina, y de San Juan de la Cruz y Santa Teresa. Y aun así, y aun siendo el amor de todo punto espiritual, sé que puede pecar por demasía.

No crea Ud., pues, que yo me jacte de invencible, y desdeñe los peligros y los desafíos y los busque. Lleno de un provechoso temor de Dios, y con la debida desconfianza de mi flaqueza, no olvidaré los consejos y prudentes amonestaciones de usted, rezando con fervor mis oraciones y meditando en las cosas divinas para aborrecer las mundanas en lo que tienen de aborrecibles; pero aseguro a Ud. que hasta ahora, por más que ahondo en mi conciencia y registro con suspicacia sus más escondidos senos, nada descubro que me haga temer lo que Ud. teme.

Si de mis cartas anteriores resultan encomios para el alma de Pepita Jiménez, culpa es de mi padre y del señor vicario y no mía; porque al principio, lejos de ser favorable a esta mujer, estaba yo prevenido contra ella con prevención injusta.

En cuanto a la belleza y donaire corporal de Pepita, crea Ud. que lo he considerado todo con entera limpieza de pensamiento. Y aunque me sea costoso el decirlo, y aunque a Ud. le duela un poco, le confesaré que si alguna leve mancha ha venido a empañar el sereno y pulido espejo de mi alma en que Pepita se reflejaba, ha sido la ruda sospecha de usted, que casi me ha llevado por un instante a que yo mismo sospeche.

Pero no: ¿qué he pensado yo, qué he mirado, qué he celebrado en Pepita, por donde nadie pueda colegir que propende a sentir por ella algo que no sea amistad y aquella inocente y limpia admiración que inspira una obra de arte, y más si la obra es del Artífice soberano y nada menos que su templo?

Por otra parte, querido tío, yo tengo que vivir en el mundo, tengo que tratar a las gentes, tengo que verlas, y no he de arrancarme los ojos. Usted me ha dicho mil veces que me quiere en la vida activa, predicando la ley divina, difundiéndola por el mundo, y no entregado a la vida contemplativa en la soledad y el aislamiento. Ahora bien; si esto es así, como lo es, ¿de qué suerte me había yo de gobernar para no reparar en Pepita Jiménez? A no ponerme en ridículo, cerrando en su presencia los ojos, fuerza es que yo vea y note la hermosura de los suyos, lo blanco, sonrosado y limpio de su tez; la igualdad y el nacarado esmalte de los dientes que descubre a menudo cuando sonríe, la fresca púrpura de sus labios, la serenidad y tersura de su frente, y otros mil atractivos que Dios ha puesto en ella. Además que, si bien es temerario buscar el peligro, es cobardía no saber arrostrarle y huir de él cuando se presenta.

No lo dude Ud.: yo veo en Pepita Jiménez una hermosa criatura de Dios, y por Dios la amo, como a hermana. Por amor a mi padre desearía yo que Pepita desistiese de sus ideas y planes de vida retirada y se casase con él; pero prescindiendo de esto, y si yo viese que mi padre sólo tenía un capricho y no una verdadera pasión, me alegraría de que Pepita permaneciese firme en su casta viudez, y cuando yo estuviese muy lejos de aquí, tendría un consuelo en escribirle algo sobre mis peregrinaciones y trabajos. Cuando, ya viejo, volviese yo por este lugar, también gozaría mucho en intimar con ella, que estaría ya vieja, y en tener con ella coloquios espirituales y pláticas por el estilo de las que tiene ahora el padre vicario. Hoy, sin embargo, como soy mozo, me acerco poco a Pepita; apenas la hablo.

En cuanto a Pepita, ni remotamente convengo en lo que Ud. deja entrever como vago recelo. ¿Qué plan ha de formar respecto a un hombre que va a ser clérigo dentro de dos o tres meses? Ella, que ha desairado a tantos, ¿por qué había de prendarse de mí? Harto me conozco, y sé que no puedo, por fortuna, inspirar pasiones. Dicen que no soy feo, pero soy desmañado, torpe, corto de genio, poco ameno; tengo trazas de lo que soy; de un estudiante humilde. ¿Qué valgo yo al lado de los gallardos mozos, aunque algo rústicos, que han pretendido a Pepita? Si Pepita ha desairado todo, ¿cómo ha de fijarse ahora en mí y ha de concebir el diabólico deseo y más diabólico proyecto de turbar la paz de mi alma, de hacerme abandonar mi vocación, tal vez de perderme? No, no es posible. Yo creo buena a Pepita, y a mí, lo digo sin mentida modestia, me creo insignificante. Ya se entiende que me creo insignificante para enamorarla, no para ser su amigo.

Perdóneme si me defiendo con sobrado calor de ciertas reticencias de su carta, suenan a acusaciones y a fatídicos pronósticos.

4 de Mayo.

Extraño es que en tantos días, yo no haya tenido tiempo para escribir a Ud.; pero tal es la verdad. Mi padre no me deja parar y las visitas me asedian.

En las grandes ciudades es fácil no recibir, aislarse, crearse una soledad en medio del bullicio: en un lugar de Andalucía, y sobre todo teniendo la honra de ser hijo del cacique, es menester vivir en público. No ya sólo hasta al cuarto donde escribo, sino hasta a mi alcoba penetran, sin que nadie se atreva a oponerse, el señor vicario, el escribano, mi primo Currito, hijo de doña Casilda, y otros mil que me despiertan si estoy dormido y me llevan donde quieren.

Su nueva y más reciente carta me ha afligido un poco. Veo que insiste Ud. en sus sospechas, y no sé qué contestar para justificarme sino lo que ya he contestado.

Dice Ud. que la gran victoria en cierto género de batallas consiste en la fuga: que huir es vencer. Con todo, de sobra sabe Ud. que el huir no depende de mi voluntad. Mi padre no quiere que me vaya; mi

padre me retiene a pesar mío; tengo que obedecerle. Necesito, pues, vencer por otros medios y no por el de la fuga.

Para que Ud. se tranquilice, repetiré que la lucha apenas está empeñada; que Ud. ve las cosas más adelantadas de lo que están.

No hay el menor indicio de que Pepita Jiménez me quiera. Y aunque me quisiese, sería de otro modo que como querían las mujeres que Ud. cita para mi ejemplar escarmiento. Una señora, bien educada y honesta, en nuestros días, no es tan inflamable y desaforada como esas matronas de que están llenas las historias antiguas.

Otro punto toca Ud. en su carta que me anima y lisonjea en extremo. Condena Ud. como debe el sentimentalismo exagerado y la propensión a enternecerme y a llorar por motivos pueriles de que le dije padecía a veces; pero esta afeminada pasión de ánimo, ya que existe en mí, importando desecharla, celebra Ud. que no se mezcle con la oración y la meditación y las contamine. Ud. reconoce y aplaude en mí la energía verdaderamente varonil, que debe haber en el afecto y en la mente que anhelan elevarse a Dios.

Sí; tiene Ud. razón de confiar en mí, y de esperar que no he de perderme. En estos últimos días he tenido ocasión de ejercitar mi paciencia en grande y de mortificar mi amor propio del modo más cruel.

Mi padre quiso pagar a Pepita el obsequio de la huerta y la convidó a visitar su quinta del Pozo de la Solana. La expedición fue el 22 de Abril. No se me olvidará esta fecha.

El Pozo de la Solana dista más de dos leguas de este lugar y no hay hasta allí sino camino de herradura. Tuvimos todos que ir a caballo. Yo, como jamás he aprendido a montar, he acompañado a mi padre en todas las anteriores excursiones en una mulita de paso, muy mansa, y que, según la expresión de Dientes, el mulero, es más noble que el oro y más serena que un coche. En el viaje al Pozo de la Solana fui en la misma cabalgadura.

Mi padre, el escribano, el boticario y mi primo Currito, iban en buenos caballos. Mi tía doña Casilda, que pesa más de diez arrobas, en una enorme y poderosa burra con sus jamugas. El señor vicario en una mula mansa y serena como la mía.

En cuanto a Pepita Jiménez, que imaginaba yo que vendría también en burra con jamugas, pues ignoraba que montase, me sorprendió, apareciendo en un caballo tordo muy vivo y fogoso, vestida de amazona y manejando el caballo con destreza y primor notables.

Me alegré de ver a Pepita tan gallarda a caballo; pero desde luego presentí y empezó a mortificarme el desairado papel que me tocaba hacer al lado de la robusta tía doña Casilda y del padre vicario, yendo nosotros a retaguardia, pacíficos y *serenos* como en coche, mientras que la lucida cabalgata caracolearía, correría, trotaría y haría mil evoluciones y escarceos.

Al punto se me antojó que Pepita me miraba compasiva, al ver la facha lastimosa que sobre la mula debía yo de tener. Mi primo Currito me miró con sonrisa burlona, y empezó enseguida a embromarme y atormentarme.

Aplauda Vd. mi resignación y mi valerosa paciencia. A todo me sometí de buen talante, y pronto, hasta las bromas de Currito acabaron, al notar cuán invulnerable yo era. Pero ¡cuánto sufrí por dentro! Ellos corrieron, galoparon, se nos adelantaron a la ida y a la vuelta. El vicario y yo permanecimos siempre *serenos*, como las mulas, sin salir del paso y llevando a doña Casilda en medio.

Ni siquiera tuve el consuelo de hablar con el padre vicario, cuya conversación me es tan grata, ni de encerrarme dentro de mí mismo y fantasear y soñar, ni de admirar a mis solas la belleza del terreno que recorriamos. Doña Casilda es de una locuacidad abominable, y tuvimos que oírla. Nos dijo cuanto hay que saber de chismes del pueblo, y nos habló de todas sus habilidades, y nos explicó el modo de hacer salchichas, morcillas de sesos, hojaldres y otros mil guisos y regalos. Nadie la vence en negocios de cocina y de matanza de cerdos, según ella, sino Antoñona, la nodriza de Pepita Jiménez, y hoy su ama

de llaves y directora de su casa. Yo conozco ya a la tal Antoñona, pues va y viene a casa con recados, y en efecto es muy lista: tan parlanchina como la tía Casilda, pero cien mil veces más discreta.

El camino hasta el Pozo de la Solana es delicioso; pero yo iba tan contrariado, que no acerté a gozar de él. Cuando llegamos a la casería y nos apeamos, se me quitó de encima un gran peso, como si fuese yo quien hubiese llevado a la mula, y no la mula a mí.

Ya a pie, recorrimos la posesión, que es magnífica, variada y extensa. El agua del Pozo de la Solana forma un arroyo claro y abundante, donde vienen a beber todos los pajarillos de las cercanías, y donde se cazan a centenares por medio de espartos con liga, o con red. Allí recordé mis diversiones de la niñez, y cuantas veces había ido yo a cazar pajarillos de la manera expresada.

Siguiendo el curso del arroyo, y sobre todo en las hondonadas, hay muchos álamos y otros árboles altos, que con las matas y yerbas, crean un intrincado laberinto. Andando por aquella espesura, hubo un momento en el cual, no acierto a decir cómo, Pepita y yo nos encontramos solos: yo al lado de ella. Los demás se habían quedado atrás.

Entonces sentí por todo mi cuerpo un estremecimiento. Era la primera vez que me veía a solas con aquella mujer, y en sitio tan apartado, y cuando yo pensaba en las apariciones meridianas, ya siniestras, ya dulces, y siempre sobrenaturales, de los hombres de las edades remotas.

Pepita había dejado en la casería la larga falda de montar, y caminaba con un vestido corto que no estorbaba la graciosa ligereza de sus movimientos. Sobre la cabeza llevaba un sombrero andaluz, colocado con gracia. No temo repetir aquí los elogios de su belleza. En aquellos sitios agrestes se me apareció más hermosa. La cautela, que recomiendan los ascetas, de pensar en ella afeada por los años y por las enfermedades; de figurármela muerta, llena de hedor y podredumbre y cubierta de gusanos, vino, a pesar mío, a mi imaginación; y digo *a pesar mío*, porque no entiendo que tan terrible cautela fuese indispensable. Ninguna idea mala en lo material, ninguna sugestión del espíritu maligno turbó entonces mi razón, ni logró inficionar mi voluntad y mis sentidos.

Lo que sí se me ocurrió fue un argumento para invalidar, al menos en mí, la virtud de esa cautela. La hermosura, obra de un arte soberano y divino, puede ser caduca, efímera, desaparecer en el instante; pero su idea es eterna, y en la mente del hombre vive vida inmortal, una vez percibida. La belleza de esta mujer, tal como hoy se me manifiesta, desaparecerá dentro de breves años: ese cuerpo elegante, esas formas esbeltas, esa noble cabeza, tan gentilmente erguida sobre los hombros, todo será pasto de gusanos inmundos; pero si la materia ha de transformarse, la forma, el pensamiento artístico, la hermosura misma, ¿quién la destruirá? ¿No está en la mente divina? Percibida y conocida por mí, ¿no vivirá en mi alma, vencedora de la vejez y aun de la muerte?

Así meditaba yo, cuando Pepita y yo nos acercamos. Así serenaba yo mi espíritu y mitigaba los celos que Vd. ha sabido infundirme. Yo deseaba y no deseaba a la vez que llegasen los otros. Me complacía y me afligía al mismo tiempo de estar solo con aquella mujer.

La voz argentina de Pepita rompió el silencio, y, sacándome de mis meditaciones, dijo:

-¡Qué callado y qué triste está Ud., señor D. Luis! Me apesadumbra el pensar que tal vez por culpa mía, en parte al menos, da a Ud. hoy un mal rato su padre trayéndole a estas soledades, y sacándole de otras más apartadas, donde no tendrá Ud. nada que le distraiga de sus oraciones y piadosas lecturas.

Yo no sé lo que contesté a esto. Hube de contestar alguna sandez, porque estaba turbado; y ni quería hacer un cumplimento a Pepita, diciendo galanterías profanas, ni quería tampoco contestar de un modo grosero.

Ella prosiguió:

-Ud. me ha de perdonar si soy maliciosa, pero se me figura que, además del disgusto de verse separado hoy de sus ocupaciones favoritas, hay algo más que contribuye poderosamente a su mal humor.

-¿Qué es ese algo más? -dije yo-, pues Ud. lo descubre todo o cree descubrirlo.

-Ese algo más -replicó Pepita- no es sentimiento propio de quien va a ser sacerdote tan pronto, pero sí lo es de un joven de veintidós años.

Al oír esto, sentí que la sangre me subía al rostro y que el rostro me ardía. Imaginé mil extravagancias, me creí presa de una obsesión. Me juzgué provocado por Pepita que iba a darme a entender que conocía que yo gustaba de ella. Entonces, mi timidez se trocó en atrevida soberbia, y la miré de hito en hito. Algo de ridículo hubo de haber en mi mirada, pero, o Pepita no lo advirtió o lo disimuló con benévola prudencia, exclamando del modo más sencillo:

-No se ofenda Ud. porque yo le descubra alguna falta. Esta que he notado me parece leve. Ud. está lastimado de las bromas de Currito, y de hacer (hablando profanamente) un papel poco airoso, montado en una mula mansa como el señor vicario, con sus ochenta años, y no en un brioso caballo, como debiera un joven de su edad y circunstancias. La culpa es del señor deán, que no ha pensado en que Ud. aprenda a montar. La equitación no se opone a la vida que Ud. piensa seguir, y yo creo que su padre., ya que está Ud. aquí, debiera en pocos días enseñarle. Si Ud. va a Persia, o a China, allí no hay ferrocarriles aún, y hará una triste figura cabalgando mal. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros, merced a esta torpeza, y luego sea más difícil de lograr el fruto de las predicaciones.

Estos y otros razonamientos más adujo Pepita para que yo aprendiese a montar a caballo, y quedé tan convencido de lo útil que es la equitación para un misionero, que le prometí aprender enseguida, tomando a mi padre por maestro.

-En la primera nueva expedición que hagamos -le dije-, he de ir en el caballo más fogoso de mi padre, y no en la mulita de paso en que voy ahora.

-Mucho me alegraré -replicó Pepita con una sonrisa de indecible suavidad.

En esto llegaron todos al sitio en que estábamos, y yo me alegré en mis adentros, no por otra cosa, sino por temor de no acertar a sostener la conversación, y de salir con doscientas mil simplicidades por mi poca o ninguna práctica de hablar con mujeres.

Después del paseo, sobre la fresca yerba y en el más lindo sitio junto al arroyo, nos sirvieron los criados de mi padre una rústica y abundante merienda. La conversación fue muy animada, y Pepita mostró mucho ingenio y discreción. Mi primo Currito volvió a embromarme sobre mi manera de cabalgar y sobre la mansedumbre de mi mula: me llamó *teólogo*, y me dijo que sobre aquella mula parecía que iba yo repartiendo bendiciones. Esta vez, ya con el firme propósito de hacerme jinete, contesté a las bromas con desenfado picante. Me callé, con todo, el compromiso contraído de aprender la equitación. Pepita, aunque en nada habíamos convenido, pensó sin duda como yo que importaba el sigilo para sorprender luego cabalgando bien, y nada dijo de nuestra conversación. De aquí provino, natural y sencillamente, que existiera un secreto entre ambos; lo cual produjo en mi ánimo extraño efecto.

Nada más ocurrió aquel día que merezca contarse.

Por la tarde volvimos al lugar, como habíamos venido. Yo, sin embargo, en mi mula mansa y al lado de la tía Casilda, no me aburrí ni entristecí a la vuelta como a la ida. Durante todo el viaje oí a la tía sin cansancio referir sus historias, y por momentos me distraje en vagas imaginaciones.

Nada de lo que en mi alma pasa debe ser un misterio para Ud. Declaro que la figura de Pepita era como el centro, o mejor dicho, como el núcleo y el foco de estas imaginaciones vagas.

Encuentro tan natural como el de Pepita se trastrocaba en mi mente en algo de prodigio. Por un momento, al notar la consistencia de esta imaginación, me creí obseso; me figuré, como era evidente, que en los pocos minutos que había estado a solas con Pepita junto al arroyo de la Solana, nada había ocurrido que no fuese natural y vulgar; pero que después, conforme iba yo caminando tranquilo en mi mula, algún demonio se agitaba invisible en torno mío, sugiriéndome mil disparates.

Aquella noche dije a mi padre mi deseo de aprender a montar. No quise ocultarle que Pepita me había excitado a ello. Mi padre tuvo una alegría extraordinaria. Me abrazó, me besó, me dijo que ya no era Ud. solo mi maestro, que él también iba a tener el gusto de enseñarme algo. Me aseguró, por último, que en dos o tres semanas haría de mí el mejor caballista de toda Andalucía; capaz de ir a Gibraltar por contrabando y de volver de allí, burlando al resguardo, con una coracha de tabaco y con un buen alijo de algodones: apto, en suma, para pasmar a todos los jinetes que se lucen en las ferias de Sevilla y de Mairena, y para oprimir los lomos de Babieca, de Bucéfalo, y aun de los propios caballos del Sol, si por acaso bajaban a la tierra y podía yo asirlos de la brida.

Ignoro qué pensará Ud. de este arte de la equitación que estoy aprendiendo; pero presumo que no lo tendrá por malo.

¡Si viera Ud. qué gozoso está mi padre y cómo se deleita enseñándome! Desde el día siguiente al de la expedición que he referido, doy dos lecciones diarias. Día hay, durante el cual, la lección es perpetua, porque nos le pasamos a caballo. La primera semana fueron las lecciones en el corralón de casa, que está desempedrado y sirvió de picadero.

Ya salimos al campo, pero procurando que nadie nos vea. Mi padre no quiere que me muestre en público hasta que pame por lo bien plantado, según él dice. Si su vanidad de padre no le engaña, esto será muy pronto porque tengo una disposición maravillosa para ser buen jinete.

-¡Bien se ve que eres mi hijo! -exclama mi padre con júbilo al contemplar mis adelantos.

Es tan bueno mi padre, que espero que Ud. le perdonará su lenguaje profano y sus chistes irreverentes. Yo me aflijo en lo interior de mi alma, pero lo sufro todo.

Con las continuadas y largas lecciones estoy que da lástima de agujetas. Mi padre me recomienda que escriba a Ud. que me abro las carnes a disciplinazos.

Como dentro de poco sostiene que me dará por enseñado, y no desea jubilarse de maestro, me propone otros estudios extravagantes y harto impropios de un futuro sacerdote. Unas veces quiere enseñarme a derribar, para llevarme luego a Sevilla, donde dejaré bizcos a los ternes y gente del bronce, con la garrocha en la mano, en los llanos de Tablada. Otras veces se acuerda de sus mocedades y de cuando fue guardia de corps, y dice que va a buscar sus floretes, guantes y caretas y a enseñarme la esgrima. Y por último, presumiendo también mi padre de manejar como nadie una navaja, ha llegado a ofrecermme que me comunicará esta habilidad.

Ya se hará Vd. cargo de lo que yo contesto a tamañas locuras. Mi padre replica que en los buenos tiempos antiguos, no ya los clérigos, sino hasta los obispos andaban a caballo acuchillando infieles. Yo observo que eso podía suceder en las edades bárbaras, pero que ahora no deben los ministros del Altísimo saber esgrimir más armas que las de la persuasión. -Y cuando la persuasión no basta -añade mi padre-, ¿no viene bien corroborar un poco los argumentos a linternazos? -El misionero completo, según entiende mi padre, debe en ocasiones apelar a estos medios heroicos; y como mi padre ha leído muchos romances e historas, cita ejemplos en apoyo de su opinión. Cita en primer lugar a Santiago, quien sin dejar de ser apóstol más acuchilla a los moros, que les predica y persuade en su caballo blanco; cita a un señor de la Vera, que fue con una embajada de los Reyes Católicos para Boabdil, y que en el patio de los Leones se enredó con los moros en disputas teológicas, y, apurado ya de razones, sacó la espada y arremetió contra ellos para acabar de convertirlos; y cita, por último, al hidalgo vizcaíno D. Íñigo de Loyola, el cual, en una controversia que tuvo con un moro sobre la pureza de María Santísima, hartó ya de las impías y horrorosas blasfemias con que el moro le contradecía, se fue sobre él, espada en mano, y si el moro no se salva por pies, le infunde el convencimiento en el alma por estilo tremendo. Sobre el lance de San Ignacio, contesto yo a mi padre, que fue antes de que el santo se hiciera sacerdote, y sobre los otros ejemplos digo que no hay paridad.

En suma, yo me defiendo como puedo de las bromas de mi padre y me limito a ser buen jinete, sin estudiar esas otras artes, tan impropias de los clérigos, aunque mi padre asegura que no pocos clérigos españoles las saben y las ejercen a menudo en España, aun en el día de hoy, a fin de que la fe triunfe y se conserve o restaure la unidad católica.

Me pesa en el alma de que mi padre sea así; de que hable con irreverencia y burla de las cosas más serias; pero no incumbe a un hijo respetuoso el ir más allá de lo que voy en reprimir sus desahogos un tanto volterianos. Los llamo un tanto volterianos, porque no acierto a calificarlos bien. En el fondo, mi padre es buen católico y esto me consuela.

Ayer fue día de la Cruz y estuvo el lugar muy animado. En cada calle hubo seis o siete cruces de Mayo llenas de flores. Era un mar de flores el que engalanaba la cruz.

Por la noche tuvimos fiesta en casa de Pepita. La cruz, que había estado en la calle, se colocó en una gran sala baja, donde hay piano, y nos dio Pepita un espectáculo sencillo y poético que yo había visto cuando niño, aunque no lo recordaba.

De la cabeza de la cruz pendían siete listones o cintas anchas, dos blancas, dos verdes y tres encarnadas, que son los colores simbólicos de las virtudes teologales. Ocho niños de cinco o seis años, representando los Siete Sacramentos, asidos de las siete cintas que pendían de la cruz, bailaron a modo de una contradanza muy bien ensayada. El bautismo era un niño vestido de catecúmeno con su túnica blanca; el orden otro niño de sacerdote; la confirmación, un obispito; la extremaunción, un peregrino con bordón y esclavina llena de conchas; el matrimonio, un novio y una novia, y un Nazareno con cruz y corona de espinas, la penitencia.

La tertulia continuó hasta las doce, y hubo refresco; esto es, tacillas de almíbar, y, por último, chocolate con torta de bizcocho y agua con azucarillos.

El retiro y la soledad de Pepita van olvidándose desde que volvió la primavera, de lo cual mi padre está muy contento. De aquí en adelante, Pepita recibirá todas las noches, y mi padre quiere que yo sea de la tertulia.

Pepita ha dejado el luto, y está ahora más galana y vistosa, con trajes ligeros y casi de verano, aunque siempre muy modestos.

Tengo la esperanza de que lo más que mi padre me retendrá ya por aquí será todo este mes. En Junio nos iremos juntos a esa ciudad; y ya Vd. verá cómo libre de Pepita, que no piensa en mí, ni se acordará de mí para malo ni para bueno, tendré el gusto de abrazar a Vd. y de lograr la dicha de ser sacerdote.

7 de Mayo.

Todas las noches, de nueve a doce, tenemos, como ya indiqué a Ud., tertulia en casa de Pepita. Van cuatro o cinco señoras y otras tantas señoritas del lugar, contando con la tía Casilda, y van también seis o siete caballeros, que suelen jugar a juegos de prendas con las niñas. Como es natural, hay tres o cuatro noviazgos.

La gente formal de la tertulia es la de siempre. Se compone, como si dijéramos, de los altos funcionarios: de mi padre, que es el cacique, del boticario, del médico, del escribano y del señor vicario. Pepita juega al póker con mi padre, con el señor vicario y con algún otro.

Yo no sé de qué lado ponerme. Si me voy con la gente joven estorbo con mi gravedad en sus juegos y enamoramientos. Si me voy con el estado mayor, tengo que hacer el papel de mirón en una cosa que no entiendo. Yo no sé más juegos de naipes que el burro ciego, el burro con vista, y un poco de tute o brisca cruzada.

Lo mejor sería que yo no fuese a la tertulia: pero mi padre se empeña en que vaya. Con no ir, según él, me pondría en ridículo.

Muchos extremos de admiración hace mi padre al notar mi ignorancia de ciertas cosas. Esto de que yo no sepa jugar al póker, siquiera al tresillo, le tiene maravillado.

-Tu tío te ha criado -me dice- debajo de un fanal, haciéndote tragar teología y más teología, y dejándote a oscuras de lo demás que hay que saber. Por lo mismo que vas a ser clérigo y que no podrás bailar ni enamorar en las reuniones, necesitas jugar al póker. Si no, ¿qué vas a hacer, desdichado?

A estos y otros discursos por el estilo he tenido que rendirme, y mi padre me está enseñando en casa a jugar al póker, para que, no bien lo sepa, lo juegue en la tertulia de Pepita. También, como ya le dije a Ud., ha querido enseñarme la esgrima, y después a fumar y a tirar la pistola y a la barra; pero en nada de esto he consentido yo.

-¡Qué diferencia -exclama mi padre-, entre tu mocedad y la mía!

Y luego añade riéndose:

-En sustancia, todo es lo mismo. Yo también tenía mis horas canónicas en el cuartel de guardias de Corps: el cigarro era el incensario, la baraja el libro de coro, y nunca me faltaban otras devociones y ejercicios más o menos espirituales.

Aunque Vd. me tenía prevenido acerca de estas genialidades de mi padre, y de que por ellas había estado yo con Ud. doce años, desde los diez a los veintidós, todavía me aturden y desazonan los dichos de mi padre, sobrado libres a veces. Pero ¿qué le hemos de hacer? Aunque no puedo censurárselos, tampoco se los aplaudo ni se los río.

Lo singular y plausible es que mi padre es otro hombre cuando está en casa de Pepita. Ni por casualidad se le escapa una sola frase, un solo chiste de estos que prodiga tanto en otros lugares. En casa de Pepita es mi padre el propio comedimiento. Cada día parece además más prendado de ella y con mayores esperanzas del triunfo.

Sigue mi padre contentísimo de mí como discípulo de equitación. Dentro de cuatro o cinco días asegura que podré ya montar en Lucero, caballo negro, hijo de un caballo árabe y de una yegua de la casta de Guadalcazar, saltador, corredor, lleno de fuego y adiestrado en todo linaje de corvetas.

-Quien eche a Lucero los calzones encima -dice mi padre-, ya puede apostarse a montar con los propios centauros; y tú le echarás calzones encima dentro de poco.

Aunque me paso todo el día en el campo a caballo, en el casino y en la tertulia, robo algunas horas al sueño, ya voluntariamente, ya porque me desvelo, y medito en mi posición y hago examen de conciencia. La imagen de Pepita está siempre presente en mi alma. ¿Será esto amor?, me pregunto.

Mi compromiso moral, mi promesa de consagrarme a los altares, aunque no confirmada, es para mí valedera y perfecta. Si algo que se oponga al cumplimiento de esa promesa ha penetrado en mi alma, es necesario combatirlo.

Desde luego noto, y no me acuse Ud. de soberbia porque le digo lo que noto, que el imperio de mi voluntad, que Vd. me ha enseñado a ejercer, es omnímodo sobre todos mis sentidos.

No me obceco, con todo. Veo claro, distingo, no me alucino. Por cima de esta inclinación espiritual que me arrastra hacia Pepita está el amor de lo infinito y de lo eterno. Aunque yo me represente a Pepita como una idea, como una poesía, no deja de ser la idea, la poesía de algo finito, limitado, concreto, mientras que el amor de Dios y el concepto de Dios todo lo abarcan. Pero por más esfuerzos que hago, no acierto a revestir de una forma imaginaria ese concepto supremo, objeto de un afecto superiorísimo, para que luche con la imagen, con el recuerdo de la beldad caduca y efímera que de continuo me atosiga. Fervorosamente pido al cielo que se despierte en mí la fuerza imaginativa y cree una semejanza, un símbolo de ese concepto que todo lo comprende, a fin de que absorba y ahogue la imagen, el recuerdo de esta mujer. Es vago, es oscuro, es indescriptible, es como tiniebla profunda el más alto concepto, blanco de mi amor; mientras que ella se me representa con determinados contornos, clara, evidente, luminosa con la luz velada que resisten los ojos del espíritu, no luminosa con la otra luz intensísima que para los ojos del espíritu es como tinieblas.

Toda otra consideración, toda otra forma, no destruye la imagen de esta mujer. Entre el Crucifijo y yo se interpone; entre la imagen devotísima de la Virgen y yo se interpone; sobre la página del libro espiritual que leo viene también a interponerse.

No creo, sin embargo, que estoy haciendo de lo que llaman amor en el siglo. Y aunque lo estuviera, yo lucharía y vencería.

La vista diaria de esa mujer y el oír cantar sus alabanzas de continuo, hasta al padre vicario, me tienen preocupado; divierten mi espíritu hacia lo profano y le alejan de su debido recogimiento; pero no, yo no amo a Pepita todavía. Me iré y la olvidaré.

Mientras aquí permanezca, combatiré con valor. Combatiré con Dios para vencerle por el amor y el rendimiento. Mis clamores llegarán a él como inflamadas saetas y derribarán el escudo con que se defiende y oculta a los ojos de mi alma. Yo pelearé como Israel en el silencio de la noche, y Dios me llagará en el muslo y me quebrantará en ese combate, para que yo sea vencedor siendo vencido.

12 de Mayo.

Antes de lo que yo pensaba, querido tío, me decidió mi padre a que montase en Lucero. Ayer, a las seis de la mañana, cabalgué en esta hermosa fiera, como le llama mi padre, y me fui con mi padre al campo. Mi padre iba caballero en una jaca alazana.

Lo hice tan bien, fui tan seguro y apuesto en aquel soberbio animal, que mi padre no pudo resistir a la tentación de lucir a su discípulo, y después de reposarnos en un cortijo que tiene a media legua de aquí, y a eso de las once, me hizo volver al lugar y entrar por lo más concurrido y céntrico, metiendo mucha bulla y desempedrando las calles. No hay que afirmar que pasamos por la de Pepita, quien de algún tiempo a esta parte se va haciendo algo ventanera y estaba a la reja, en una ventana baja, detrás de la verde celosía.

No bien sintió Pepita el ruido y alzó los ojos y nos vio, se levantó, dejó la costura que traía entre manos y se puso a mirarnos. Lucero, que, según he sabido después, tiene ya la costumbre de hacer piernas cuando pasa por delante de la casa de Pepita, empezó a retozar y a levantarse un poco de manos. Yo quise calmarle, pero como extrañase las mías, y también extrañase al jinete, despreciándole tal vez, se alborotó más y más y empezó a dar resoplidos, a hacer corvetas y aun a dar algunos botes; pero yo me tuve firme y sereno, mostrándole que era su amo, castigándole con la espuela, tocándole con el látigo en el pecho y reteniéndole por la brida. Lucero, que casi se había puesto de pie sobre los cuartos traseros, se humilló entonces hasta doblar mansamente las rodillas haciendo una reverencia.

La turba de curiosos, que se había agrupado alrededor, rompió en estrepitosos aplausos. Mi padre dijo:

-¡Bien por los mozos crudos y de arrestos!

Y notando después que Currito, que no tiene otro oficio que el de paseante, se hallaba entre el concurso, se dirigió a él con estas palabras:

-Mira, arrastrado; mira al *teólogo* ahora, y, en vez de burlarte, quédate patitieso de asombro.

En efecto, Currito estaba con la boca abierta, inmóvil, verdaderamente asombrado.

Mi triunfo fue grande y solemne, aunque impropio de mi carácter. La inconveniencia de este triunfo me infundió vergüenza. El rubor coloró mis mejillas. Debí ponerme encendido como la grana, y más aún cuando advertí que Pepita me aplaudía y me saludaba cariñosa, sonriendo y agitando sus lindas manos.

En fin, he ganado la patente de hombre recio y de jinete de primera calidad.

Mi padre no puede estar más satisfecho y orondo; asegura que está completando mi educación; que usted le ha enviado en mí un libro muy sabio, pero en borrador y desencuadernado, y que él está poniéndome en limpio y encuadernándome.

El póker, si es parte de la encuadernación y de la limpieza, también está ya aprendido.

Dos noches he jugado con Pepita.

La noche que siguió a mi hazaña ecuestre, Pepita me recibió entusiasmada, e hizo lo que nunca había querido ni se había atrevido a hacer conmigo: me alargó la mano.

No crea Ud. que no recordé lo que recomiendan tantos y tantos moralistas y ascetas; pero, allá en mi mente, pensé que exageraban el peligro. Aquello del Espíritu Santo de que el que echa mano a una mujer se expone como si cogiera un escorpión, me pareció dicho en otro sentido. Sin duda que en los libros devotos, con la más sana intención, se interpretan harto duramente ciertas frases y sentencias de la Escritura. ¿Cómo entender, si no, que la hermosura de la mujer, obra tan perfecta de Dios, es causa de perdición siempre? ¿Cómo entender tampoco, en sentido general y constante, que la mujer es más amarga que la muerte? ¿Cómo entender que el que toca a una mujer, en toda ocasión y con cualquier pensamiento que sea, no saldrá sin mancha?

En fin, yo respondí rápidamente dentro de mi alma a estos y otros avisos, y tomé la mano que Pepita cariñosamente me alargaba y la estreché en la mía. La suavidad de aquella mano me hizo comprender mejor su delicadeza y primor, que hasta entonces no conocía sino por los ojos.

Según los usos del siglo, dada ya la mano una vez, la debe uno dar siempre, cuando llega y cuando se despide. Espero que en esta ceremonia, en esta prueba de amistad, en esta manifestación de afecto, si se procede con pureza y sin el menor átomo de livianidad, no verá Ud. nada malo ni peligroso.

Como mi padre tiene que estar muchas noches con el aperador y con otra gente de campo, y hasta las diez y media o las once suele no verse libre yo le sustituyo en la mesa del póker al lado de Pepita. El señor vicario y el escribano son casi siempre los otros tercios. Jugamos a décimo de real, de modo que un duro o dos es lo más que se atraviesa en la partida.

Mediando, como media, tan poco interés en el juego, lo interrumpimos continuamente con agradables conversaciones y hasta con discusiones sobre puntos extraños al mismo juego, en todo lo cual demuestra siempre Pepita una lucidez de entendimiento, una viveza de imaginación y una tan extraordinaria gracia en el decir, que no pueden menos de maravillarme.

No hallo motivo suficiente para variar de opinión respecto a lo que ya he dicho a Ud. contestando a sus recelos de que Pepita puede sentir cierta inclinación hacia mí. Me trata con el afecto natural que debe tener al hijo de su pretendiente D. Pedro de Vargas, y con la timidez y encogimiento que inspira un hombre en mis circunstancias; que no es sacerdote aún, pero que pronto va a serlo.

Quiero y debo, no obstante, decir a Ud., ya que le escribo siempre como si estuviese de rodillas delante de Ud. a los pies del confesionario, una rápida impresión que he sentido dos o tres veces; algo que tal vez sea una alucinación o un delirio, pero que he notado.

Ya he dicho a Ud. en otras cartas que los ojos de Pepita, verdes como los de Circe, tienen un mirar tranquilo y honestísimo. Se diría que ella ignora el poder de sus ojos y no sabe que sirven más que para ver. Pues bien, a pesar de esto, yo he creído notar dos o tres veces un resplandor instantáneo, un relámpago, una llama fugaz devoradora en aquellos ojos que se posaban en mí. ¿Será vanidad ridícula sugerida por el mismo demonio?

Me parece que sí: quiero creer y creo que sí.

Lo rápido, lo fugitivo de la impresión, me induce a conjeturar que no ha tenido nunca realidad extrínseca; que ha sido ensueño mío.

La calma del cielo, el frío de la indiferencia amorosa, si bien templado por la dulzura de la amistad y de la caridad, es lo que descubro siempre en los ojos de Pepita.

Me atormenta, no obstante, este ensueño, esta alucinación de la mirada extraña y ardiente.

Mi padre dice que no son los hombres sino las mujeres las que toman la iniciativa, y que la toman sin responsabilidad, y pudiendo negar y volverse atrás cuando quieren. Según mi padre, la mujer es quien se declara por medio de miradas fugaces, que ella misma niega más tarde a su propia conciencia si es menester, y de las cuales, más que leer, logra el hombre a quien van dirigidas adivinar el significado. De esta suerte, casi por medio de una conmoción eléctrica, casi por medio de una sutilísima e inexplicable intuición se percata el que es amado de que es amado, y luego, cuando se resuelve a hablar, va ya sobre seguro y con plena confianza de la correspondencia.

¿Quién sabe si estas teorías de mi padre, oídas por mí, porque no puedo menos de oírlas, son las que me han calentado la cabeza y me han hecho imaginar lo que no hay?

De todos modos, me digo a veces, ¿sería tan absurdo, tan imposible que lo hubiera? Y si lo hubiera, si yo agradase a Pepita de otro modo que como amigo, si la mujer a quien mi padre pretende se prendase de mí, ¿no sería espantosa mi situación?

Desechemos estos temores fraguados sin duda por la vanidad. No hagamos de Pepita una Fedra y de mí un Hipólito.

Lo que sí empieza a sorprenderme es el descuido y plena seguridad de mi padre. Perdone usted, pídale a Dios que perdone mi orgullo; de vez en cuando me pica y enoja la tal seguridad. Pues qué, me digo, ¿soy tan adefesio para que mi padre no tema que, a pesar de mi supuesta santidad, o por mi misma supuesta santidad, no pueda yo enamorar, sin querer, a Pepita?

Hay un curioso raciocinio, que yo me hago, y por donde me explico, sin lastimar mi amor propio, el descuido paterno en este asunto importante. Mi padre, aunque sin fundamento, se va considerando ya como marido de Pepita, y empieza a participar de aquella ceguedad funesta que Asmodeo u otro demonio más torpe infunde a los maridos. Las historias profanas y eclesiásticas están llenas de esta ceguedad, que Dios permite, sin duda para fines providenciales. Sería una falta de respeto, pecaría yo de presumido e insolente, si advirtiese a mi padre del peligro que no ve. No hay medio de que yo le diga nada. Además, ¿qué había yo de decirle? ¿Que se me figura que una o dos veces Pepita me ha mirado de otra manera que como suele mirar? ¿No puede ser esto ilusión mía? No; no tengo la menor prueba de que Pepita desee siquiera coquetear conmigo.

¿Qué es, pues, lo que entonces podría yo decir a mi padre? ¿Había de decirle que yo soy quien está enamorado de Pepita, que yo codicio el tesoro que ya él tiene por suyo? Esto no es verdad; y sobre todo, ¿cómo declarar esto a mi padre, aunque fuera verdad, por mi desgracia y por mi culpa?

Lo mejor es callarme; combatir en silencio, si la tentación llega a asaltarme de veras; y tratar de abandonar cuanto antes este pueblo y de volverme con Ud.

19 de Mayo.

Gracias a Dios y a Ud. por las nuevas cartas y nuevos consejos que me envía. Hoy los necesito más que nunca.

Razón tiene la mística doctora Santa Teresa cuando pondera los grandes trabajos de las almas tímidas que se dejan turbar por la tentación: pero es mil veces más trabajoso el desengaño para quienes han sido, como yo, confiados y soberbios.

Es cierto: ya no puedo negárselo a Ud. Yo no debí poner los ojos con tanta complacencia en esta mujer peligrosísima.

No me juzgo perdido; pero me siento conturbado.

Como el corzo sediento desea y busca el manantial de las aguas, así mi alma busca a Dios todavía. A Dios se vuelve para que le dé reposo.

Las mortificaciones, el ayuno, la oración, la penitencia serán las armas de que me revista para combatir y vencer con el auxilio divino.

No era sueño, no era locura; era realidad. Ella me mira a veces con la ardiente mirada de que ya he hablado a Ud. Sus ojos están dotados de una atracción magnética inexplicable. Me atrae, me seduce, y se fijan en ella los míos. Mis ojos deben arder entonces, como los suyos, con una llama funesta.

Al mirarnos así, hasta de Dios me olvido. La imagen de ella se levanta en el fondo de mi espíritu, vencedora de todo. Su hermosura resplandece sobre toda hermosura; los deleites del cielo me parecen inferiores a su cariño; una eternidad de penas creo que no paga la bienaventuranza infinita que vierte sobre mí en un momento con una de estas miradas, que pasan cual relámpago.

Cuando vuelvo a casa, cuando me quedo solo en mi cuarto, en el silencio de la noche, reconozco todo el horror de mi situación, y formo buenos propósitos, que luego se quebrantan.

Me prometo a mí mismo fingirme enfermo, buscar cualquier otro pretexto para no ir a la noche siguiente en casa de Pepita, y sin embargo voy.

Mi padre, confiado hasta lo sumo, sin sospechar lo que pasa en mi alma, me dice cuando llega la hora:

-Vete a la tertulia. Yo iré más tarde, luego que despache al aperador.

Yo no atino con la excusa, no hallo el pretexto, y en vez de contestar; -no puedo ir-, tomo el sombrero y voy a la tertulia.

Al entrar, Pepita y yo nos damos la mano, y al dársosla me hechiza. Todo mi ser se muda. Penetra hasta mi corazón un fuego devorante, y ya no pienso más que en ella. Tal vez soy yo mismo quien provoca las miradas si tardan en llegar. La miro con insano ahinco, por un estímulo irresistible, y a cada instante creo descubrir en ella nuevas perfecciones. Ya los hoyuelos de sus mejillas cuando sonríe, ya la blancura sonrosada de la tez, ya la forma recta de la nariz, ya la pequeñez de la oreja, ya la suavidad de contornos y admirable modelado de la garganta.

Entro en su casa, a pesar mío, como evocado por un conjuro; y, no bien entro en su casa, caigo bajo el poder de su encanto; veo claramente que estoy dominado por una maga, cuya fascinación es ineluctable.

No es ella grata a mis ojos solamente, sino que sus palabras suenan en mis oídos como la música de las esferas, revelándome toda la armonía del universo y hasta imagino percibir una sutilísima fragancia, que su limpio cuerpo despide, y que supera al olor de los mastranzos que crecen a orillas de los arroyos y al aroma silvestre del tomillo que en los montes se cría.

Excitado de esta suerte, no sé cómo juego al póker, ni hablo, ni discurro con juicio, porque estoy todo en ella.

Cada vez que se encuentran nuestras miradas, se lanzan en ellas nuestras almas, y en los rayos que se cruzan, se me figura que se unen y compenetran.

Desde el día en que vi a Pepita en el Pozo de la Solana, no he vuelto a verla a solas. Nada le he dicho ni me ha dicho, y sin embargo nos lo hemos dicho todo.

Cuando me sustraigo a la fascinación, cuando estoy solo por la noche en mi aposento, quiero mirar con frialdad el estado en que me hallo, y veo abierto a mis pies el precipicio en que voy a sumirme, y siento que me resbalo y que me hundo.

Me recomienda Ud. que piense en la muerte; no en la de esta mujer, sino en la mía. Me recomienda Ud. que piense en lo inestable, en lo inseguro de nuestra existencia, y en lo que hay más allá. Pero esta consideración y esta meditación ni me atemorizan ni me arredran. ¿Cómo he de temer la muerte cuando deseo morir? El amor y la muerte son hermanos. Ansío confundirme en una de sus miradas; diluir y

evaporar toda mi esencia en el rayo de luz que sale de sus ojos; quedarme muerto mirándola, aunque me condene.

Lo que es aún eficaz en mí contra el amor, no es el temor, sino el amor mismo. Sobre este amor determinado, que ya veo con evidencia que Pepita me inspira, se levanta en mi espíritu el amor divino, en consurrección poderosa. Entonces todo se cambia en mí, y aun me promete la victoria. El objeto de mi amor superior se ofrece a los ojos de mi mente como el sol que todo lo enciende y alumbra llenando de luz los espacios.

Mi vida, desde hace algunos días, es una lucha constante. No sé cómo el mal que padezco no me sale a la cara. Apenas me alimento; apenas duermo. No me queda más recurso que huir. Si en lo que falta para terminar el mes, mi padre no me da su venia y no viene conmigo, me escapo como un ladrón; me fugo sin decir nada.

23 de Mayo.

Soy un vil gusano y no un hombre: soy el oprobio y la abyección de la humanidad; soy un hipócrita.

Me han circundado dolores de muerte, y torrentes de iniquidad me han conturbado.

Vergüenza tengo de escribir a Ud., y no obstante le escribo. Quiero confesárselo todo.

No logro enmendarme. Lejos de dejar de ir a casa de Pepita, voy más temprano todas las noches. Se diría que los demonios me agarran de los pies y me llevan allá sin que yo quiera.

Por dicha, no hallo sola nunca a Pepita. No quisiera hallarla sola. Casi siempre se me adelanta el excelente padre vicario, que atribuye nuestra amistad a la semejanza de gustos piadosos, y la funda en la devoción, como la amistad inocentísima que él le profesa.

El progreso de mi mal es rápido. Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caída, así va mi espíritu ahora.

Cuando Pepita y yo nos damos la mano, no es ya como al principio. Ambos hacemos un esfuerzo de voluntad, y nos transmitimos, por nuestras diestras enlazadas, todas las palpitations del corazón. Ella debe de sentir circular mi vida por sus venas, como yo siento en las mías la suya.

Si estoy cerca de ella, la amo; si estoy lejos, la odio. Su recuerdo me mata. Soñando con ella, sueño que me divide la garganta como Judith al capitán de los asirios. Todas las noches salgo de su casa diciendo: esta será la última noche que vuelva aquí; y vuelvo a la noche siguiente.

Cuando habla, y estoy a su lado, mi alma queda como colgada de su boca. A veces, jugando al póker, se han tocado por acaso nuestras rodillas, y he sentido un indescriptible sacudimiento.

Sáqueme Ud. de aquí. Escriba Ud. a mi padre que me dé licencia para irme. Si es menester, dígaselo todo. Socórrame Ud. ¡Sea Ud. mi amparo!

30 de Mayo.

Dios me ha dado fuerzas para resistir y he resistido.

Hace días que no pongo los pies en casa de Pepita; que no la veo.

Casi no tengo que pretextar una enfermedad porque realmente estoy enfermo. Estoy pálido y ojeroso; y mi padre, lleno de afectuoso cuidado, me pregunta qué padezco y me muestra el interés más vivo.

Meditando sobre el amor, hallo mil motivos para amar a Dios y no amarla.

¿La virtud del amor, me pregunto a veces, es la misma siempre, aunque aplicada a diversos objetos, o bien hay dos linajes y condiciones de amores? Amar a Dios me parece la negación del egoísmo y del exclusivismo. Amándole, puedo y quiero amarlo todo por él, y no me enojo ni tengo celos de que él lo

ame todo. No estoy celoso ni envidioso de los santos, de los mártires, de los bienaventurados, ni de los mismos serafines. Mientras mayor me represento el amor de Dios a las criaturas y los favores y regalos que les hace, menos celoso estoy y más le amo, y más cercano a mí le juzgo, y más amoroso y fino me parece que está conmigo. Mi hermandad, mi más que hermandad con todos los seres, resalta entonces de un modo dulcísimo. Me parece que soy uno con todo, y que todo está enlazado con lazada de amor por Dios y en Dios.

Muy al contrario, cuando pienso en esta mujer y en el amor que me inspira. Es un amor de odio, que me aparta de todo, menos de mí. La quiero para mí; toda para mí y yo todo para ella. Hasta la devoción y el sacrificio por ella son egoístas. Morir por ella sería por desesperación de no lograrla de otra suerte, o por esperanza de no gozar de su amor por completo, sino muriendo y confundiéndome con ella en un eterno abrazo.

Así recobro las fuerzas para resistir a la tentación. Así renace en mí la esperanza de que volveré al antiguo reposo no bien me aparte de estos sitios.

San Buenaventura lo ha dicho: «No debemos admirarnos de que estas personas pecaron, sino de que no pecaron». Yo, con todo, sabré resistir y no pecar. Dios me protege.

6 de Junio.

La nodriza de Pepita, hoy su ama de llaves, es, como dice mi padre, una buena pieza de arrugadillo: picotera, alegre y hábil como pocas. Antoñona, que así se llama, tiene o se toma la mayor confianza con todo el señorío. En todas las casas entra y sale como en la suya. A todos los señoritos y señoritas de la edad de Pepita, o de cuatro o cinco años más, los tutea, los llama niños y niñas, y los trata como si los hubiera criado a sus pechos.

A mí me habla de mira, como a los otros. Viene a verme, entra en mi cuarto, y ya me ha dicho varias veces que soy un ingrato, y que hago mal en no ir a ver a su señora.

Mi padre, sin advertir nada, me acusa de extravagante; me llama búho, y se empeña también en que vuelva a la tertulia. Anoche no pude ya resistirme a sus repetidas instancias, y fui muy temprano, cuando mi padre iba a hacer las cuentas con el aperador.

¡Ojalá no hubiera ido!

Pepita estaba sola.

Incurrí en dos traiciones y en dos falsías, faltado a Dios y a ella.

Soy un ser abominable.

11 de Junio.

Aún es tiempo de remediarlo todo. Pepita sanará de su amor y olvidará la flaqueza que ambos tuvimos.

Desde aquella noche no he vuelto a su casa.

Antoñona no parece por la mía.

A fuerza de súplicas he logrado de mi padre la promesa formal de que partiremos de aquí el 25, pasado el día de San Juan, que aquí se celebra con fiestas lucidas, y en cuya víspera hay una famosa velada.

Lejos de Pepita, me voy serenando, y creyendo que tal vez ha sido una prueba este comienzo de amores.

En todas estas noches he rezado, he velado, me he mortificado mucho.

La persistencia de mis plegarias, la honda contrición de mi pecho han hallado gracia delante del Señor, quien ha mostrado su gran misericordia.

Sí: la imagen profana de esa mujer saldrá definitivamente y para siempre de mi alma. Yo haré un azote durísimo de mis oraciones y penitencias, y con él la arrojaré de allí, como Cristo arrojó del templo a los condenados mercaderes.

18 de Junio.

Ésta será la última carta que yo escriba a Ud.

Dos veces he vuelto a casa de Pepita. He estado frío, severo, como debía estar: pero ¡cuánto me ha costado!

Ayer me dijo mi padre que Pepita está indispuesta y que no recibe.

En seguida me asaltó el pensamiento de que su amor mal pagado podría ser la causa de la enfermedad.

¿Por qué la he mirado con las mismas miradas de fuego con que ella me miraba? ¿Por qué la he engañado vilmente? ¿Por qué la he hecho creer que la quería?

Adiós. Hasta dentro de pocos días, que nos veremos y abrazaremos.

Paralipómenos

Nadie extrañó en el lugar la indisposición de Pepita, ni menos pensó en buscarle una causa. Más bien hubieran podido extrañarse la vida alegre, las tertulias diarias y hasta los paseos campestres de Pepita, durante algún tiempo. El que volviese Pepita a su retiro habitual era naturalísimo.

A nadie le cabía en la cabeza, a nadie le pasaba por la imaginación, que el *teólogo, el santo*, como llamaban a D. Luis, rivalizase con su padre, y hubiera conseguido lo que no había conseguido el terrible y poderoso D. Pedro de Vargas: enamorar a la linda, elegante, esquivia y zahareña viudita.

A los cinco días de la fecha de la última carta que hemos leído, empieza nuestra narración.

Eran las once de la mañana. Pepita estaba en una sala alta al lado de su alcoba y de su tocador, donde nadie, salvo Antoñona, entraba jamás sin que llamase ella.

Los muebles de aquella sala eran de poco valor, pero cómodos y aseados.

Aquella sala era el retiro de Pepita, donde no entraban de día sino el médico y el padre vicario, y donde a prima noche entraba sólo el aperador a dar sus cuentas. Aquella sala era y se llamaba el despacho.

Pepita estaba sentada, casi recostada en un sofá, delante del cual había un velador pequeño con varios libros.

Se acababa de levantar, y vestía una ligera bata de verano. Su cabello rubio, mal peinado aún, parecía más hermoso en su mismo desorden. Su cara, algo pálida y con ojeras, si bien llena de juventud, lozanía y frescura, parecía más bella con el mal que le robaba colores.

Pepita mostraba impaciencia; aguardaba a alguien.

Al fin llegó y entró sin anunciarse la persona que aguardaba, era el padre vicario.

Después de los saludos de costumbre, y arrellanado el padre vicario en una butaca al lado de Pepita, se entabló la conversación.

-Me alegre, hija mía, de que me hayas llamado; pero sin que te hubieras molestado en llamarme, ya iba yo a venir a verte. ¡Qué pálida estás! ¿Qué padeces? ¿Tienes algo importante que decirme?

A esta serie de preguntas cariñosas, empezó a contestar Pepita con un hondo suspiro. Después dijo:

-¿No adivina Ud. mi enfermedad? ¿No descubre Ud. la causa de mi padecimiento?

El vicario se encogió de hombros y miró a Pepita con cierto susto, porque nada sabía, y le llamaba la atención la vehemencia con que ella se expresaba.

Pepita prosiguió:

-Padre mío, yo no debí llamar a Ud., sino ir a la iglesia y hablar con Ud. en el confesionario, y allí confesar mis pecados. Por desgracia no estoy arrepentida; mi corazón se ha endurecido en la maldad, y no he tenido valor ni me he hallado dispuesta para hablar con el confesor, sino con el amigo.

-¿Qué dices de pecados, ni de dureza de corazón? ¿Estás loca? ¿Qué pecados han de ser los tuyos, si eres tan buena?

-No, padre, yo soy mala. He estado engañando a Ud., engañándome a mí misma, queriendo engañar a Dios.

-Vamos, cálmate, serénate; habla con orden y con juicio para no decir disparates.

-¿Y cómo no decirlos, cuando el espíritu del mal me posee?

-¡Ave María Purísima! Muchacha, no desatines. Mira, hija mía: tres son los demonios más temibles que se apoderan de las almas, y ninguno de ellos, estoy seguro, se puede haber atrevido a llegar hasta la tuya. El uno es Leviatán, o el espíritu de la soberbia; el otro Mamón, o el espíritu de la avaricia; el otro Asmodeo, o el espíritu de los amores impuros.

-Pues de los tres soy víctima: los tres me dominan.

-¡Qué horror!... Repito que te calmes. De lo que tú eres víctima es de un delirio.

-¡Pluguiese a Dios que así fuera! Es por mi culpa lo contrario. Soy avarienta, porque poseo cuantiosos bienes y no hago las obras de caridad que debiera hacer; soy soberbia, porque he despreciado a muchos hombres, no por virtud, no por honestidad, sino porque no los hallaba acreedores a mi cariño. Dios me ha castigado; Dios ha permitido que ese tercer enemigo, de que Ud. habla, se apodere de mí.

-¿Cómo es eso, muchacha? ¿Qué diablura se te ocurre? ¿Estás enamorada quizás? Y si lo estás, ¿qué mal hay en ello? ¿No eres libre? Cásate, pues, y déjate de tonterías. Seguro estoy de que mi amigo D. Pedro de Vargas ha hecho el milagro. ¡El demonio es el tal D. Pedro! Te declaro que me asombra. No juzgaba yo el asunto tan mollar y tan maduro como estaba.

-Pero si no es D. Pedro de Vargas de quien estoy enamorada.

-¿Pues de quién entonces?

Pepita se levantó de su asiento; fue hacia la puerta; la abrió; miró para ver si alguien escuchaba desde fuera; la volvió a cerrar; se acercó luego al padre vicario, y toda acongojada, con voz trémula, con lágrimas en los ojos, dijo casi al oído del buen anciano:

-Estoy perdidamente enamorada de su hijo.

-¿De qué hijo? -interrumpió el padre vicario, que aún no quería creerlo.

-¿De qué hijo ha de ser? Estoy perdida, enamorada de D. Luis.

La consternación, la sorpresa más dolorosa se pintó en el rostro del cándido y afectuoso sacerdote.

Hubo un momento de pausa. Después dijo el vicario:

-Pero ese es un amor sin esperanza: un amor imposible. D. Luis no te querrá.

Por entre las lágrimas que nublaban los hermosos ojos de Pepita, brilló un alegre rayo de luz; su linda y fresca boca, contraída por la tristeza, se abrió con suavidad, dejando ver las perlas de sus dientes y formando una sonrisa.

-Me quiere -dijo Pepita con un ligero y mal disimulado acento de satisfacción y de triunfo, que se alzaba por cima de su dolor y de sus escrúpulos.

Aquí subieron de punto la consternación y el asombro del padre vicario. Todavía miró a Pepita con incredulidad, como dudando de que aquello fuese cierto y no una alucinación de la vanidad mujeril. Tan de firme creía en la santidad de D. Luis y en su misticismo.

-¡Me quiere! -dijo otra vez Pepita, contestando a aquella incrédula mirada.

-¡Las mujeres son peores que ...! -dijo el vicario-.

-¿No se lo decía yo a Ud.? ¡Yo soy muy mala!

-¡Sea todo por Dios! Vamos, sosiégate. La misericordia de Dios es infinita. Cuéntame lo que ha pasado.

-¡Qué ha de haber pasado! Que le quiero; que él me quiere también, aunque lucha por sofocar su amor y tal vez lo consiga; y que Ud., sin saberlo, tiene mucha culpa de todo.

-¡Pues no faltaba más! ¿Cómo es eso de que tengo yo mucha culpa?

-Con la extremada bondad que le es propia, no ha hecho Ud. más que alabarme a D. Luis, y tengo por cierto que a D. Luis le habrá hecho de mí mayores elogios aún, si bien hartos menos merecidos. ¿Qué había de suceder? ¿Soy yo de bronce? ¿Tengo más de veinte años?

-Tienes razón que te sobra. Soy un mentecato. He contribuido poderosamente a esta obra de Lucifer.

El padre vicario era tan bueno y tan humilde que, al decir las anteriores frases, estaba confuso y contrito, como si él fuese el reo y Pepita el juez.

Conoció Pepita el egoísmo rudo con que había hecho cómplice y punto menos que autor principal de su falta al padre vicario, y le habló de esta suerte:

-No se aflija, padre mío; no se aflija usted. ¡Mire si soy perversa! ¡Cometo pecados gravísimos y quiero hacer responsable de ellos al mejor y más virtuoso de los hombres! No han sido las alabanzas que Ud. me ha hecho de D. Luis sino mis ojos y mi poco recato los que me han perdido. Aunque Ud. no me hubiera hablado jamás de las prendas de D. Luis, de su saber, de su talento, yo lo hubiera descubierto todo oyéndole hablar, pues al cabo no soy tan tonta ni tan rústica. Me he fijado además en la gallardía de su persona, en la natural distinción y no aprendida elegancia de sus modales, en sus ojos llenos de fuego y de inteligencia, en todo él, en suma, que me parece amable y deseable. El más elocuente encomio que me ha hecho Ud. de D. Luis no ha llegado, ni con mucho, al encomio que sin palabras me hacía yo de él a cada minuto, a cada segundo, dentro del alma.

-¡No te exaltes, hija mía! -interrumpió el padre vicario.

Pepita continuó con mayor exaltación:

-¡Pero qué diferencia entre los encomios de usted y mis pensamientos! Ud. veía y trazaba en don Luis el modelo ejemplar del sacerdote, del misionero. Yo, en cambio, me le representaba galán, enamorado, olvidando a Dios por mí. Yo anhelaba cometer un robo sacrílego. Para cometer este robo he desechado los lutos de la viudez y me he vestido galas profanas; he abandonado mi retiro y he llamado a mí a las gentes; he procurado estar hermosa; y he mirado, por último, a D. Luis con miradas provocantes, y al estrechar su mano he querido transmitir de mis venas a las suyas este fuego inextinguible en que me abraso.

-¡Ay, niña, niña! ¡Qué pena me da lo que te oigo! ¡Quién lo hubiera podido imaginar siquiera!

-Pues hay más todavía -añadió Pepita-. Logré que D. Luis me amase. Me lo declaraba con los ojos. Sí; su amor era tan profundo, tan ardiente como el mío. Su virtud, su aspiración a los bienes eternos, trataban de vencer esta pasión insana. Yo he procurado impedirlo. Una vez, después de muchos días que faltaba de esta casa, vino a verme y me halló sola. Al darme la mano lloré; sin hablar le di a entender mi dolor porque me desdñaba. Entonces no supo él resistir a la tentación y acerco su boca a mi rostro para secar mis lágrimas. Nuestras bocas se unieron. Si Dios no hubiera dispuesto que llegase Ud. en aquel instante, ¿qué hubiera sido de mí?

-¡Qué vergüenza, hija mía! ¡Qué vergüenza! -dijo el padre vicario.

Pepita se cubrió el rostro con entrambas manos y empezó a sollozar como una Magdalena. Las manos eran, en efecto, tan bellas, más bellas que lo que D. Luis había dicho en sus cartas.

El virtuoso vicario comprendió, a pesar de sus ochenta años, la caída o tropiezo de D. Luis.

-¡Muchacha -exclamó-, no seas extremosa! ¡No me partas el corazón! Tranquilízate. D. Luis se ha arrepentido, sin duda, de su pecado. Arrepiéntete tú también, y se acabó. Dios os perdonará y os hará unos santos. Cuando D. Luis se va pasado mañana, clara señal es de que la virtud ha triunfado en él, huye de ti, como debe, para hacer penitencia de su pecado, cumplir su promesa y acudir a su vocación.

-Bueno está eso -replicó Pepita-; cumplir su promesa... acudir a su vocación... ¡y matarme a mí antes! ¿Por qué me ha querido, por qué me ha engañado? ¡Feliz principio quiere dar a sus misiones, predicaciones y triunfos evangélicos! ¡No será! ¡Vive Dios que no será!

Este arranque de ira y de amoroso despecho aturdió al padre vicario.

Pepita se había puesto de pie. Su ademán, su gesto tenían una animación trágica. Fulguraban sus ojos como dos puñales; relucían como dos soles. El vicario callaba y la miraba casi con terror. Ella recorrió la sala a grandes pasos. No parecía ya tímida gacela, sino iracunda leona.

-Pues qué -dijo encarándose de nuevo con el padre vicario-, ¿no hay más que burlarse de mí, destrozarme el corazón después de habérmelo robado por engaño?, ¿por qué me miro prometiéndomelo todo con su mirada? Si ama tanto a Dios, ¿por qué hace mal a una pobre criatura de Dios? ¿Es esto caridad? ¿Es religión esto? No; es egoísmo sin entrañas.

La cólera de Pepita no podía durar mucho. Dichas las últimas palabras, se trocó en desfallecimiento. Pepita se dejó caer en una butaca, llorando más que antes, con una verdadera congoja.

El vicario sintió la más tierna compasión; pero recobró su brío al ver que el enemigo se rendía.

-Pepita, niña -dijo-, vuelve en ti: no te atormentes de ese modo. Considera que él habrá luchado mucho para vencerse; que no te ha engañado; que te quiere con toda el alma, pero que Dios y su obligación están antes. Esta vida es muy breve y pronto se pasa. Hasta tu amor propio debe estar satisfecho. ¡Qué no valdrás tú cuando has hecho vacilar y aun pecar a un hombre como D. Luis! ¡Cuán honda herida no habrás logrado hacer en su corazón! Bástete con esto. ¡Sé generosa; sé valiente! Compíte con él en firmeza. Déjale partir; ámale como a tu prójimo, por el amor de Dios. Hay además motivos mundanos poderosos que se opondrían a estos absurdos amores, aunque la vocación y promesa de D. Luis no se opusieran. Su padre te pretende; aspira a tu mano, por más que tú no le ames. ¿Estará bien visto que

salgamos ahora con que el hijo es rival del padre? ¿No se enojará el padre contra el hijo por amor tuyo? Mira cuán horrible es todo esto, y domínate por Jesús Crucificado.

-¡Qué fácil es dar consejos! -contestó Pepita sosegándose un poco-. ¡Qué difícil me es seguirlos, cuando hay como una fiera y desencadenada tempestad en mi cabeza! ¡Si me da miedo de volverme loca!

-Los consejos que te doy son por tu bien. Deja que D. Luis se vaya. La ausencia es gran remedio para el mal de amores. Él sanará de su pasión entregándose a sus estudios y consagrándose al altar. Tú, así que esté lejos D. Luis, irás poco a poco serenándote, y conservarás de él un grato y melancólico recuerdo, que no te hará daño. Los amores terrenales son poco consistentes. El deleite que la fantasía entrevé, con gozarlos, nada vale comparado con lo amargo.

-¡Padre mío! ¡Padre mío! ¡Qué bueno es usted! Sus santas palabras me prestan valor. Yo me dominaré; ¿no es verdad que sería bochornoso que D. Luis supiera dominarse y yo no? Que se vaya. Se va pasado mañana. Vaya bendito de Dios. Ayer estuvo a despedirse con su padre y no le he recibido. Ya no le veré más. No quiero conservar ni el recuerdo. Estos amores han sido una pesadilla. Yo la arrojaré lejos de mí.

-¡Bien, muy bien! Así te quiero yo, enérgica, valiente.

-¡Ay, padre mío! Dios ha derribado mi soberbia con este golpe; mi engreimiento era insolentísimo, y han sido indispensables los desdenes de ese hombre para que sea yo todo lo humilde que debo.

Pepita, que ya no lloraba y que se había enjugado las lágrimas con el pañuelo, contestó tranquila:

-Está bien, padre. Deseando estoy que venga Antoñona a decirme cuando yo despierte: «Ya se fue D. Luis». Ud. verá cómo renacen entonces la calma y la serenidad antigua en mi corazón.

-Así sea -dijo el padre vicario, y convencido de que había hecho un prodigio y de que había curado casi el mal de Pepita, se despidió de ella, y se fue a su casa, sin poder resistir ciertos estímulos de vanidad al considerar la influencia que ejercía sobre el noble espíritu de aquella preciosa muchacha.

Pepita, que se había levantado para despedir al padre vicario, no bien volvió a cerrar la puerta y quedó sola, dio con su cuerpo lindo y delicado, sobre las losas frías del pavimento. Allí, cubierta la cara con las manos, desatada ya la trenza de sus cabellos, y en desorden la vestidura, continuó en sus sollozos y en sus gemidos.

Antoñona la oyó gemir, antes de entrar y verla, y se precipitó en la sala. Aunque Pepita no fuese una paja, Antoñona la alzó del suelo en sus brazos, como si lo fuera, y la puso con mucho tiento sobre el sofá.

-¿Qué soponcio es éste? -preguntó Antoñona-. Apuesto cualquier cosa a que este zanguango de vicario te ha echado un sermón de acibar y te ha destrozado el alma a pesadumbres.

Pepita seguía llorando y sollozando sin contestar.

-¡Ea! Déjate de llanto y dime lo que tienes. ¿Qué te ha dicho el vicario?

-Nada ha dicho que pueda ofenderme -contestó al fin Pepita. El padre vicario me amonesta con dulzura para que me arrepienta de mis pecados; para que deje partir en paz a don Luis; para que me alegre de su partida; para que le olvide. Yo he dicho que sí a todo. Pero mira, Antoñona, no puedo; es un empeño superior a mis fuerzas. Yo amo a D. Luis, y esta razón es más poderosa que todas las razones. Y si él me ama, ¿por qué no lo deja todo, y me busca, y se viene a mí, y quebranta promesas y anula compromisos? No sabía yo lo que era amor. Ahora lo sé: ¿Qué no haría yo por D. Luis? Y él por mí nada hace. D. Luis no me ama. Yo me engañé: la vanidad me cegó. Si D. Luis me amase, me sacrificaría sus propósitos, sus votos, su fama, sus aspiraciones a ser un santo; todo me lo sacrificaría. Dios me lo perdona... es horrible lo que voy a decir, pero lo siento aquí; yo por él daría hasta la salvación de mi alma.

-¡Jesús, María y José! -interrumpió Antoñona.

-¡Es cierto; Virgen santa de los Dolores, perdonadme, perdonadme... estoy loca... no sé lo que digo y blasfemo!

-Sí, hija mía: ¡estás algo empecatada! ¡Válgame Dios y cómo te ha trastornado el juicio ese teólogo pisaverde! Pues si yo fuera que tú no lo tomaría contra el cielo, que no tiene la culpa; sino contra el mequetrefe del colegial, y me las pagaría o me borraría el nombre que tengo. Ganas me dan de ir a buscarle y traértele aquí de una oreja y obligarle a que te pida perdón y a que te bese los pies de rodillas.

-No, Antoñona. Veo que mi locura es contagiosa y que tú deliras también. En resolución, no hay más recurso que hacer lo que me aconseja el padre vicario.

-Si no duermes hace días, ¿cómo has de estar? ¡Mal haya el tal D. Luis y su manía de meterse cura! ¡Buenos supiripandos te cuesta!

Pepita había cerrado los ojos; estaba en calma y en silencio, harta ya de coloquio con Antoñona.

Esta, creyéndola dormida, o deseando que durmiera, se inclinó hacia Pepita, puso con lentitud y suavidad un beso sobre su blanca frente, le arregló y plegó el vestido sobre el cuerpo, entornó las ventanas para dejar el cuarto a media luz y se salió de puntillas, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

* * *

Mientras que ocurrían estas cosas en casa de Pepita, no estaba más alegre y sosegado en la suya el señor D. Luis de Vargas.

Su padre, que no dejaba casi ningún día de salir al campo a caballo, había querido llevarle en su compañía; pero D. Luis se había excusado con que le dolía la cabeza, y D. Pedro se fue sin él. D. Luis había pasado solo toda la mañana, entregado a sus melancólicos pensamientos y más firme que roca en su resolución de borrar de su alma la imagen de Pepita y de consagrarse a Dios por completo.

D. Luis era pertinaz, era terco: tenía aquella condición que bien dirigida constituye lo que se llama firmeza de carácter, y nada había que le rebajase más a sus propios ojos que el variar de opinión y de conducta. El propósito de toda su vida, lo que había sostenido y declarado ante cuantas personas le trataban, su figura moral, en una palabra, que era ya la de un aspirante a santo, la de un hombre consagrado a Dios, la de un sujeto imbuido en las más sublimes filosofías religiosas, todo esto no podía caer por tierra sin gran mengua de D. Luis, como caería, si se dejase llevar del amor de Pepita Jiménez.

Por lo general, los hombres solemos ser juguete de las circunstancias; nos dejamos llevar de la corriente y no nos dirigimos sin vacilar a un punto. No elegimos papel, sino tomamos y hacemos el que nos toca; el que la ciega fortuna nos depara. La profesión, el partido político, la vida entera de muchos hombres pende de casos fortuitos, de lo eventual, de lo caprichoso y no esperado de la suerte.

Contra esto se rebelaba el orgullo de don Luis con titánica pujanza. ¿Qué se diría de él, y sobre todo qué pensaría él de sí mismo, si el ideal de su vida, el hombre nuevo que había creado en su alma, si todos sus planes de virtud, de honra y hasta de santa ambición, se desvaneciesen en un instante, se derritiesen al calor de una mirada, por la llama fugitiva de unos lindos ojos, como la escarcha se derrite con el rayo débil aún del sol matutino?

Estas y otras razones de un orden egoísta militaban también contra la viuda, a par de las razones legítimas y de sustancia; pero todas las razones se revestían del mismo hábito religioso, de manera que el propio D. Luis no acertaba a reconocerlas y distinguirlas, creyendo amor de Dios, no sólo lo que era amor de Dios, sino asimismo el amor propio.

Así se atormentaba D. Luis con encontrados pensamientos que se daban guerra, cuando entró Currito en su cuarto, sin decir oxe ni moxte.

Currito, que no estimaba gran cosa a su primo, mientras no fue más que teólogo, le veneraba, le admiraba y formaba de él un concepto sobrehumano desde que le había visto montar tan bien en Lucero.

Currito era un holgazán, un perdido, un verdadero mueble, pero tenía un corazón afectuoso y leal.

-Vengo a buscarte -le dijo-, para que me acompañes al casino, que está animadísimo hoy y lleno de gente. ¿Qué haces aquí solo, tonteando y hecho un papamoscas?

D. Luis, casi sin replicar, y como si fuera mandato, tomó su sombrero y su bastón, y diciendo «Vámonos donde quieras» siguió a Currito que se adelantaba.

El casino, en efecto, estaba de bote en bote, gracias a la solemnidad del día siguiente, que era el día de San Juan. A más de los señores del lugar, había muchos forasteros, que habían venido de los lugares inmediatos para concurrir a la feria y velada de aquella noche.

Currito llevó a D. Luis y D. Luis se dejó llevar a la sala donde estaba la flor y nata de los elegantes, *dandies* y *cocodés* del lugar y de toda la comarca. Entre ellos descollaba el conde de Genazahar, de la vecina ciudad de... Era un personaje ilustre y respetado. Había pasado en Madrid y en Sevilla largas temporadas, y se vestía con los mejores sastres, así de majó como de señorito. Había sido diputado dos veces.

Tendría el conde de Genazahar treinta y tantos años; era buen mozo y lo sabía, y se jactaba además de tremendo en paz y en lides, en desafíos y en amores. El conde, no obstante, y a pesar de haber sido uno de los más obstinados pretendientes de Pepita, había recibido calabazas y la herida que había abierto en su endiosado corazón, no estaba cicatrizada todavía. El amor se había vuelto odio, y el conde se desahogaba a menudo. En este ameno ejercicio se hallaba el conde, cuando quiso la mala ventura que D. Luis y Currito llegasen y se metiesen en el corro. D. Luis, como si el mismo diablo lo hubiera dispuesto, se encontró cara a cara con el conde, que decía de este modo:

-No es mala pécora la tal Pepita Jiménez. Con más fantasía y más humos que la infanta Micomicona, quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria, hasta que se casó con aquel pelele, con aquel vejestorio, con aquel maldito usurero, y le cogió los centavos. La única cosa buena que ha hecho en su vida la tal viuda es concertarse con Satanás para enviar pronto al infierno a su galopín de marido y librar la tierra de tanta infección y de tanta peste. Ahora le ha dado a Pepita por la virtud y por la castidad. ¡Bueno estará todo ello! Sabe Dios si estará enredada de ocultis con algún gañán, y burlándose del mundo como si fuese la reina Artemisa.

Don Luis, que desde niño había estado acostumbrado a que nadie se descompusiese en su presencia, ni le dijese cosas que pudieran enojarle, porque durante su niñez le rodeaban criados, familiares y gente de la clientela de su padre que atendían sólo a su gusto, y después en el Seminario, por ser sobrino del deán, jamás había sido contrariado, sino considerado y adulado, sintió un aturdimiento singular, se quedó como herido por un rayo cuando vio al insolente conde arrastrar por el suelo, mancillar y cubrir de inmundos lodo la honra de la mujer que amaba.

¿Cómo defenderla, no obstante? No se le ocultaba que, si bien no era marido, ni hermano, ni pariente de Pepita, podía sacar la cara por ella como caballero; pero veía el escándalo que esto causaría, cuando no había allí ningún profano que defendiese a Pepita, antes bien todos reían al conde la gracia. Él, casi ministro ya de un Dios de paz, no podía dar un mentís y exponerse a una riña con aquel desvergonzado.

Don Luis estuvo por enmudecer e irse; pero no lo consintió su corazón, y se puso a hablar con verdadera elocuencia contra los maldicientes y a echar en rostro al conde, con libertad cristiana y con acento severo, la fealdad de su ruin acción.

Fue predicar en desierto o peor que predicar en desierto. El conde contestó con pullas y burletas a la homilía: la gente, entre la que había no pocos forasteros, se puso de lado del burlón, a pesar de ser D.

Luis el hijo del cacique; el propio Currito, que no valía para nada y era un blandengue, aunque no se rió, no defendió a su amigo; y éste tuvo que retirarse, vejado y humillado bajo el peso de la chacota.

-¡Esta flor le falta al ramo! -murmuró entre dientes el pobre D. Luis cuando llegó a su casa y volvió a meterse en su cuarto, mohíno y maltratado por la rechifla, que él se exageraba y se figuraba insufrible. Se echó de golpe en un sillón, abatido y descorazonado, y mil ideas contrarias asaltaron su mente.

La sangre de su padre, que hervía en sus venas, le despertaba la cólera y le excitaba a ahorcar los hábitos, como al principio le aconsejaban en el lugar, y dar luego su merecido al señor conde; pero todo el porvenir que se había creado se deshacía al punto, y veía al deán, que renegaba de él; y hasta el Papa, que había enviado ya la dispensa pontificia para que se ordenase antes de la edad, y el prelado diocesano, que había apoyado la solicitud de la dispensa en su probada virtud, ciencia sólida y firmeza de vocación, se le aparecían para reconvenirle.

Abismado sintió cerca ruido. Alzó los ojos y vio a su lado a la entrometida Antoñona, que había penetrado como una sombra, aunque tan maciza, y que le miraba con atención y con cierta mezcla de piedad y de rabia.

Cuando D. Luis vio a Antoñona arrugó el entrecejo, mostró bien en el gesto lo que le contrariaba aquella visita y dijo con tono brusco:

-¿A qué vienes aquí? Vete.

-Vengo a pedirte cuenta de mi niña -contestó Antoñona sin turbarse-, y no me he de ir hasta que me la des.

Enseguida acercó una silla a la mesa y se sentó en frente de D. Luis con aplomo y descaro.

Viendo D. Luis que no había remedio, mitigó el enojo, se armó de paciencia y, ya con acento menos cruel, exclamó:

-Di lo que tengas que decir.

-Tengo que decir -prosiguió Antoñona-, que lo que estás maquinando contra mi niña es una maldad. Te estás portando como un tuno. La has hechizado; le has dado un bebedizo maligno. Aquel angelito se va a morir. No come, ni duerme, ni sosiega por culpa tuya.

-Antoñona -contestó D. Luis-, déjame en paz. Por Dios, no me atormentes. Yo soy un malvado: lo confieso. No debí mirar a tu ama. No debí darle a entender que la amaba; pero yo la amaba y la amo aún con todo mi corazón. Es menester, sin embargo, desechar, olvidar este amor. Dios me lo manda. ¿Te imaginas que no es, que no está siendo, que no será inmenso el sacrificio que hago? Pepita debe revestirse de fortaleza y hacer el mismo sacrificio.

-Ni siquiera das ese consuelo a la infeliz -replicó Antoñona-. Tú sacrificas voluntariamente en el altar a esa mujer que te ama, que es ya tuya; a tu víctima: pero ella, ¿dónde te tiene a ti para sacrificarte? ¿Qué joya tira por la ventana, qué lindo primor echa en la hoguera, sino un amor mal pagado? ¿Cómo ha de dar a Dios lo que no tiene? ¿Va a engañar a Dios y a decirle: «Dios mío, puesto que él no me quiere, ahí te lo sacrificio; no le querré yo tampoco?» Dios no se ríe: si Dios se riera, se reiría de tal presente.

Don Luis, aturdido, no sabía qué objetar a estos racionios de Antoñona. Además, le repugnaba entrar en metafísicas de amor con aquella sirvienta.

-Dejemos a un lado -dijo-, esos vanos discursos. Yo no puedo remediar el mal de tu dueño. ¿Qué he de hacer?

-¿Qué has de hacer? -interrumpió Antoñona, ya más blanda y afectuosa y con voz insinuante-. Yo te diré lo que has de hacer. Si no remediases el mal de mi niña, le aliviarás al menos. No huyas como un cobardón grosero, sin despedirte. Ven a ver a mi niña, que está enferma. Haz esta obra de misericordia.

-¿Y qué conseguiré con esa visita? Agravar el mal en vez de sanarle.

-No será así. Tú irás allí, y, con esa cháchara que gastas y esa labia que Dios te ha dado, le infundirás en los cascos la resignación, y la dejarás consolada.

-Lo que me propones es tentar a Dios; es peligroso para mí y para ella.

-¿Y por qué ha de ser tentar a Dios? Pues si Dios ve la rectitud y la pureza de tus intenciones, ¿no te dará su favor y su gracia para que no te pierdas en esta ocasión en que te pongo con sobrado motivo? ¿No debes volar a librar a mi niña de la desesperación y traerla al buen camino? Si se muriera de pena por verse así desdeñada, o si rabiosa agarrase un cordel y se colgase de una viga, créeme, tus remordimientos serían peores que las llamas de pez y azufre de las calderas de Lucifer.

-¡Qué horror! No quiero que se desespere. Me revestiré de todo mi valor: iré a verla.

-¡Bendito seas! Si me lo decía el corazón. ¡Si eres bueno!

-¿Cuándo quieres que vaya?

-Esta noche a las diez en punto. Yo estaré en la puerta de la calle aguardándote y te llevaré donde está.

-¿Sabe ella que has venido a verme?

-No lo sabe. Ha sido todo ocurrencia mía; pero yo la prepararé con buen arte, a fin de que tu visita, la sorpresa, el inesperado gozo, no la hagan caer en un desmayo. ¿Me prometes que irás?

-Iré.

-Adiós. No faltes. A las diez de la noche en punto. Estaré a la puerta.

Y Antoñona echó a correr, bajó la escalera de dos en dos escalones y se plantó en la calle.

* * *

Volvió, pues, Antoñona a casa de su dueño, muy satisfecha de sí misma y muy resuelta a disponer las cosas con tino para que el remedio que había buscado no fuese inútil, o no agravase el mal de Pepita en vez de sanarle.

A Pepita no pensó ni determinó prevenirla sino a lo último, diciéndole que D. Luis espontáneamente le había pedido hora para hacerle una visita de despedida y que ella había señalado las diez.

A fin de que no se originasen habladurías, si en la casa veían entrar a D. Luis, pensó en que no le viesen entrar, y para ello era también muy propicia la hora, y la disposición de la casa. A las diez estaría llena de gente la calle con la velada, y por lo mismo repararían menos en D. Luis cuando pasase por ella. Penetrar en el zaguán sería obra de un segundo; y ella, que estaría allí aguardando, llevaría a D. Luis hasta el despacho, sin que nadie le viese.

Antoñona imaginó que el coloquio y la explicación, que ella deseaba que tuviesen su niña y don Luis, requerían sosiego y que no viniesen a interrumpirlos, y así determinó que aquella noche, por ser la velada de San Juan, las chicas que servían a Pepita vacasen en todos sus quehaceres y oficios, y se fuesen a solazar a la casa de campo.

Don Luis procuraba no encontrar a los amigos y, si los veía de lejos echaba por otro lado. Así fue llegando poco a poco, sin que le hablasen ni detuviesen, hasta cerca del zaguán de casa de Pepita. El corazón empezó a latirle con violencia, y se paró un instante para serenarse. Miró el reloj: eran cerca de las diez y media.

-¡Válgame Dios! -dijo-, hará cerca de media hora que me estará aguardando.

Entonces se precipitó y penetró en el zaguán. El farol, que lo alumbraba de diario, daba poquísima luz aquella noche.

No bien entró D. Luis en el zaguán, una mano, mejor diremos una garra, le asió por el brazo derecho. Era Antoñona, que dijo en voz baja:

-¡Diantre de colegial, ingrato, desaborido, mostrenco! Ya imaginaba yo que no venías.

Mientras Antoñona expresaba estas quejas, no estaba parada, sino que iba andando y llevando en pos de sí, asido siempre del brazo, al colegial atortolado y silencioso.

Antoñona abrió la puerta del despacho; empujó a D. Luis para que entrase, y al mismo tiempo le anunció diciendo:

-Niña, aquí tienes al señor D. Luis, que viene a despedirse de ti.

Hecho el anuncio con la formalidad debida, la discreta Antoñona se retiró de la sala, dejando a sus anchas al visitante y a la niña, y volviendo a cerrar la puerta.

* * *

A las ocho le dijo Antoñona que D. Luis iba a venir; y Pepita, que hablaba de morirse, que tenía los ojos encendidos y los párpados un poquito inflamados de llorar y que estaba bastante despeinada, no pensó desde entonces sino en componerse y arreglarse para recibir a D. Luis. Se lavó la cara con agua tibia para que el estrago del llanto desapareciese hasta el punto preciso de no afear, mas no para que no quedasen huellas de que había llorado; se compuso el pelo de suerte que no denunciaba estudio cuidadoso, sino que mostraba cierto artístico y gentil descuido, sin rayar en desorden, lo cual hubiera sido poco decoroso; se pulió las uñas; y como no era propio recibir de bata a D. Luis, se vistió un traje sencillo de casa. En suma, miró instintivamente a que todos los pormenores de tocador concurriesen a hacerla parecer más bonita y aseada, sin que se trasluciera el menor indicio del arte, del trabajo y del tiempo gastados en aquellos perfiles, sino que todo ello resplandeciera como obra natural y don gratuito; como algo que persistía en ella, a pesar del olvido de sí misma, causado por la vehemencia de los afectos. Según hemos llegado a averiguar, Pepita empleó más de una hora en estas faenas de tocador, que habían de sentirse sólo por los efectos.

* * *

La visita empezó del modo más grave y ceremonioso. Los saludos de fórmula se pronunciaron maquinalmente de una parte y de otra; y D. Luis, invitado a ello, tomó asiento en una butaca, sin dejar el sombrero ni el bastón, y a no corta distancia de Pepita. Pepita estaba sentada en el sofá. El velador se veía al lado de ella, con libros y con la palmatoria, cuya luz iluminaba su rostro. Una lámpara ardía además sobre el bufete. Ambas luces, con todo, siendo grande el cuarto, como lo era, dejaban la mayor parte de él en la penumbra.

Hubo una larga pausa, un silencio tan difícil de sostener como de romper. Ninguno de los dos interlocutores se atrevía a hablar. Era, en verdad, la situación muy embarazosa.

-Al fin se dignó Ud. venir a despedirse de mí antes de su partida -dijo Pepita-. Yo había perdido ya la esperanza.

El papel que hacía D. Luis era de mucho empeño. No se condene, pues, a D. Luis porque empezase contestando tonterías.

-Su queja es injusta -dijo-. He estado aquí a despedirme de Ud. con mi padre, y, como no tuvimos el gusto de que nos recibiese, dejamos tarjetas. Nos dijeron que estaba algo delicada de salud, y todos los días hemos enviado recado para saber de Ud. Grande ha sido nuestra satisfacción al saber que estaba Ud. aliviada. ¿Y ahora, se encuentra Ud. mejor?

-Casi estoy por decir a Ud. que no me encuentro mejor -replicó Pepita-; pero como veo que viene Vd. de embajador de su padre, y no quiero afligir a un amigo tan excelente, justo será que diga a Ud., y que

Ud. repita a su padre, que siento bastante alivio. Singular es que haya venido Ud. solo. Mucho tendrá que hacer D. Pedro cuando no le ha acompañado.

-Mi padre no me ha acompañado, señora, porque no sabe que he venido a ver a Ud. Yo he venido solo, porque mi despedida ha de ser solemne, grave, para siempre quizás; y la suya es de índole hartamente diversa. Mi padre volverá por aquí dentro de unas semanas; yo es posible que no vuelva nunca, y si vuelvo, volveré muy otro del que soy ahora.

Pepita no pudo contenerse. El porvenir de felicidad con que había soñado se desvanecía como una sombra. Su resolución inquebrantable de vencer a toda costa a aquel hombre, único que había amado en la vida, único que se sentía capaz de amar, era una resolución inútil. D. Luis se iba. La juventud, la gracia, la belleza, el amor de Pepita no valían para nada. Estaba condenada, con veinte años de edad y tanta hermosura, a la viudez perpetua, a la soledad, a amar a quien no la amaba. Todo otro amor era imposible para ella. Era menester morir o vencer en la demanda. Pepita dijo:

-¿Persiste Ud., pues, en su propósito? ¿Está usted seguro de su vocación? ¿No teme Ud. ser un mal clérigo? Sr. D. Luis, voy a hacer un esfuerzo; voy a olvidar por un instante que soy una ruda muchacha; voy a prescindir de todo sentimiento, y voy a discurrir con frialdad, como si se tratase del asunto que me fuese más extraño. Aquí hay hechos que se pueden comentar de dos modos. Con ambos comentarios queda Ud. mal. Expondré mi pensamiento. Si la mujer que con sus coqueterías, no por cierto muy desenvueltas, casi sin hablar a Ud. palabra, a los pocos días de verle y tratarle, ha conseguido provocar a Ud., moverle a que la mire con miradas que auguraban amor profano, y hasta ha logrado que le dé Ud. una muestra de cariño, que es una falta, un pecado en cualquiera y más en un sacerdote; si esta mujer, es, como lo es en realidad, una lugareña ordinaria, sin instrucción, sin talento y sin elegancia, ¿qué no se debe temer de Ud. cuando trate y vea y visite en las grandes ciudades a otras mujeres mil veces más peligrosas? Usted se volverá loco cuando vea y trate a las grandes damas que habitan palacios, que huellan mullidas alfombras, que deslumbran con diamantes y perlas. Si Ud. ha cedido a una zafia aldeana, hallándose en vísperas de la ordenación, con todo el entusiasmo que debe suponerse, y, si ha cedido impulsado por capricho fugaz, ¿no tengo razón en prever que va Ud. a ser un clérigo detestable, impuro, mundanal y funesto, y que cederá a cada paso? En esta suposición, créame usted, Sr. D. Luis y no se me ofenda, ni siquiera vale Ud. para marido de una mujer honrada. Si usted ha estrechado las manos, con el ahínco y la ternura del más frenético amante, si Ud. ha mirado con miradas que prometían un cielo, una eternidad de amor, y si Ud. ha... besado a una mujer que nada le inspiraba sino algo que para mí no tiene nombre, vaya Ud. con Dios, y no se case con esa mujer. Si ella es buena, no le querrá a Ud. para marido, ni siquiera para amante; pero, por amor de Dios, no sea Ud. clérigo tampoco. La Iglesia ha menester de otros hombres más serios y más capaces de virtud para ministros del Altísimo. Por el contrario, si Ud. ha sentido una gran pasión por esta mujer de que hablamos, aunque ella sea poco digna, ¿por qué abandonarla y engañarla con tanta crueldad? Por indigna que sea, si es que ha inspirado esa gran pasión, ¿no cree Ud. que la compartirá y que será víctima de ella? Pues qué, cuando el amor es grande, elevado y violento, ¿deja nunca de imponerse? Por los grados y quilates de su amor debe usted medir el de su amada. ¿Y cómo no temer por ella si Ud. la abandona? ¿Tiene ella el aliciente de la gloria, la multitud de grandiosos proyectos, y todo aquello que hay en su cultivado y sublime espíritu de Ud. para distraerle y apartarle, sin desgarradora violencia, de todo otro terrenal afecto? ¿No comprende Ud. que ella morirá de dolor, y que Ud., destinado a hacer incruentos sacrificios, empezará por sacrificar despiadadamente a quien más le ama?

-Señora -contestó D. Luis haciendo un esfuerzo para disimular su emoción y para que no se conociese lo turbado que estaba en lo trémulo y balbuciente de la voz-. Señora, yo también tengo que dominarme mucho para contestar a Ud. con la frialdad de quien opone argumentos a argumentos como en una controversia; pero la acusación de Ud. viene tan razonada, es tan hábilmente sofística, que me fuerza a desvanecerla con razones. No pensaba yo tener que disertar aquí y que aguzar mi corto ingenio; pero Ud. me condena a ello, si no quiero pasar por un monstruo. Aunque me he criado al lado de mi tío y en el Seminario, donde no he visto mujeres, no me crea tan ignorante ni tan pobre de imaginación que no acertase a representármelas en la mente todo lo bellas, todo lo seductoras que pueden ser. Mi imaginación, por el contrario, sobrepujaba a la realidad en todo eso. Excitada por la lectura de los cantores bíblicos y de los poetas profanos, se fingía mujeres más elegantes, más graciosas, más discretas, que las que por lo común se hallan en el mundo real. Yo conocía, pues, el precio del sacrificio que hacía, y hasta lo exageraba, cuando renuncié al amor de esas mujeres, pensando elevarme a la

dignidad del sacerdocio. Esto me lo figuraba yo con tal viveza y lo veía con tal hermosura, que, no lo dude Ud., si yo llevo a ver y a tratar a esas mujeres de que Ud. me habla, lejos de caer en la adoración y en la locura que Ud. predice, tal vez sea un desengaño lo que reciba, al ver cuánta distancia media de lo soñado a lo real y de lo vivo a lo pintado.

-¡Estos de Ud. sí que son sofismas! -interrumpió Pepita-. ¿Cómo negar a Ud. que lo que usted se pinta en la imaginación es más hermoso que lo que existe realmente; pero cómo negar tampoco que lo real tiene más eficacia seductora que lo imaginado y soñado? Lo vago y aéreo de un fantasma, por bello que sea, no compite con lo que mueve materialmente los sentidos. Contra los ensueños mundanos comprendo que venciesen en su alma de usted las imágenes devotas; pero temo que las imágenes devotas no habían de vencer a las mundanas realidades.

-Pues no lo tema Ud., señora -replicó don Luis-. Mi fantasía es más eficaz en lo que crea que todo el universo, menos Ud., en lo que por los sentidos transmite.

-Y ¿por qué *menos yo*? Esto me hace caer en otro recelo. ¿Será quizás la idea que Ud. tiene de mí, la idea que ama, creación de esa fantasía tan eficaz, ilusión en nada conforme conmigo?

-No: no lo es; tengo fe de que esta idea es en todo conforme con Ud.; pero tal vez es ingénita en mi alma; tal vez está en ella desde que fue creada por Dios; tal vez es parte de su esencia; tal vez es lo más puro y rico de su ser, como el perfume en las flores.

-¡Bien me lo temía yo! Ud. lo confiesa ahora. Usted no me ama. Eso que ama Ud. es la esencia, el aroma, lo más puro de su alma, que ha tomado una forma parecida a la mía.

-No, Pepita: no se divierta Ud. en atormentarme. Esto que yo amo es Ud., y Ud. tal cual es; pero es tan bello, tan limpio, tan delicado esto que yo amo, que no me explico que pase todo por los sentidos, de un modo grosero, y llegue así hasta mi mente. Supongo, pues, y creo, y tengo por cierto, que estaba antes en mí. Es como la idea de Dios, que estaba en mí, que ha venido a magnificarse y desenvolverse en mí, y que sin embargo tiene su objeto real, superior, infinitamente superior a la idea. Como creo que Dios existe, creo que existe usted y que vale Ud. mil veces más que la idea que de Ud. tengo formada.

-Aún me queda una duda. ¿No pudiera ser la mujer en general, y no yo singular y exclusivamente, quien ha despertado esa idea?

-No, Pepita; la magia, el hechizo de una mujer, bella de alma y de gentil presencia, habían, antes de ver a Ud., penetrado en mi fantasía. No hay duquesa, ni marquesa en Madrid, ni emperatriz en el mundo, ni reina ni princesa en todo el orbe, que valgan lo que valen las ideales y fantásticas criaturas con quienes yo he vivido. Desde que vivo, desde que soy hombre, y ya hace años, pues no es tan grande mi mocedad, he despreciado todas esas sombras y reflejos de deleites y de hermosuras, enamorado de una hermosura arquetipo y ansioso de un deleite supremo. He procurado morir en mí para vivir en el objeto amado; desnudar, no ya sólo los sentidos, sino hasta las potencias de mi alma, de afectos del mundo y de figuras y de imágenes, para poder decir con razón que no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Tal vez, de seguro, he pecado de arrogante y de confiado, y Dios ha querido castigarme. Usted entonces se ha interpuesto en mi camino y me ha sacado de él y me ha extraviado. Ahora me zahiere, me burla, me acusa de liviano y de fácil: y al zaherirme y burlarme se ofende a sí propia, suponiendo que mi falta me la hubiera hecho cometer otra mujer cualquiera. No quiero, cuando debo ser humilde, pecar de orgulloso defendiéndome. Si Dios, en castigo de mi soberbia, me ha dejado de su gracia, harto posible es que el más ruin motivo me haya hecho vacilar y caer. Con todo, diré a Ud. que mi mente, quizás alucinada, lo entiende de muy diversa manera. Será efecto de mi no domada soberbia; pero repito que lo entiendo de otra manera. No acierto a persuadirme de que haya ruindad ni baja en el motivo de mi caída. Sobre todos los ensueños de mi juvenil imaginación ha venido a sobreponerse y entronizarse la realidad que en Ud. he visto. Hasta algo de misterioso, de sobrenatural, puede haber intervenido en esto, porque amé a Ud. desde que la vi, casi antes de que la viera. Mucho antes de tener conciencia de que la amaba a Ud., ya la amaba. Se diría que hubo en esto algo de fatídico; que estaba escrito; que era una predestinación.

-Y si es una predestinación, si estaba escrito -interrumpió Pepita-, ¿por qué no someterse, por qué resistirse todavía? Sacrifique Ud. sus propósitos a nuestro amor. ¿Acaso no he sacrificado yo mucho? Ahora mismo, al rogar, al esforzarme por vencer los desdenes de Ud., ¿no sacrifico mi orgullo, mi decoro y mi recato? Yo también creo que amaba a usted antes de verle. Ahora amo a Ud. con todo mi corazón, y sin Ud. no hay felicidad para mí. Con alguien más bello, entendido, poético y amoroso, que los hombres que me han pretendido hasta ahora, con un amante más distinguido y cabal que todos mis adoradores de este lugar y de los lugares vecinos, soñaba yo para que me amara y para que yo le amase y le rindiese mi albedrío. Ese alguien era Ud. Lo presenté cuando me dijeron que Ud. había llegado al lugar: lo reconocí cuando vi a Ud. por vez primera. Así es que estoy rendida y vencida y aniquilada desde el primer día. Si amor es lo que usted dice, si es morir en sí para vivir en el amado, verdadero y legítimo amor es el mío, porque he muerto en mí y sólo vivo en Ud. y para Ud. He deseado desechar de mí este amor, creyéndole mal pagado, y no me ha sido posible. He pedido a Dios, con mucho fervor, que me quite el amor o me mate, y Dios no ha querido oírme. He rezado a María Santísima para que borre del alma la imagen de usted y el rezo ha sido inútil. He hecho promesas al santo de mi nombre para no pensar en Ud. sino como él pensaba en su bendita esposa, y el santo no me ha socorrido. Viendo esto, he tenido la audacia de pedir al cielo que Ud. se deje vencer, que usted deje de querer ser clérigo, que nazca en su corazón un amor tan profundo como el que hay en mi corazón. D. Luis, dígame Ud. con franqueza, ¿ha sido también sordo el cielo a esta última súplica? ¿O es acaso que para avasallar y rendir un alma pequeña, cuitada y débil como la mía, basta un pequeño amor, y para avasallar la de Ud., cuando tan altos y fuertes pensamientos la velan y custodian, se necesita de amor más poderoso, que yo no soy digna de inspirar, ni capaz de compartir, ni hábil para comprender siquiera?

-Pepita -contestó D. Luis-, no es que su alma sea más pequeña que la mía, sino que está libre de compromisos, y la mía no lo está. El amor que Ud. me ha inspirado es inmenso; pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos a realizarse. ¿Por qué no he de decirlo, sin temor de ofender a Ud.? Si usted logra en mí su amor, no se humilla. Si yo cedo a su amor, me humillo y me rebajo. Dejo al Creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad, rompo la imagen de Cristo que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo, que a tanta costa había yo formado en mí, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Por qué, en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta el siglo, hasta la impureza del mundo, que antes he menospreciado, no se eleva Ud. hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene, limpiándole de toda escoria? ¿Por qué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado y sin mancha? Dios, con el fuego purísimo y refulgente de su amor, penetra las almas santas y las llena por tal arte, que así como un metal que sale de la fragua, sin dejar de ser metal reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchen de Dios, y en todo son Dios, penetradas por donde quiera de Dios, en gracia del amor divino. Estas almas se aman y se gozan entonces, como si amaran y gozaran a Dios: amándole y gozándole, porque Dios son ellas. Subamos, juntos en espíritu, esta mística y difícil escala: asciendan a la par nuestras almas a esta bienaventuranza, que aun en la vida mortal es posible; mas para ello es fuerza que nuestros cuerpos se separen; que yo vaya a donde me llama mi deber, mi promesa y la voz del Altísimo, que dispone de su siervo y le destina al culto de sus altares.

-¡Ay, Sr. D. Luis! -replicó Pepita toda desolada y compungida-. Ahora conozco cuán vil es el metal del que estoy forjada y cuán indigno de que le penetre y mude el fuego divino. Lo declararé todo, desechando hasta la vergüenza. Soy una pecadora infernal. Mi espíritu grosero e inculto no alcanza esas sutilezas, esas distinciones, esos refinamientos de amor. Mi voluntad rebelde se niega a lo que Ud. propone. Yo ni siquiera concibo a Ud. sin Ud. Para mí es Ud. su boca, sus ojos, sus negros cabellos, que deseo acariciar con mis manos. Mi alma, reacia e incapaz de esos raptos misteriosos, no acertará a seguir a Ud. nunca a las regiones donde quiere llevarla. Si Ud. se eleva hasta ellas, yo me quedaré sola, abandonada, sumida en la mayor aflicción. Prefiero morir. Merezco la muerte: la deseo. Mátame Ud. antes, para que nos amemos así. Yo amo en Ud., no ya sólo el alma, sino el cuerpo, y la sombra del cuerpo, y el reflejo del cuerpo en los espejos y en el agua, y el nombre, y el apellido, y la sangre, y todo aquello que le determina como tal D. Luis de Vargas; el metal de la voz, el gesto, el modo de andar y no sé qué más diga. Repito que es menester matarme. No: yo no soy cristiana, sino idólatra materialista.

Aquí hizo Pepita una larga pausa. D. Luis no sabía qué decir y callaba. El llanto bañaba las mejillas de Pepita, la cual prosiguió sollozando:

- Adiós. Voy a libertar a Vd. de mi presencia odiosa. Adiós para siempre.

Dicho esto, Pepita se levantó de su asiento, y sin volver la cara inundada de lágrimas, fuera de sí, con precipitados pasos se lanzó hacia la puerta que daba a las habitaciones interiores. D. Luis sintió una invencible ternura, una piedad funesta. Tuvo miedo de que Pepita muriese. La siguió para detenerla, pero no llegó a tiempo, Pepita pasó la puerta. Su figura se perdió en la oscuridad. Arrastrado D. Luis como por un poder sobrehumano, impulsado como por una mano invisible, penetró en pos de Pepita en la estancia sombría.

* * *

El despacho quedó solo.

El baile de los criados debía de haber concluido, pues no se oía el más leve rumor. Sólo sonaba el agua de la fuente del jardincillo.

Al cabo de un largo rato, D. Luis apareció de nuevo, saliendo de la oscuridad. En su rostro se veía pintado el terror; algo de la desesperación de Judas.

Se dejó caer en una silla: puso ambos puños cerrados en su cara y en sus rodillas ambos codos, y así permaneció más de media hora sumido sin duda en un mar de reflexiones amargas.

Cualquiera, si le hubiera visto, hubiera sospechado que acababa de asesinar a Pepita.

Pepita, sin embargo, apareció después. Con paso lento, con actitud de profunda melancolía, con el rostro y la mirada inclinados al suelo, llegó hasta cerca de donde estaba D. Luis, y dijo de este modo:

-Ahora, aunque tarde, conozco toda la vileza de mi corazón y toda la iniquidad de mi conducta. Nada tengo que decir en mi abono; mas no quiero que me creas más perversa de lo que soy. Mira, no pienses que ha habido en mí artificio, ni cálculo, ni plan para perderte. Sí, ha sido una maldad atroz, pero instintiva; una maldad inspirada quizá por el espíritu del infierno que me posee. No te desesperes ni te aflijas, por amor de Dios. De nada eres responsable. Ahora te merezco menos que nunca. Vete: yo soy ahora quien te pide que te vayas. No hay lazo alguno que conmigo te ligue. Eres libre. Lo adivino, lo infiero de tu ademán, lo veo con evidencia; ahora me desprecias más que antes, y tienes razón en despreciarme. No hay honra, ni virtud, ni vergüenza en mí.

D. Luis no pudo más. Se puso en pie, llegó donde estaba Pepita y la levantó entre sus brazos, estrechándola contra su corazón, apartando blandamente de su cara los rubios rizos que en desorden caían sobre ella, y cubriéndola de apasionados besos.

-Alma mía -dijo por último don Luis-, el pecador, el flaco de voluntad, el miserable, el sandio y el ridículo soy yo que no tú. Los ángeles y los demonios deben reírse igualmente de mí y no tomarme por lo serio. He sido un santo postizo, que no he sabido resistir y desengañarte desde el principio, como hubiera sido justo; y ahora no acierto tampoco a ser un caballero, un galán, un amante fino, que sabe agradecer en cuanto valen los favores de su dama. No comprendo qué viste en mí para prendarte de ese modo. Jamás hubo en mí virtud sólida, sino hojarasca y pedantería de colegial, que había leído los libros devotos como quien lee novelas, y con ellos se había forjado su novela necia de misiones y contemplaciones. Si hubiera habido virtud sólida en mí, con tiempo te hubiera desengañado y no hubiéramos pecado ni tú ni yo. La verdadera virtud no cae tan fácilmente. A pesar de toda tu hermosura, a pesar de tu talento, a pesar de tu amor hacia mí, no, yo no hubiera caído, si en realidad hubiera sido virtuoso, si hubiera tenido una vocación verdadera. Dios, que todo lo puede, me hubiera dado su gracia. Un milagro, sin duda, algo de sobrenatural se requería para resistir a tu amor; pero Dios hubiera hecho el milagro si yo hubiera sido digno objeto y bastante razón para que le hiciera. Haces mal en aconsejarme que sea sacerdote. Reconozco mi indignidad. No era más que orgullo lo que me movía. Era una ambición mundana como otra cualquiera. ¡Qué digo como otra cualquiera! Era peor: era una ambición hipócrita, sacrílega, simoniaca.

-No te juzgues con tal dureza -replicó Pepita, ya más serena y sonriendo a través de las lágrimas-. No deseo que te juzgues así, ni para que no me halles tan indigna de ser tu compañera; pero quiero que me

elijas por amor, libremente, no para reparar una falta, no porque has caído en un lazo que pérfidamente puedes sospechar que te he tendido. Vete, si sospechas de mí...

La contestación de D. Luis no cabía ya en el estrecho y mezquino tejido del lenguaje humano. Don Luis rompió el hilo del discurso de Pepita, sellando los labios de ella con los suyos y abrazándola de nuevo.

* * *

Bastante más tarde, con previas toses y resonar de pies, entró Antoñona en el despacho diciendo:

-¡Vaya una plática larga! Este sermón que ha predicado el colegial no ha sido el de las siete palabras, sino que ha estado a punto de ser el de las cuarenta horas. Tiempo es ya de que te vayas, don Luis. Son cerca de las dos de la mañana.

-Bien está -dijo Pepita-, se irá al momento.

Antoñona volvió a salir del despacho, y aguardó fuera.

Pepita estaba transformada. Las alegrías que no había tenido en su niñez, el gozo y el contento de que no había gustado en los primeros años de su juventud, la bulliciosa actividad y travesura que una madre adusta y un marido viejo habían contenido en ella hasta entonces, se diría que brotaron de repente en su alma. Así es que, vencidos los obstáculos que se oponían a su dicha, viendo ya rendido a D. Luis, teniendo su promesa espontánea de que la tomaría por mujer legítima, y creyéndose con razón amada, adorada, de aquél a quien amaba y adoraba tanto, brincaba y reía y daba otras muestras de júbilo, que, en medio de todo, tenían mucho de infantil y de inocente.

Era menester que D. Luis partiera. Pepita fue por un peine y le alisó con amor los cabellos, besándoselos después.

Pepita le hizo mejor el lazo de la corbata.

-Adiós, dueño amado -le dijo-. Yo se lo diré todo a tu padre, si tú no quieres atreverte. Él es bueno y nos perdonará.

Al cabo los dos amantes se separaron.

* * *

D. Luis bajó hasta el zaguán, acompañado por Antoñona.

Antes de despedirse dijo D. Luis sin preparación ni rodeos:

-Antoñona, tú que lo sabes todo, dime, quién es el conde de Genazahar y qué clase de relaciones ha tenido con tu ama.

-Temprano empiezas a mostrarte celoso.

-No son celos; es curiosidad solamente.

-Mejor es así. Nada más fastidioso que los celos. Voy a satisfacer tu curiosidad. Ese conde está bastante tronado. Es un perdido, jugador y mala cabeza; pero tiene más vanidad que D. Rodrigo en la horca. Se empeñó en que mi niña le quisiera y se casase con él, y como la niña le ha dado mil veces calabazas, está que trina. Esto no impide que se guarde por allá más de mil duros, que hace años le prestó don Gumersindo, sin más hipoteca que un papelucho, por culpa y a ruegos de Pepita, que es mejor que el pan. El tonto del conde creyó sin duda que Pepita, que fue tan buena de casada que hizo que le diesen dinero, había de ser de viuda tan rebuena para él que le había de tomar por marido. Vino después el desengaño con la furia consiguiente.

-Adiós, Antoñona -dijo D. Luis y se salió a la calle, silenciosa ya y sombría.

En la calle, lejos de la vista de Antoñona, don Luis dio rienda suelta a sus pensamientos.

Don Luis, cuando iba a ser clérigo, estuvo en su papel no defendiendo a Pepita de los groseros insultos del conde de Genazahar, sino con discursos morales, y no tomando venganza de la mofa y desprecio con que tales discursos fueron oídos. Pero, ahorcados ya los hábitos, y teniendo que declarar en seguida que Pepita era su novia y que iba a casarse con ella, D. Luis, a pesar de su carácter pacífico, de sus ensueños de humana ternura, y de las creencias religiosas que en su alma quedaban íntegras, y que repugnaban todo medio violento, no acertaba a compaginar con su dignidad el abstenerse de romper la crisma al conde desvergonzado. De sobra sabía que el duelo es usanza bárbara; que Pepita no necesitaba de la sangre del conde para quedar limpia de todas las manchas de la calumnia, y hasta que el mismo conde, por mal criado y por bruto, y no porque lo creyese, ni quizás por un rencor desmedido, había dicho tanto denuesto. Sin embargo, a pesar de todas estas reflexiones, D. Luis conocía que no se sufriría a sí propio durante toda su vida, y que por consiguiente no llegaría a hacer nunca a gusto el papel de Filemón, si no empezaba por hacer el de Fierabrás, dando al conde su merecido, si bien pidiendo a Dios que no le volviese a poner en otra ocasión semejante.

Decidido, pues, al lance, resolvió llevarle a cabo enseguida. Y pareciéndole feo y ridículo enviar padrinos, y hacer que trajesen en boca el honor de Pepita, halló lo más razonable buscar camorra con cualquier otro pretexto.

Supuso además que el conde, forastero y vicioso jugador, sería muy posible que estuviese aún en el casino hecho un tahúr, a pesar de lo avanzado de la noche, y D. Luis se fue derecho al casino.

El casino permanecía abierto, pero las luces del patio y de los salones estaban casi todas apagadas. Sólo en un salón había luz. Allí se dirigió don Luis, y desde la puerta vio al conde de Genazahar, que jugaba al monte, haciendo de banquero. Cinco personas nada más apuntaban; dos eran forasteros como el conde; las otras tres eran el capitán de caballería encargado de la remonta, Currito y el médico. No podían disponerse las cosas más al intento de D. Luis. Sin ser visto, por lo afanados que estaban en el juego, D. Luis los vio, y apenas los vio, volvió a salir del casino, y se fue rápidamente a su casa. Abrió un criado la puerta; preguntó D. Luis por su padre, y sabiendo que dormía, para que no le sintiera ni se despertara, subió D. Luis de puntillas a su cuarto con una luz, recogió unos tres mil reales que tenía de su peculio, en oro, y se los guardó en el bolsillo. Dijo después al criado que le volviese a abrir, y se fue al casino otra vez.

Entonces entró D. Luis en el salón donde jugaban, dando taconazos recios, con estruendo y con aire de taco, como suele decirse. Los jugadores se quedaron pasmados al verle.

-¡Tú por aquí a estas horas! -dijo Currito.

-¿De dónde sale Vd., curita? -dijo el médico.

-¿Viene Vd. a echarme otro sermón? -exclamó el conde.

-Nada de sermones -contestó D. Luis con mucha calma-. El mal efecto que surtió el último que prediqué me ha probado con evidencia que Dios no me llama por ese camino, y ya he elegido otro. Vd., señor conde, ha hecho mi conversión. He ahorcado los hábitos; quiero divertirme, estoy en la flor de la mocedad y quiero gozar de ella.

-Vamos, me alegro -interrumpió el conde-; pero cuidado, niño, que si la flor es delicada, puede marchitarse y deshojarse temprano.

-Ya de eso cuidaré yo -replicó D. Luis-. Veo que se juega. Me siento inspirado. Vd. talla. ¿Sabe Vd., señor conde, que tendría chiste que yo le desbancase?

-Tendría chiste, ¿eh? ¡Vd. ha cenado fuerte!

-He cenado lo que me ha dado la gana.

-Respondonzuelo se va haciendo el mocito.

-Me hago lo que quiero.

-Voto va... -dijo el conde, y ya se sentía venir la tempestad, cuando el capitán se interpuso y la paz se restableció por completo.

-Ea -dijo el conde, sosegado y afable-, desembaúle Vd. los dinerillos y pruebe fortuna.

Don Luis se sentó a la mesa y sacó del bolsillo todo su oro. Su vista acabó de serenar al conde, porque casi excedía aquella suma a la que tenía él de banca, y ya imaginaba que iba a ganársela al novato.

-No hay que calentarse mucho la cabeza en este juego -dijo D. Luis-. Ya me parece que le entiendo. Pongo dinero a una carta, y si sale la carta, gano, y si sale la contraria, gana Vd.

-Así es, amiguito; tiene Vd. un entendimiento macho.

-Pues lo mejor es que no tengo sólo macho el entendimiento, sino también la voluntad; y con todo, en el conjunto, disto bastante de ser un macho, como hay tantos por ahí.

-¡Vaya si viene Vd. parlanchín y si saca alicantinas!

Don Luis se calló: jugó unas cuantas veces, y tuvo tan buena fortuna, que ganó casi siempre.

El conde comenzó a cargarse.

-¿Si me desplumará el niño? -dijo-, Dios protege la inocencia.

Mientras que el conde se amostazaba, D. Luis sintió cansancio y fastidio y quiso acabar de una vez.

-El fin de todo esto -dijo- es ver si yo me llevo esos dineros o si Vd. se lleva los míos. ¿No es verdad, señor conde?

-Es verdad.

-Pues ¿para qué hemos de estar aquí en vela toda la noche? Ya va siendo tarde, y siguiendo su consejo de Vd. debo recogerme para que la flor de mi mocedad no se marchite.

-¿Qué es eso? ¿Se quiere Vd. largar? ¿Quiere Vd. tomar el olivo?

-Yo no quiero tomar olivo ninguno. Al contrario. Curro, dime tú: aquí, en este montón de dinero, ¿no hay más que en la banca?

Currito miró, y contestó:

-Es indudable.

-¿Cómo explicaré -preguntó D. Luis-, que juego en un golpe cuanto hay en la banca contra otro tanto?

-Eso se explica -respondió Currito-, diciendo: ¡copo!

-Pues, copo -dijo D. Luis dirigiéndose al conde-; va el copo y la red en este rey de espadas, cuyo compañero hará de seguro su epifanía antes que su enemigo el tres.

El conde que tenía todo su capital mueble en la banca, se asustó al verle comprometido de aquella suerte; pero no tuvo más que aceptar.

Es sentencia del vulgo que los afortunados en amores son desgraciados al juego: pero más cierta parece la contraria afirmación. Cuando acude la buena dicha, acude para todo, y lo mismo cuando la desdicha acude.

El conde fue tirando cartas, y no salía ningún tres. Su emoción era grande, por más que lo disimulaba. Por último, descubrió por la pinta el rey de copas, y se detuvo.

-Tire Vd. -dijo el capitán.

-No hay para qué. El rey de copas. ¡Maldito sea! El curita me ha desplumado. Recoja Vd. el dinero.

El conde echó con rabia la baraja sobre la mesa.

D. Luis recogió todo el dinero con indiferencia y reposo.

Después de un corto silencio, habló el conde:

-Curita es menester que me dé Vd. el desquite.

-No veo la necesidad.

-¡Me parece que entre caballeros!...

-Por esa regla el juego no tiene término -observó D. Luis-. Por esa regla, lo mejor sería ahorrarse el trabajo de jugar.

-Déme Vd. el desquite -replicó el conde, sin atender a razones.

-Sea -dijo D. Luis-. Quiero ser generoso.

El conde volvió a tomar la baraja y se dispuso a echar nueva talla.

-Alto ahí -dijo D. Luis-; entendámonos antes. ¿Dónde está el dinero de la nueva banca de Vd.?

El conde se quedó turbado y confuso.

-Aquí no tengo dinero -contestó-, pero me parece que sobra con mi palabra.

D. Luis entonces, con acento grave y reposado, dijo:

-Señor conde, yo no tendría inconveniente en fiarme de la palabra de un caballero y en llegar a ser su acreedor, si no temiese perder su amistad que casi voy ya conquistando; pero, desde que vi esta mañana la crueldad con que trató Vd. a ciertos amigos míos, que son sus acreedores, no quiero hacerme culpado para con Vd. del mismo delito. No faltaba más sino que yo voluntariamente incurriese en el enojo de Vd., prestándole dinero, que no me pagaría, como no ha pagado, sino con injurias, el que debe a Pepita Jiménez.

Por lo mismo que el hecho era cierto, la ofensa fue mayor. El conde se puso lívido de cólera, y ya de pie, pronto a venir a las manos con el colegial, dijo con voz alterada:

-¡Mientes, deslenguado! ¡Voy a deshacerte entre mis manos, hijo de la grandísima...!

Esta última injuria, que recordaba a D. Luis la falta de su nacimiento y caía sobre el honor de la persona cuya memoria le era más querida y respetada, no acabó de formularse, no acabó de llegar a sus oídos.

D. Luis, por encima de la mesa, que estaba entre él y el conde, con agilidad asombrosa y con tino y fuerza, tendió el brazo derecho, armado de un junco o bastoncillo flexible y cimbreado, y cruzó la cara de su enemigo, levantándole al punto un verdugón amoratado.

No hubo ni grito, ni denuesto, ni alboroto posterior. Cuando empiezan las manos, suelen callar las lenguas. El conde iba a lanzarse sobre D. Luis para destrozarle si podía; pero la opinión había dado una gran vuelta desde aquella mañana, y entonces estaba en favor de D. Luis. El capitán, el médico y hasta Currito, ya con más ánimo, contuvieron al conde, que pugnaba y forcejeaba ferozmente por desasirse.

-Dejadme libre; dejadme que le mate -decía.

-Yo no trato de evitar un duelo -dijo el capitán-. El duelo es inevitable. Trato sólo de que no luchéis aquí como dos ganapanes. Faltaría a mi decoro si presenciase tal lucha.

-Que vengan armas -dijo el conde-. No quiero retardar el lance ni un minuto... En el acto... aquí.

-¿Queréis reñir al sable? -dijo el capitán.

-Bien está -respondió D. Luis.

-Vengan los sables -dijo el conde.

Todos hablaban en voz baja para que no se oyese nada en la calle. Los mismos criados del casino, que dormían en sillas, en la cocina y en el patio, no llegaron a despertarse.

D. Luis eligió para testigos al capitán y a Currito. El conde, a los dos forasteros. El médico quedó para hacer su oficio, y enarboló la bandera de la Cruz Roja.

Era todavía de noche. Se convino en hacer campo de batalla de aquel salón, cerrando antes la puerta.

El capitán fue a su casa por los sables y los trajo al momento, debajo de la capa que para ocultarlos se puso.

Ya sabemos que D. Luis no había empuñado en su vida un arma. Por fortuna, el conde no era mucho más diestro en la esgrima, aunque nunca había estudiado teología ni pensado en ser clérigo.

Las condiciones del duelo se redujeron a que, una vez el sable en la mano, cada uno de los dos combatientes hiciese lo que Dios le diera a entender.

Se cerró la puerta de la sala.

Las mesas y las sillas se apartaron en un rincón para despejar el terreno. Las luces se colocaron de un modo conveniente. D. Luis y el conde se quitaron levitas y chalecos, quedaron en mangas de camisa y tomaron las armas. Se hicieron a un lado los testigos. A una señal del capitán, empezó el combate.

Entre dos personas que no sabían parar ni defenderse la lucha debía ser brevísima, y lo fue.

La furia del conde, retenida por algunos minutos, estalló y le cegó. Era robusto, tenía unos puños de hierro, y sacudía con el sable una lluvia de tajos sin orden ni concierto. Cuatro veces tocó a D. Luis, por fortuna siempre de plano. Lastimó sus hombros, pero no le hirió. Menester fue de todo el vigor del joven teólogo para no caer derribado a los tremendos golpes y con el dolor de las contusiones. Todavía tocó el conde por quinta vez a D. Luis, y le dio en el brazo izquierdo. Aquí la herida fue de filo, aunque de soslayo. La sangre de D. Luis empezó a correr en abundancia. Lejos de contenerse un poco, el conde arremetió con más ira, para herir de nuevo: casi se metió bajo el sable de D. Luis. Éste, en vez de prepararse a parar, dejó caer el sable con brío y acertó con una cuchillada en la cabeza del conde. La sangre salió con ímpetu y se extendió por la frente y corrió sobre los ojos. Aturdido por el golpe, dio el conde con su cuerpo en el suelo.

Toda la batalla fue negocio de algunos segundos.

D. Luis había estado sereno, como un filósofo estoico, a quien la dura ley de la necesidad obliga a ponerse en semejante conflicto, tan contrario a sus costumbres y modo de pensar; pero, no bien miró a su contrario por tierra, bañado en sangre, y como muerto, D. Luis sintió una angustia grandísima y temió que le diese una congoja. Él, que no se creía capaz de matar un gorrión, acaso acababa de matar a un hombre. Él, que aún estaba resuelto a ser sacerdote, a ser misionero, a ser ministro y nuncio del Evangelio, hacía cinco o seis horas, había cometido o se acusaba de haber cometido en nada de tiempo todos los delitos y de haber infringido todos los mandamientos de la ley de Dios. No había quedado pecado mortal de que no se contaminase. Sus propósitos de santidad heroica y perfecta se habían desvanecido primero. Sus propósitos de una santidad más fácil, cómoda y *burguesa*, se desvanecían después. El diablo desbarataba sus planes. Se le antojaba que ni siquiera podía ya ser un Filemón cristiano, pues no era buen principio para el idilio perpetuo el de rasgar la cabeza al prójimo de un sablazo.

El estado de D. Luis, después de las agitaciones de todo aquel día, era el de un hombre que tiene fiebre cerebral.

Currito y el capitán, cada uno de un lado, le agarraron y llevaron a su casa.

* * *

D. Pedro de Vargas se levantó sobresaltado cuando le dijeron que venía su hijo herido. Acudió a verle, examinó las contusiones y la herida del brazo, y vio que no eran de cuidado, pero puso el grito en el cielo diciendo que iba a tomar venganza de aquella ofensa, y no se tranquilizó hasta que supo el lance, y que D. Luis había sabido tomar venganza por sí, a pesar de su teología.

El médico vino poco después a curar a D. Luis, y pronosticó que en tres o cuatro días estaría don Luis para salir a la calle, como si tal cosa. El conde, en cambio, tenía para meses. Su vida, sin embargo, no corría peligro. Había vuelto de su desmayo, y había pedido que le llevasen a su pueblo, que no dista más que una legua del lugar en que pasaron estos sucesos. Habían buscado un carricoche de alquiler y le habían llevado, yendo en su compañía su criado y los dos forasteros que le sirvieron de testigos.

A los cuatro días del lance, se cumplieron en efecto los pronósticos del doctor, y D. Luis, aunque magullado de los golpes y con la herida abierta aún, estuvo en estado de salir, y prometiendo un restablecimiento completo en plazo muy breve.

En la mañana del día 27 de Junio, después de irse el médico, D. Pedro quedó solo con su hijo; y entonces la tan difícil confesión para D. Luis tuvo lugar del modo siguiente:

-Padre mío- dijo D. Luis-, yo no debo seguir engañando a Ud. por más tiempo. Hoy voy a confesar a Ud. mis faltas y a desechar la hipocresía.

-Muchacho, si es confesión lo que vas a hacer, mejor será que llames al padre vicario. Yo tengo muy holgachón el criterio, y te absolveré de todo, sin que mi absolución te valga para nada. Pero si quieres confiarme algún hondo secreto como a tu mejor amigo, empieza, que te escucho.

-Lo que tengo que confiar a Ud. es una gravísima falta mía, y me da vergüenza...

-Pues no tengas vergüenza con tu padre y di sin rebozo.

Aquí D. Luis, poniéndose muy colorado, y con visible turbación, dijo:

-Mi secreto es que estoy enamorado de... Pepita Jiménez, y que ella...

D. Pedro interrumpió a su hijo con una carcajada y continuó la frase:

-Y que ella está enamorada de ti, y que la noche de la velada de San Juan estuviste con ella en dulces coloquios hasta las dos de la mañana, y que por ella buscaste un lance con el conde de Genazahar a quien has roto la cabeza. Pues, hijo, bravo secreto me confías. No hay perro ni gato en el lugar que no

esté ya al corriente de todo. Lo único que parecía posible ocultar era la duración del coloquio hasta las dos de la mañana, pero unas gitanas buñoleras te vieron salir de la casa y no pararon hasta contárselo a todo bicho viviente. Pepita, además, no disimula cosa mayor; y hace bien, porque sería el disimulo de Antequera... Desde que estás enfermo viene aquí Pepita dos veces al día, y otras dos o tres veces envía a Antoñona a saber de tu salud, y si no han entrado a verte, es porque yo me he opuesto para que no te alborotes.

La turbación y el apuro de D. Luis subieron de punto cuando oyó contar a su padre toda la historia en lacónico compendio.

-¡Qué sorpresa! -dijo-, ¡qué asombro habrá sido el de Ud.!

-Nada de sorpresa, ni de asombro, muchacho. En el lugar sólo se saben las cosas hace cuatro días, y la verdad sea dicha, ha pasmado tu transformación. ¡Miren el cógelas a tientas y mátalas callando, miren el santurrón y el gatito muerto, exclaman las gentes, con lo que ha venido a descogarse! El padre vicario, sobre todo, se ha quedado turulato. Todavía está haciéndose cruces, al considerar cuánto trabajaste en la viña del Señor en la noche del 23 al 24, y cuán variados y diversos fueron tus trabajos. Pero a mí no me cogieron las noticias de susto, salvo tu herida. Los viejos sentimos crecer la yerba. No es fácil que los pollos engañen a los recoveros.

-Es verdad: he querido engañar a Ud. ¡He sido un hipócrita!

-No seas tonto: no lo digo por motejarte. Lo digo para darme tono de perspicaz. Pero hablemos con franqueza: mi jactancia es inmotivada. Yo sé punto por punto el progreso de tus amores con Pepita, desde hace más de dos meses; pero lo sé porque tu tío el deán, a quien escribías tus impresiones, me lo ha participado todo. Oye la carta acusadora de tu tío, y oye la contestación que le di, documento importantísimo de que he guardado minuta.

D. Pedro sacó del bolsillo unos papeles y leyó lo que sigue:

Carta del deán. -«Mi querido hermano: Siento en el alma tener que darte una mala noticia; pero confío en Dios que habrá de concederte paciencia y sufrimiento bastantes para que no te enoje y acibare demasiado. Luisito me escribe, hace días, extrañas cartas, donde descubro, al través de su exaltación mística, una inclinación harto terrenal y pecaminosa hacia cierta viudita, guapa, traviesa y coquetísima, que hay en ese lugar. Yo me había engañado hasta aquí, creyendo firme la vocación de Luisito, y me lisonjeaba de dar en él a la Iglesia de Dios un sacerdote sabio, virtuoso y ejemplar; pero las cartas referidas han venido a destruir mis ilusiones. Luisito se muestra en ellas más poeta que verdadero varón piadoso, y la viuda, que ha de ser de la piel de Barrabás, le rendirá con poco que haga. Aunque yo escribo a Luisito amonestándole para que huya de la tentación, doy ya por seguro que caerá en ella. No debiera esto pesarme, porque si ha de faltar y ser galanteador y cortejante, mejor es que su mala condición se descubra con tiempo y no llegue a ser clérigo. No vería yo, por lo tanto, grave inconveniente en que Luisito siguiera ahí, y fuese ensayado y analizado en la piedra de toque y crisol de tales amores, a fin de que la viudita fuese el reactivo por medio del cual se descubriera el oro puro de sus virtudes clericales o la baja liga con que el oro está mezclado; pero tropezamos con el escollo de que la dicha viuda, que habíamos de convertir en fiel contraste, es tu pretendida y no sé si tu enamorada. Pasaría, pues, de castaño oscuro el que resultase tu hijo rival tuyo. Esto sería un escándalo monstruoso, y, para evitarle con tiempo, te escribo hoy, a fin de que, pretextando cualquiera cosa, envíes o traigas a Luisito por aquí, cuanto antes mejor».

Don Luis escuchaba en silencio y con los ojos bajos. Su padre continuó:

-A esta carta del deán contesté lo que sigue:

Contestación. -«Hermano querido y venerable padre espiritual: mil gracias te doy por las noticias que me envías y por tus avisos y consejos. Aunque me precio de listo, confieso mi torpeza en esta ocasión. La vanidad me cegaba. Pepita Jiménez, desde que vino mi hijo, se me mostraba tan afable y cariñosa que yo me las prometía felices. Ha sido menester tu carta para hacerme caer en la cuenta. Ahora comprendo que, al haberse humanizado, al hacerme tantas fiestas y al bailarme el agua delante, no miraba en mí la

pícara de Pepita sino al papá del teólogo barbilampiño. No te lo negaré: me mortificó y afligió un poco este desengaño en el primer momento; pero después lo reflexioné todo con la madurez debida, y mi mortificación y mi aflicción se convirtieron en gozo. El chico es excelente. Yo le he tomado mucho más afecto desde que está conmigo. Me separé de él y te lo entregué para que le educases, porque mi vida no era muy ejemplar, y en este pueblo, por lo dicho y por otras razones, se hubiera criado como un salvaje. Tú fuiste más allá de mis esperanzas y aun de mis deseos, y por poco no sacas de Luisito un Padre de la Iglesia. Tener un hijo santo hubiera lisonjeado mi vanidad; pero hubiera sentido yo quedarme sin un heredero de mi casa y nombre, que me diese lindos nietos, y que después de mi muerte disfrutase de mis bienes, que son mi gloria, porque los he adquirido con ingenio y trabajo, y no haciendo fulleras y chanchullos. Tal vez la persuasión en que estaba yo de que no había remedio, de que Luis iba a catequizar a los chinos, a los indios y a los negritos de Monicongo, me decidió a casarme para dilatar mi sucesión. Naturalmente puse mis ojos en Pepita Jiménez, que no es de la piel de Barrabás como imaginas, sino una criatura remonísima, más bendita que los cielos y más apasionada que coqueta. Tengo tan buena opinión de Pepita que si volviese ella a tener dieciséis años y una madre imperiosa que la violentara, y yo tuviese ochenta años como D. Gumersindo, esto es, si viera ya la muerte en puertas, tomaría a Pepita por mujer para que me sonriese al morir como si fuera el ángel de mi guarda que había revestido cuerpo humano, y para dejarle mi posición, mi caudal y mi nombre. Pero ni Pepita tiene ya dieciséis años, sino veinte, ni está sometida al culebrón de su madre, ni yo tengo ochenta años, sino cincuenta y cinco. Estoy en la peor edad, porque empiezo a sentirme hartito averiado, con un poquito de asma, mucha tos, bastantes dolores reumáticos y otros alifafes, y sin embargo, maldita la gana que tengo de morirme. Creo que ni en veinte años me moriré, y como le llevo veinticinco a Pepita, calcula el desastroso porvenir que le aguardaba con este viejo perdurable. Al cabo de los pocos años de casada conmigo hubiera tenido que aborrecerme, a pesar de lo buena que es. Porque es buena y discreta no ha querido, sin duda, aceptarme por marido, a pesar de la insistencia y de la obstinación con que se lo he propuesto. ¡Cuánto se lo agradezco ahora! La misma puntita de vanidad lastimada por sus desdenes se embota ya al considerar que, si no me ama, ama mi sangre; se prenda del hijo mío. Lejos de llevarte al chico otra vez, le retendré aquí, hasta por fuerza, si es necesario. Me decido a conspirar contra su vocación. Sueño ya con verle casado. Y no entiendas que voy a limitarme a esperar que cuaje el naciente noviazgo, sino que he de trabajar para que cuaje. Siguiendo tu comparación, pues que transformas a Pepita en crisol, y a Luis en metal, yo buscaré o tengo buscado ya un fuelle o soplete utilísimo, que contribuya a avivar el fuego para que el metal se derrita pronto. Este soplete es Antoñona, nodriza de Pepita, muy lagarta, muy sigilosa y muy afecta a su dueño. Antoñona se entiende ya conmigo, y por ella sé que Pepita está muerta de amores. Hemos convenido en que yo siga haciendo la vista gorda y no dándome por entendido de nada. El padre vicario, que es un alma de Dios, siempre en Babia, me sirve tanto o más que Antoñona, sin advertirlo él: porque todo se le vuelve a hablar de Luis con Pepita, y de Pepita con Luis; de suerte que este excelente señor, con medio siglo en cada pata, se ha convertido ¡oh milagro del amor y de la inocencia! en palomito mensajero, con quien los dos amantes se envían sus requiebros y finezas, ignorándolo también ambos. Tan poderosa combinación de medios naturales y artificiales debe dar un resultado infalible. Ya te le diré al darte parte de la boda, para que vengas a hacerla, o envíes a los novios tu bendición y un buen regalo».

Así acabó D. Pedro de leer su carta, y al volver a mirar a D. Luis, vio que D. Luis había estado escuchando con los ojos llenos de lágrimas.

El padre y el hijo se dieron un abrazo muy apretado y muy prolongado.

* * *

Al mes justo de esta conversación y de esta lectura, se celebraron las bodas de D. Luis de Vargas y de Pepita Jiménez.

Temeroso el señor deán de que su hermano le embromase demasiado con que el misticismo de Luisito había salido huero, y conociendo además que su papel iba a ser poco airoso en el lugar, donde todos dirían que tenía mala mano para sacar santos, dio por pretexto sus ocupaciones y no quiso venir, aunque envió su bendición y unos magníficos zarcillos, como presente para Pepita.

El padre vicario tuvo, pues, el gusto de casarla con D. Luis.

La novia, muy bien engalanada, pareció hermosísima a todos, y digna de trocarse por el cilicio y las disciplinas.

Aquella noche dio D. Pedro un baile estupendo en el patio de su casa y salones contiguos. Criados y señores, hidalgos y jornaleros, las señoras y señoritas y las mozas del lugar, asistieron y se mezclaron en él, como en la soñada primera edad del mundo, que no sé por qué llaman de oro. Cuatro diestros, o si no diestros, infatigables guitarristas, tocaron el fandango. Un gitano y una gitana, famosos cantadores, entonaron las coplas más amorosas y alusivas a las circunstancias. Y el maestro de escuela leyó un epitalamio, en verso heroico.

Hubo hojuelas, pestiños, gajorros, rosquillas, mostachones, bizcotelas y mucho vino para la gente menuda. El señorío se regaló con almibares, chocolate, miel de azahar y miel de prima, y varios rosolis y mistelas aromáticas y refinadísimas.

D. Pedro estuvo hecho un cadete: bullicioso, bromista y galante. Parecía que era falso lo que declaraba en su carta al deán, del reuma y demás alifafes. Bailó el fandango con Pepita, con sus más graciosas criadas y con otras seis o siete mozueltas. A cada una, al volverla a su asiento, cansada ya, le dio con efusión el correspondiente y prescrito abrazo, y a las menos serias, algunos pellizcos, aunque esto no forma parte del ceremonial. D. Pedro llevó su galantería hasta el extremo de sacar a bailar a doña Casilda, que no pudo negarse, y que, con sus diez arrobas de humanidad y los calores de Julio, vertía un chorro de sudor por cada poro. Por último, don Pedro atracó de tal suerte a Currito, y le hizo brindar tantas veces por la felicidad de los nuevos esposos, que el mulero Dientes tuvo que llevarle a su casa a dormir la mona, terciado en una borrica como un pellejo de vino.

El baile duró hasta las tres de la madrugada; pero los novios se eclipsaron discretamente antes de las once y se fueron a casa de Pepita. D. Luis volvió a entrar con luz, con pompa y majestad, y como dueño legítimo y señor adorado, en aquella limpia alcoba, donde poco más de un mes antes había entrado a oscuras, lleno de turbación y zozobra.

Aunque en el lugar es uso y costumbre, jamás interrumpida, dar una terrible cencerrada a todo viudo o viuda que contrae segundas nupcias, no dejándolos tranquilos con el resonar de los cencerros en la primera noche del consorcio, Pepita era tan simpática y don Pedro tan venerado y D. Luis tan querido, que no hubo cencerros ni el menor conato de que resonasen aquella noche: caso raro que se registra como tal en los anales del pueblo.

FIN

ANEXO 2 ETIMOLOGÍAS

La Etimología es la ciencia que se ocupa de estudiar el origen de las palabras, la razón de su existencia, de su significación y de su formación. En castellano, cada palabra está formada por una **raíz** o **radical** —que permanece invariable— y el **sufijo**, que como sabemos, se agrega a la última letra de la raíz. En algunos casos, los términos también reciben la incorporación de uno o más elementos al comienzo, esto es, el **prefijo**.

PREFIJOS

El **prefijo** es la letra o letras que se antepone a una palabra, para formar otra, compuesta. En nuestro idioma, pueden ser de origen latino, griego o castellano (propio de nuestra lengua).

Raíces Griegas

- | | |
|---|--|
| 1. A, (n) = sin, carencia, privación | 43. deonto =deber |
| 2. acro =altura, extremidad | 44. derma (to), dermis = piel |
| 3. aero = aire | 45. di, du = dos |
| 4. agora = público | 46. dialecto = discutir |
| 5. agro = campo | 47. diplo =doble |
| 6. algia, algesia = dolor | 48. dis = difícil, doloroso |
| 7. amígdala =angina, almendra | 49. dodeca = doce |
| 8. ana = arrima, afuera | 50. dogma (to) = principio de fe, dogma |
| 9. andro = varón | 51. dromo, drome = carrera |
| 10. anglo = inglés | 52. ectomía = extirpación |
| 11. anquilo =tieso | 53. ego = yo |
| 12. anti =contra, enfrente | 54. electro = electricidad, ámbar |
| 13. antropo, entropía = hombre | 55. emporio = centro de comercio |
| 14. aracno = araña | 56. en (do) = dentro |
| 15. arquía, arca = gobierno, principio | 57. encéfalo, encefalia = cerebro |
| 16. astro = astro | 58. endeca = once |
| 17. auto = uno mismo | 59. enea = nueve |
| 18. axio = valor | 60. entero, entería = intestino delgado |
| 19. bari, baro = grave, pesado | 61. escéptico = que duda, que reflexiona |
| 20. biblio = libro | 62. esclero, esclerosis = endurecimiento |
| 21. bio = vida, ser vivo | 63. esfera = esfera |
| 22. cardio, cardia = corazón | 64. esotérico = interior, secreto |
| 23. categoría = afirmación | 65. esperma = esperma |
| 24. cefal, cefalo, cefalia = cabeza | 66. esquizo = dividir |
| 25. centro = centro | 67. esteto, estesia = sensación, sensibilidad |
| 26. ciclo = círculo, ciclo | 68. estrepito = trenzado en forma de cadena |
| 27. ciro, quiro = mano | 69. etno, etnia = raza |
| 28. cirrosis =duro, endurecimiento | 70. eu =bien, buen |
| 29. cito, citosis = célula | 71. ex (o) = afuera |
| 30. clepto = robar | 72. fago, magia = devorar |
| 31. claustró = encerrado | 73. falo = pene |
| 32. cloro = verde | 74. faringo = faringe |
| 33. colo (n) = intestino grueso, colon | 75. fenómeno = lo que aparece |
| 34. copro = excremento | 76. fibro = fibra |
| 35. cosmo = mundo, adorno | 77. filo = amigo, aficionado, amante, hoja |
| 36. cracia, crata = gobierno, poder | 78. fito = planta |
| 37. cripto = oculto, secreto, en clave | 79. flebo = vena |
| 38. chromo, cromato = color | 80. fobia = horror, miedo, aversión |
| 39. crono, cronía = tiempo | 81. fono, fonía = sonido |
| 40. dactilo, dactilia =dedo | 82. fos, foto = luz |
| 41. deca = diez | 83. gamia, gama, gameteo = matrimonio |
| 42. demo, demia = pueblo | 84. gastro, gastrío = estómago |

85. géneo = género
86. génesis, genesis = origen
87. geo = tierra
88. geronto = anciano
89. gine, gineco, ginia = mujer
90. glota, gotis, glosa = lengua
91. gluco = azúcar
92. gnosto, gnosis = conocimiento
93. grafía = letra, descripción, escritura
94. hecto, hecaton = cien
95. hedone = placer
96. helio = sol
97. hemi = mitad, casi
98. hemo, hemato, emia = sangre
99. hipno = sueño
100. hepta = siete
101. hetero = otro, diferente, distinto
102. hexa= seis
103. hidro, hidrato = agua, líquido
104. hiper = sobre, exceso, aumento
105. hipo = debajo, disminución
106. hispano = español
107. histero = útero
108. historio = historia
109. homo, homeo = semejante
110. iatro, iatra, iatría = médico, medicina
111. ico, ica =relativo a ...
112. icono = imagen
113. iso = igual
114. itis = inflamación, irritación
115. kilo = mil
116. latra, latría = adoración, culto
117. lipo, lípido = grasa
118. lito = piedra, cálculo
119. logía = ciencia, estudio, tratado
120. logo = razón, palabra, especialista
121. macro = grande
122. mancia, mante =adivinación
123. mano, manía = enfermedad mental
124. maquia = lucha
125. masto = pecho, pezón, mama
126. mecano = máquina
127. mega, megalia = agrandamiento
128. melo = música
129. meno = luna, menstruación
130. meta = más allá de
131. metro = madre, aparato que mide
132. micro = pequeño
133. miria = diez mil
134. miso = odio, aversión
135. mito = cuento, fábula
136. místico = misterioso
137. mono = uno solo, único
138. morfo, morfía = forma
139. narco = sueño
140. nauta = marinero, viajero, navegante
141. necro = cadáver
142. neo = nuevo
143. neuro = nervio
144. nicto = noche
145. nomía = ciencia de las leyes de ...
146. nomo = ley
147. octo, octa = ocho
148. oftalmo = ojo
149. oda, odía = canto
150. onco = cáncer
151. oniro = sueño
152. onto = ser
153. opto, opia = vista
154. orexia = apetito, hambre
155. orto = recto, correcto
156. osteo, -ostio = hueso
157. oto = oído
158. paleo = antiguo
159. parábola = comparación
160. pato, patía = enfermedad
161. penta = cinco
162. piro = fuego
163. piteco = simio, chango
164. plasto, plastía = reparar, formar
165. plejía = parálisis
166. pluto = rico
167. podo = pie
168. poli = muchos, ciudad
169. polita = ciudadano
170. porno = prostitución
171. praxis = actividad humana
172. pro = antes de, delante de, a favor de
173. procto = ano
174. protón = primero
175. psico = mente
176. rino = nariz
177. sismo = terremoto, telurismo
178. sofía = sabiduría
179. tanato, tanasia = muerte
180. taqui = rápido
181. tauro = toro
182. tauto = lo mismo
183. taxia = orden
184. tecno, tecnia = arte, técnica
185. tele = lejos
186. teo, tei = Dios
187. terapeuta, terapia = curación, tratamiento
188. termo, -termia = calor, temperatura
189. tesis = afirmación, posición
190. tetra = cuatro
191. tipo, tipia = imagen, modelo
192. tomo, tomía = corte, abertura
193. topo, topía = lugar
194. toxo, tóxico = veneno, venenoso
195. trauma, traumato = herida, lesión
196. trofo, trofia = desarrollo, crecimiento
197. trombo = coágulo
198. uro, uria = orina, cola
199. xeno = extranjero
200. zoo = animal

Raíces Latinas

1. **ab** = separación
2. **ad** = junto a adjunto
3. **anima** = alma
4. **ante** = antes
5. **apis** = abeja
6. **aqua** (acu) = agua
7. **argentum** = plata
8. **argumentum** = demostración, argumento
9. **artis** = arte
10. **artus** = articulación
11. **baculum** = bastón
12. **bellum** = guerra
13. **bene** = bien
14. **bis** = dos veces
15. **bonus, bona, bonum** = bueno
16. **bull** = bola, burbuja
17. **capillus, capilli** = cabello
18. **centum** = cien
19. **circun** (m) = alrededor
20. **civis** = ciudadano
21. **concipere, conceptum** = concebir
22. **contra** = contra, oposición
23. **copia** = abundancia
24. **copula** = unión, atadura, lazo
25. **corpus, corporis** = cuerpo
26. **cura** = cuidado
27. **de, des, di, dis** = separación
28. **deus, dei** = dios
29. **dentis** = diente
30. **dignus** = digno
31. **domus** = casa
32. **ducere, ductum** = conducir
33. **duo** = dos
34. **ex** = fuera de
35. **extra** = fuera
36. **facio** = hacer
37. **in** = dentro de, no
38. **infra** = debajo
39. **insula** = isla
40. **libido** = deseo sexual
41. **macula** = mancha
42. **nihil** = nada
43. **nomen, nominis** = nombre
44. **octo** = ocho
45. **omnis** = todo
46. **per** = a través de
47. **petra** = piedra
48. **post** = después de
49. **pro** = a favor de, en lugar de
50. **puer, pueri** = niño, infante
51. **pusillus** = débil
52. **qualitas** = cualidad
53. **quantitas** = cantidad
54. **quinque** = cinco
55. **retro** = hacia atrás
56. **rota** = rueda
57. **semi** = mitad
58. **septem** = siete
59. **sex** = seis
60. **signum** = señal
61. **silva** = selva
62. **similis** = semejante
63. **somnum** = sueño
64. **sortis** = suerte
65. **sub (su, so)** = debajo de
66. **supra** = encima
67. **tabula** = tabla, pizarra
68. **tangere, tactum** = tocar
69. **ubi** = donde
70. **ultra** = más allá de
71. **vates** = adivino
72. **verus, vera, verum** = verdadero
73. **versus** = en contra
74. **vetus, veteris** = viejo
75. **videre, visum** = ver
76. **virus** = veneno
77. **virgo, virginis** = virgen
78. **vita** = vida
79. **volitio** = voluntad
80. **vulneris** = herida

ANEXO 3 LOCUCIONES LATINAS

apud	(apud):	Apoyado por.
c. ca.	(circa):	Acerca. Datos aproximados.
cfr., c.fr o cf.	(confere):	Compárese o cotéjese. Se emplea cuando se comparan o cotejan opiniones o cuando de la definición de varios autores se hace otra, o bien, para señalar nuevas fuentes de conocimiento. Se usan cuando no se ha citado textualmente lo que dice el autor.
cit. pos	(citatum pos):	Citado por. Cuando un autor y su obra son citados por otro en su obra.
e. g.	(exemplia gratia):	Por ejemplo.
et al.	(et alii):	Y otros.
et seq.	(et sequens):	Y lo que sigue.
ibidem, ibid., ib.,	(ibídem)	La misma fuente. Se utiliza cuando se repite la fuente anterior, comprende obra, autor, tomo y páginas. Aunque la página puede variar. Si es así, se anota de lo contrario, no.
idem., id.	(castellanizado):	
infra	(Infra):	Abajo, posteriormente. Cuando se refiere o remite a una parte posterior de la propia obra. Va precedido de la palabra véase.
loc. cit.	(locus citatus):	Locución citada. Se usa cuando se vuelve a utilizar una locución o texto citado. Requiere que la obra de la que procede ya haya sido citada; que señale en el texto el nombre del autor y que se oriente al lector hacia el texto o locución ya citada.
N. T.	(nota del traductor):	Se usa cuando el traductor hace alguna aclaración o interpretación.
op. cit. u	(opus citatum)	Obra citada. Se utiliza cuando se vuelve a citar la obra de un autor. Se emplea después del apellido de autor. No se usa cuando se citan dos obras o más del mismo autor. En lugar de la obra, se inserta la locución y el número de página. Si en el texto se menciona al autor, sólo se escribe la locución y la página.
ob. cit.	(castellanizado)	
passim	(passim):	Indistintamente, en cualquier lugar. Es una afirmación. Un dato que se puede encontrar en cualquier lugar. Es más frecuente en obras literarias.
S.L.	(sine locus)	Sirve para señalar que se desconoce el lugar de la edición, no aparece registrado en la obra.
supra	(supra):	Arriba, anteriormente. Se usa cuando se refiere o remite a una parte anterior de la propia obra. Va precedido de la palabra véase.
(sic.)	(Sicut):	Léase como está. Se usa entre paréntesis para señalar que un evidente error estaba en el original. A menudo es usado en tono irónico.
vid.	(videtur):	Véase. Generalmente se emplea vid Infra, vid supra o cfr. vid y es la indicación de que se vea o consulte algún aspecto de la obra.
v. gr.	(verbi gratia):	Por ejemplo.
vs.	(verse, versus):	Contra, en comparación con.

ANEXO 4 FICHAS Y CITAS

El investigador requiere de obtener información para realizar su trabajo para ello emplea tarjetas de 12.5 x 7.5 cm, conocidas como fichas bibliográficas.

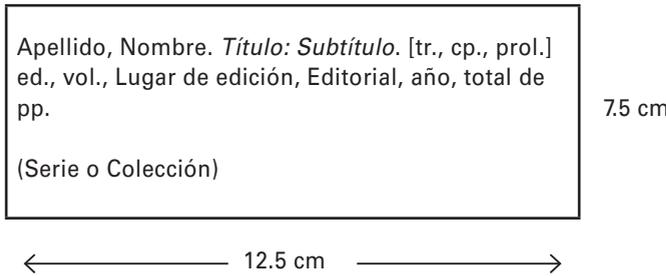
Existen distintos tipos de fichas bibliográficas según la fuente sea un impreso, una imagen o una grabación; sin embargo, los datos que se registran son básicos y semejantes.

Los datos que se registran son los siguientes

Bibliografía

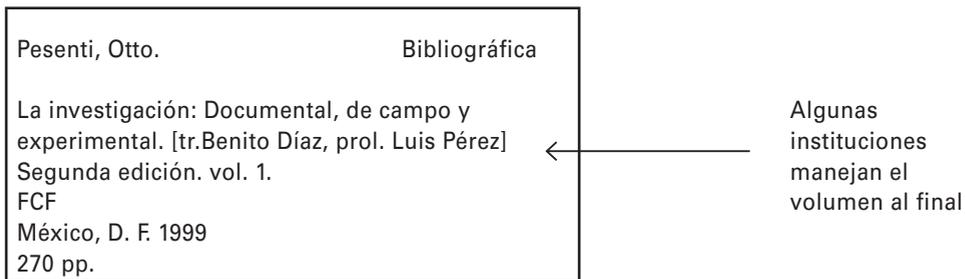
Existen varias formas de distribuir la información, el modelo editorial latino tiene la siguiente estructura:

Formato



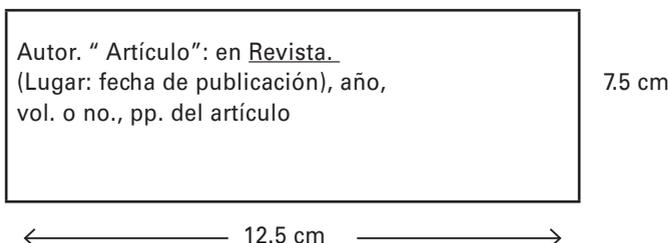
- tr. Traductor
- cp. Compilador
- prol. Prologuista
- ed. Edición
- vol. Volumen
- pp. páginas (algunas instituciones manejan págs.)
- no. número

Ejemplo



Hemerográfica

Revista



Ejemplo

Rosas U., Myrna E. "La inteligencia", en Información científica y tecnológica.
(México, D. F. : febrero, 1993),
vol. 14, no. 197, pp.46 y 47

Periódico

Autor. " Artículo": en Periódico.
(Lugar, día, mes. año),
pp. del artículo.

7.5 cm

← 12.5 cm →

Ejemplo

García C., Gastón. "La lucha por el poder", en Excélsior: El periódico de la vida nacional.
(México, D. F., 8 de septiembre, 1993),
pp. 6 y 8 -A

Notas a pie de página en el cuerpo del trabajo

Estas notas son bibliográficas o de referencia, contienen información sobre el autor y el título del libro, deben registrarse sin alfabetizar en el mismo orden en que se citan las obras, al contrario de lo que ocurre con la bibliografía, que se ordena alfabéticamente de acuerdo con el apellido. Se deben incluir los siguientes elementos:

1. El nombre o iniciales del autor debe consignarse antes de los apellidos. Los nombres de los autores no se invierten en las notas.
2. Los apellidos paternos se deben escribir sin abreviaturas.
3. Cuando se trate de dos o más autores se emplea "y".
4. Las notas incluidas en trabajos de más de cuatro autores deben mencionar el nombre y apellido del primer autor, seguido de la palabra et al. (y otros).
5. El título del libro debe escribirse completo, si es largo se puede abreviar; debe estar en cursivas.
6. Número de la edición.
7. Ciudad en donde se editó, le sigue coma y posteriormente el nombre de la editorial.
8. Número de tomo o volumen, siempre abreviado con el punto que indica la abreviatura.
9. Año de publicación.
10. La palabra "página" debe estar abreviada p. o pp.
11. El número de la página.
12. El punto final.

Ejemplo:

El mundo no ha cambiado, somos repetitivos, sólo nos interesamos en nosotros mismos, los niños, los ancianos, la naturaleza y las comunidades rurales no importan; el tráfico o maltrato a los necesitados ha existido siempre “nobles arruinados que trataban de apoderarse de los niños para venderlos o para hacerles trabajar a su servicio”¹.

¹Thea Beckman. *Cruzada en 'jeans'*. México, Editorial SM, 2000 p. 56.

Si existe una segunda nota que refiera a la misma obra, se puede sustituir tanto el autor como el título por la palabra *Ibíd.*, abreviatura de *Ibidem*, adverbio latino que significa “lo mismo”, “allí mismo”, “en el mismo lugar”.

² *Ibíd.*, p. 72.

Como es obvio, el “*Ibíd.*” sólo debe usarse en una o dos citas de la misma obra, pues si entre la nota 2 y la 3 se interpone otra referencia, el *Ibíd.* Sólo se referirá a esta última, y no a la anterior.

Cuando se cita varias veces un libro, pero entre cada una de las mismas se interponen otras obras, se puede escribir la palabra castellana, *ob. cit.*, o si se prefiere las latinas *op.cit.*; cualesquiera que sea la que se decida escoger, debe usarse uniformemente en todo el manuscrito. Se leerá:

³Thea, Beckman. *op. cit.*, p. 56. Cuando en un mismo capítulo se cite dos o más obras de un mismo autor, después de que se haya dado la ficha completa de ellas.

⁴ Norma Román Calvo. *Para leer un texto dramático*. México, Editorial PAX MÉXICO, 2003 p. 19

Se debe continuar citándolas de la siguiente forma:

⁵ Norma Román Calvo, *Teatro y Verso*, p. 19

⁶ Norma Román Calvo. *Teatro moderno*, p. 28

Si una obra se cita con frecuencia, la primera vez se escribe la referencia completa, después se abrevia y se escribe sólo las primeras palabras seguidas de puntos suspensivos.

Primera cita:

⁷ Norma Román Calvo. *Para leer un texto dramático*. México, Editorial PAX MÉXICO, 2003 p. 89

Segunda cita:

⁸ Norma Román Calvo. *Para leer un texto...* p. 98

En atención al lector, que muchas veces debe retroceder treinta páginas para saber cuál es la obra citada, es conveniente, en el caso de que haya muchas notas, repetir de vez en cuando el nombre completo del libro citado, si son varios capítulos es necesario en cada uno.

Cuando se citen con frecuencia publicaciones periódicas, los títulos se reducen a siglas sin punto: Revista Mexicana de Literatura (RML). Cuando son varias publicaciones incluir al principio una lista de abreviaturas. Si las utilizadas son pocas, primero se escribe el nombre completo de las revista y después las siglas entre paréntesis y después sólo la abreviatura.

Cuando son *citas textuales* breves se transcriben con exactitud

1. Se encierran entre comillas (" ") el texto citado.
2. Cuando por necesidad del investigador intercala alguna frase o palabras, éstas se encierran entre corchetes [] para indicar que no corresponde al original, o que han sido agregadas por el propio investigador.
3. Es necesario indicar con puntos suspensivos y entre paréntesis o corchetes () [] cuando un texto se omite y no aparece de esa forma en el original. Se emplea las veces que se requiera.
4. Si hay necesidad de otra cita, se incluye comillas sencillas (') en el texto que se intercale dentro de otra referencia textual.

Cuando son *citas largas*

1. No se integra al texto. Se escribe dos espacios abajo.
2. Se dejan dos o tres espacios separados de los márgenes laterales.
3. No se encierra entre comillas.
4. Al final de la misma se coloca el número arábigo que corresponde a la referencia bibliográfica
5. Cuando al transcribir se encuentra un error ortográfico en el texto, se coloca entre paréntesis la palabra latina (sic) que significa que así se encontró en la fuente

Elaboración de una lista bibliográfica

La bibliografía que aparece al final del trabajo debe estar ordenada alfabéticamente.

1. Al inicio debe escribir la palabra BIBLIOGRAFÍA, centrada con mayúsculas, dejando dos espacios hacia abajo.
2. Cada entrada debe comenzar en el margen izquierdo y en el segundo renglón es necesario dejar cinco espacios.
3. La bibliografía debe ser ordenada alfabéticamente con base en el apellido de los autores o editores; cuando no existen se toma el título.
4. Si la lista incluye dos o más trabajos de un mismo autor, sólo se debe mencionar la primera vez el apellido y nombre del autor, después se colocan tres guiones y un asterisco, abajo el apellido del autor. Las siguientes entradas deben ordenarse según el título o fecha.
5. Es necesario mencionar el apellido y nombre del autor o editor. Si son dos o más autores se emplea "y"; para realizar trabajos con más de cuatro autores, se escribe el primer autor por su apellido y de los demás autores se escribe el nombre y apellido.
6. No se enumera la bibliografía.
7. Entre cada bibliografía se debe dejar un espacio.

Formato básico de un libro

Román Calvo, Norma. *Para leer un texto dramático*. México, Editorial PAX MÉXICO, 2003.

Formato básico de dos o tres autores

Azaola, Elena y Cristina José Yacamán. *Las mujeres olvidadas*. México, El Colegio de México, 2003.

Formato básico de cuatro o más autores

Estrada, Mauro, et. al. *Psicología de la organización*. México, Trillas, 1996.

Formato básico de autor desconocido

Filosofía de la imaginación. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Formato básico de artículo de una revista

Semo, Enrique. "Diálogos mexicanos", Proceso 26 de abril 1998: 38.

Formato básico de artículo de un periódico

Aguilar Camín, Héctor. "Archivos de Bucareli". La Jornada 1 de junio 1998: 12.

Formato básico de periódico electrónico

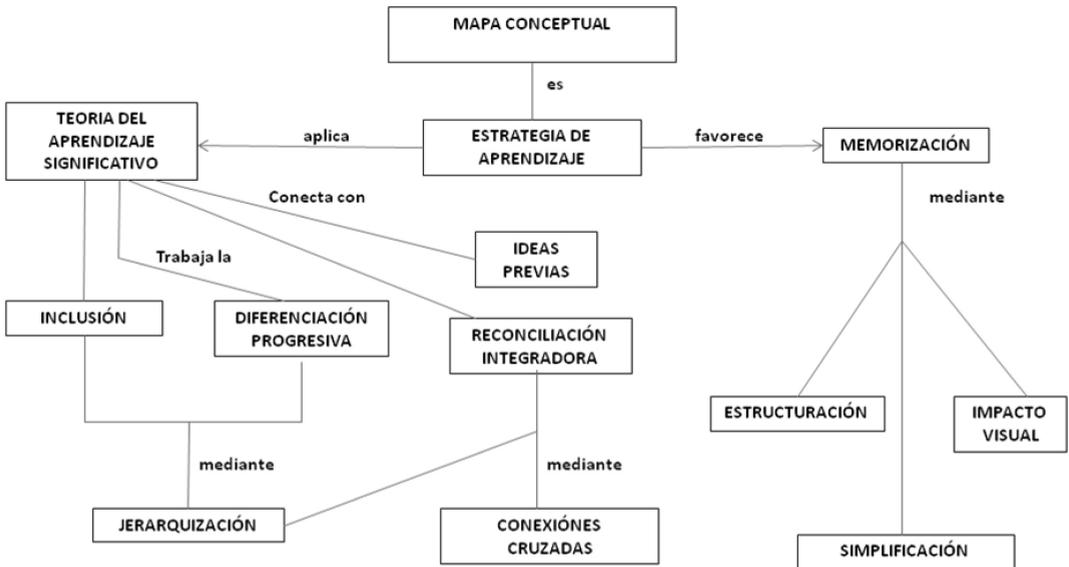
Aguilar Camín, Héctor. "Archivos de Bucareli". La Jornada 1 de junio 1998: 12.

ANEXO 5
MAPA CONCEPTUAL

Es una forma práctica de presentar gráficamente un tema y sus conceptos.

Los mapas conceptuales deben ser jerárquicos; es decir, los conceptos más generales e inclusivos deben situarse en la parte superior del mapa y los menos inclusivos, en la inferior.

- *Concepto*: objeto que se designa a través de un término (sustantivos, a veces acompañados de un adjetivo).
- *Palabras de enlace*: se utilizan para unir los conceptos, van fuera de los cuadros o círculos (verbos, preposiciones, artículos).



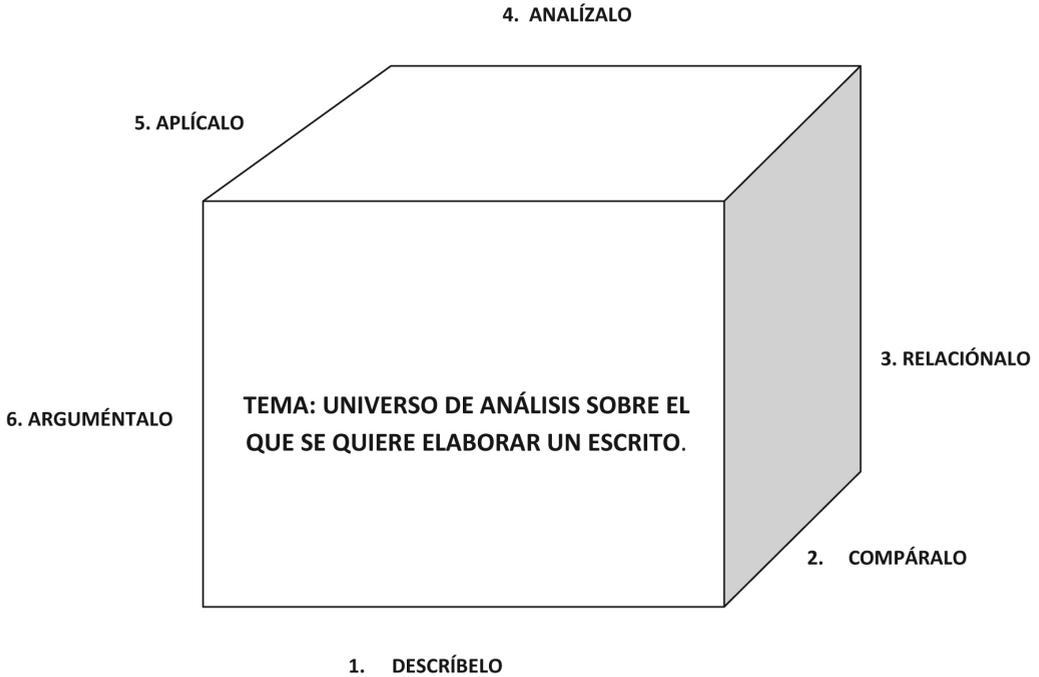
TIPS:

- No se debe confundir el mapa conceptual con el mapa mental, que suele tener colores y dibujos.
- No es correcto pretender que un mapa conceptual es lo mismo que un resumen metido en cuadros.
- Dentro de cada cuadro o círculo sólo va un concepto, no dos ni tres ni todos los que quepan para ahorrar espacio.

ANEXO 6 TÉCNICA DEL CUBO

La técnica del cubo es plateada por Daniel Cassany en su libro “La cocina de la escritura” para desarrollar temas por escrito o explorar temas que se presentarán desde en una exposición hasta en un libro.

Resulta ideal cuando se quiere trabajar el ensayo filosófico, porque es una manera de “calentar motores” y aclarar ideas y posturas, incluso cuando nos lleva a cambiar de tema es útil, pues eso significa que no teníamos claro el universo de análisis sobre el que pretendíamos escribir.



Consiste en estudiar las seis caras posibles de un hecho o tema a partir de los seis puntos de vista siguientes:

1. **Describe:** ¿Cómo lo ves? En filosofía se debe describir objetivamente el fenómeno de análisis antes de llegar al punto de vista personal.
2. **Compáralo:** ¿A qué se parece o de qué se diferencia? Se busca distinguirlo de para definirlo.
3. **Relaciónalo:** ¿Con qué se relaciona? Todo fenómeno de análisis filosófico se relaciona con una serie de conceptos que previamente se deben asentar y, asimismo, con una serie de trabajos previos que sobre este tema han hablado. Así como también, con una realidad circundante.
4. **Análizalo:** ¿Cuántas partes tiene?, ¿cuáles?, ¿cómo operan e interactúan?
5. **Aplicalo:** ¿Cómo se utiliza?, ¿para qué? o ¿qué repercusiones sociales, culturales o ideológicas presenta?
6. **Argumentalo:** ¿Qué se puede decir a favor y en contra?

Lo cual me lleva, antes de escribir sin ton ni son, a reflexionar sobre lo elemental: ¿cuál es mi tema?, ¿quién ha escrito sobre él antes que yo?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿qué han dicho al respecto?, ¿por qué quiero hablar de esto? y ¿cómo quiero hacerlo?

ANEXO 7 ÉNFASIS

El siguiente esquema presenta los énfasis con que está diseñado el proyecto educativo del Instituto de Filosofía a los que se hace referencia en la introducción y en obediencia a los cuales fue creada esta guía.

Semestre	Comprensión			3°	4°	5°		6°
	1°	2°	3°			problematicar	Transfencia de conocimientos	
Énfasis	Lector							
Hábito	de estudio							
Habilidad	<ul style="list-style-type: none"> - Identificar ideas principales de un texto. - redactar con ortografía y sintaxis adecuada. - expresar oralmente sus opiniones y hallazgos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Identificar ideas principales y secundarias. - Identificar términos/conceptos clave. - Comenzar investigaciones documentales y referirlas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Separar y reconocer relaciones que existen entre elementos del texto. - Identificar problema filosófico tratado. - Identificar supuestos e implicaciones del tratamiento. 	<ul style="list-style-type: none"> - Realizar debates con guión, ensayo u otras actividades para la valoración de ideas, problemáticas y propuestas para sopesar determinada información, contenido o ideas en relación a ciertos criterios o parámetros. Entre ellos: <ul style="list-style-type: none"> - Qué ideas son más influyentes en una época, o para comprender un fenómeno. - Si podría sostenerse un núcleo de ideas en un contexto, situación, acción, comportamiento o condición - Comparar núcleos de ideas y ponderar cuál es sostenible en términos de coherencia interna. - Realizar una jerarquía de ideas de lo principal o más importante a lo menos importante. - Formular diversas preguntas al texto. 	<ul style="list-style-type: none"> - Desarrollar propuestas y planteamientos diferentes o alternativos a los estudiados. 			<ul style="list-style-type: none"> - Proponer aplicación y uso de conceptos, ideas, categorías a diferentes contextos
Actividades de aprendizaje	<ul style="list-style-type: none"> - Ejercicios de identificación de ideas principales: de falacias, indicadores de premisas y conclusiones. (Cuadros sinópticos, organizadores gráficos). - Situaciones estructuradas en que expresen opiniones y hallazgos. 	<ul style="list-style-type: none"> - Responder cuestionarios específicos sobre lectura. - Glosario de conceptos y/o de términos no entendidos; - Elaborar distintos tipos de fichas a partir de las lecturas. - Acudir a investigar en fuentes bibliográficas; Pequeños reportes sobre esas investigaciones. - Breves exposiciones con preguntas específicas. 	<ul style="list-style-type: none"> - Breve exposición con un guión sobre determinados elementos del texto. - Responder preguntas sobre supuestos o implicaciones (a partir de otros temas estudiados antes). - Ejercicios de análisis y síntesis de un texto leído. - Comparar autores, ideas, corrientes. - Debate para exponer argumentos. - Breve ensayo sobre lo anterior. 	<ul style="list-style-type: none"> - Realizar debates con guión, ensayo u otras actividades para la valoración de ideas, problemáticas y propuestas para sopesar determinada información, contenido o ideas en relación a ciertos criterios o parámetros. Entre ellos: <ul style="list-style-type: none"> - Qué ideas son más influyentes en una época, o para comprender un fenómeno. - Si podría sostenerse un núcleo de ideas en un contexto, situación, acción, comportamiento o condición - Comparar núcleos de ideas y ponderar cuál es sostenible en términos de coherencia interna. - Realizar una jerarquía de ideas de lo principal o más importante a lo menos importante. - Formular diversas preguntas al texto. 	<ul style="list-style-type: none"> - Desarrollar propuestas y planteamientos diferentes o alternativos a los estudiados. 			<ul style="list-style-type: none"> - Proponer aplicación y uso de conceptos, ideas, categorías a diferentes contextos

Se realiza siempre: activación del conocimiento previo, vincular con conocimientos previamente adquiridos en los estudios de filosofía, hacer conexiones con contenidos que se están tratando en otras materias del mismo semestre, o de la misma área. Explicar el objetivo específico de la lectura, esquematizar los elementos centrales en las exposiciones magisteriales.

Se evita siempre: reportes de lectura sin indicaciones específicas, pedir exposiciones sin seguimiento alguno, sin guión y que ocupen largos tiempos de la sesión, ensayos formales en el primer y segundo semestre, construir la sesión de clase a partir de "qué les llamó la atención"; no dar valor evaluativo a actividades de aprendizaje propias del énfasis; justificar lo que "ya hago, como lo hago..."

FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOGRAFÍA

Cassany, Daniel. *La cocina de la escritura*. España, Editorial Anagrama, S.A. de C.V., 1995.

Escarpanter , José, et. al. *Domine su lenguaje*. México, Gil Editores, 2001.

González Reyna, Susana. *Manual de Investigación Documental y Redacción*. 5a. ed. México, Trillas, 2005.

Jurado Rojas, Yolanda. *Técnicas de investigación documental*. México, Thomson, 2007.
Real Academia de la Lengua Española, *Ortografía de la Lengua Española*. España, Espasa, 1999.

Rosas Uribe, Myrna Estela. *Guía Práctica de Investigación*. México, Trillas, 2002.

Valera, Juan. *Pepita Jiménez*. México, Editorial Época, S.A. de C.V., 1998.

FUENTES ELECTRÓNICAS

Córdova, Arnaldo. "La filosofía y la reforma del bachillerato", mayo 10, 2009, (fecha de consulta: 8 de junio de 2009), disponible en:
<http://www.jornada.unam.mx/2009/05/10/index.php?section=opinion&article=032a2pol>

Savater, Fernando, "Opiniones respetables", (fecha de consulta: 8 de junio de 2009), disponible en:
<http://pascualgc.com/archivo/01opinion.htm>

Steinberg Guzmán, Delia, "Saber o conocer", (fecha de consulta: 16 de mayo de 2009), disponible en:
http://www.nueva-cropolis.es/Escuela_Filosofia/Saber_Conocer.html

Unamuno, Miguel de, "Mi religión", (Fecha de consulta: 16 de mayo de 2009), disponible en:
http://es.wikisource.org/wiki/Mi_religi%C3%B3n

**MANUAL DE METODOLOGÍA
DE ESTUDIO**

Se terminó de imprimir
en Agosto del 2009
en los talleres gráficos de
Prometeo Editores, S.A. de C.V.
Libertad 1457, Col. Americana,
Guadalajara, Jalisco.
C.P. 44160 Tel. 01 (33) 3826-2726
E-mail: prometeoeditores@prodigy.net.mx

Impreso en México *Printed in Mexico*